

## **II**

**DIARIO DE UN JARDÍN  
DE SEPTIEMBRE DE 1899 A SEPTIEMBRE DE 1900**



1 de septiembre de 1899

“ERRANTE es el hombre desde su nacimiento”<sup>22</sup> pero quienes, en comparación, hemos tenido menor oportunidad de viajar, hemos tenido al menos la ocasión de aportar nuestro pequeño grano de arena al conocimiento desde la reflexión realizada en el pequeño espacio que ocupamos en la tierra, a veces tan diminuto como el que se divisa desde una silla situada en nuestro jardín.

Nuestro innato espíritu viajero es difícil de erradicar, los sueños que cobraban vida en nuestra imaginación juvenil no se desvanecen ni en el tiempo en el que la juventud no es sino un recuerdo lejano y en el que las posibilidades de explorar el mundo con apasionado rigor son tan mínimas que apenas resultan perceptibles. No obstante, ser un viajero en el sentido real y heroico de la palabra implica afrontar un reto enorme, si bien verdaderamente estimulante, albergar la esperanza de conocer lugares remotos y obtener provecho de ello, volviendo al punto de partida e informando de los descubrimientos realizados en ellos, es uno de los desafíos más grandes a los que puede aspirar una mente joven.

Tiempo atrás, en la medida de mis posibilidades, yo también experimenté esta, a mi juicio extraordinaria, aspiración. Mi anhelado sueño era ser una viajera a gran escala, una exploradora de lugares ignotos y orillas prácticamente intransitadas, una descubridora de formas jamás descritas, una buscadora de tesoros aún no desenterrados. La expresión “desconocido para la ciencia” era una suerte de shibólet que flotaba en mi conciencia juvenil de modo tan vivificante como tantas otras que espoleaban los cerebros de mis jóvenes congéneres. El destino no quiso

---

<sup>22</sup> En el texto original: “A wanderer is man from his birth”, es el verso que da comienzo al poema “The Future” (“El Futuro”) escrito por Matthew Arnold (1822-1888), poeta, crítico literario y reformador educativo.

premiarme con tal suerte y, la verdad, ¿por qué iba a querer hacerlo? Pocos son los seres que han logrado contribuir, poco o mucho, al conocimiento de nuestra especie y, en mi caso, desconozco si he sido dotada para tal propósito, si bien albergo la confianza de que así sea.

Por fortuna, aprendemos a madurar con cierta gracia, como lo hacen los sedums y las centellas. Mucho de lo que nos parece insoportable, lamentable e incomprensible a los diez años de edad, quintuplicada esa edad nos resulta llevadero, aumentar el umbral de tolerancia nos permite aumentar nuestra autoestima, que, sin duda, nos merecemos, y favorece que experimentemos ocasionalmente la vanidad en su estado más puro, si bien es cierto, que con efectos de lo más estimulantes.

A medida que ese proceso mental se desarrolla, nos vamos autoconvenciendo de que lo realmente importante es que tales descubrimientos nos pertenecen tanto como a quienes los realizan. Así, aunque no hayamos pisado la selva amazónica en compañía del señor Bates<sup>23</sup> o explorado la jungla nicaragüense junto al señor Belt<sup>24</sup>, somos conocedores de cuanto han visto, hecho, descubierto o experimentado y, además, sus proezas vuelven a cobrar vida en nuestra mente cada vez que tomamos alguno de sus libros de la estantería.

Lo mismo nos sucede cuando leemos las obras de tantos otros hombres de ciencia – botánicos, zoólogos, paleontólogos – de mayor o menor relevancia. Entre ellos destaca sin duda, como figura reinante, Charles Darwin. Gracias a su mítico *Voyage of the Beagle* circunnavegamos el mundo, descubrimos fenómenos absolutamente prodigiosos de la naturaleza, observamos como nuestros hombres alcanzan los confines de la tierra y dan nombre a cuanto encuentran en ellos, aprendemos que necesitamos nuevas áreas de conocimiento por desarrollar en la ciencia. Otro científico digno de mención es el profesor Wallace, tras años de

---

<sup>23</sup> Henry Walter Bates (1825-1892). Explorador y naturalista de origen inglés que realizó una expedición al Amazonas en compañía de Alfred Russel Wallace en 1848. Es el autor del libro *El naturalista por el Amazonas* (The Naturalist on the River Amazons), publicado en 1863.

<sup>24</sup> Thomas Belt (1832-1878), geólogo y naturalista de origen inglés famoso por sus investigaciones en el campo de la minería de oro, de la geología glacial y del sistema de vida simbiótica en la Naturaleza.

exploración del archipiélago malayo, nos permitió conocer la orografía de ese hermético conjunto de islas mejor que la de la parroquia más cercana. De la mano de Collingwood nos adentramos en las pozas de los mares de China, en las que jamás se habían reflejado caras humanas con anterioridad, bueno, como mucho la de algún pescador mongol sin interés alguno en la zoología. Con los eruditos de la expedición *Challenger* iniciamos un viaje de tres años, con la pompa que caracteriza a las ciencias subsidiarias, en busca de Globigerina, de Decapoda ciega, de Cocospheres, de Rhabdospheres, así como de otras especies marinas que habitan en las profundidades abismales designadas con luengos nombres. Con el joven teniente al que le mostraran aquella cucharilla con una sustancia viscosa de color gris como resultado de noches de arduo trabajo que mantuvieron al completo de la tripulación del buque de Su Majestad en vela, podemos compartimos la sensación de desaliento, si bien hoy podemos concluir que aquellos investigadores probablemente conocían lo que tenían en la mano y que la cucharilla en cuestión no podía ser, en modo alguno, una cucharilla ordinaria.

Con un libro en nuestras manos acompañamos también a otros viajeros cuyo afán de conocimiento es de carácter biológico, zoológico o, simplemente, exploratorio. Guiados por Stanley atravesamos durante semanas la selva africana, donde pequeñas y desagradables bestias con manos nos disparan. Con la señorita North emprendemos prolongados periplos en busca de árboles iridiscentes, así como otras formas de vegetación, que nos son desconocidos. Junto a Nansen, visitamos zonas tan gélidas que llegamos a sentirnos tan frágiles, y en algún momento tan fríos, como carámbanos. Al lado de la señora Bishop surcamos diferentes mares al tiempo que disfrutamos de diversos paisajes. Y por último con la señorita Kingsley, la única de estos ilustres viajeros en cuya compañía siempre me siento completamente segura porque tengo la absoluta certeza de que ningún animal peligroso – león, serpiente de cascabel, cobra, rutilante guerrero tatuado, comerciante alemán, o similar – se atreverá a atacarme mientras me encuentre bajo su protección.

Sí, he sido una gran exploradora, he recorrido la tierra, en toda su amplitud, con mis propios pies, como creía Keats que le había sucedido a Cortés con el gran Pacífico, y si alguna vez, de forma

furtiva, me asaltó la duda, “una suposición alocada”, de que no hubiera visto todos estos rincones del planeta con mis propios ojos, la erradiqué de mi pensamiento con prontitud del mismo modo en el que Su Majestad el Rey Jorge IV borraba de su real mente cualquier titubeo respecto de su papel heroico en la Batalla de Waterloo.

Quien llega tan lejos, quien descubre realidades tan sorprendentes y, aun así, destaca por su modestia es un ser extraordinario. Así se podría considerar también a Alphonse Karr, que habiendo recorrido un jardín más de quinientas veces, continúa haciéndolo con una expectación desbordante porque tiene la certeza de que ello propiciará nuevos descubrimientos. Experimentar la fascinación de caminar entre nogales durante el invierno y en bosques alpinos durante el verano, del mismo modo que la familia de un vicario transita del salón azul al marón, empuja al explorador a alcanzar un destino. ¡Qué de aventuras podrían sumar – y qué gasto también – un par de viajeros de esta naturaleza, que, aun portando cada uno su cartera, su alforja, a menudo partiesen hacia un lugar y volviesen del mismo juntos! ¡Cuántos descubrimientos podrían contrastar! ¡Hasta qué extremo se acrecentaría su sensación de habitar un mundo circular, armónico y excelso o su convencimiento de que aún quedan grandes viajes por emprender, formidables acontecimientos por atestiguar y enormes aventuras por vivir! En contraposición, también se pueden llevar a cabo trayectos muy breves, sucesos poco impactantes y empresas de escaso riesgo, lo que me sorprende es que nadie parezca saber distinguir a ciencia cierta cuál es cuál.

4 de septiembre de 1899

DESPUÉS de llover en abundancia, el tiempo, por fortuna, se ha apaciguado y resulta agradable. Desde nuestra casa contemplamos las vistas de unas colinas que hoy exhiben tonalidades burdeos, tirando a índigo, que en momentos de añoranza me recuerdan Irlanda, mi tierra natal. Nuestros vecinos, sobre todo los que viven en la cresta de la montaña se ríen cuando escuchan la palabra “vista”, como acaba de suceder en alusión a

nuestra nueva propiedad y sus posibilidades. Después de todo ¿qué es una vista? Para hallar la respuesta recurriré al diccionario y aquí está el Webster, un tomo enormemente pesado encuadernado en piel. “Vista. 1. Acción de ver, contemplar o examinar visualmente. 2. Aspecto o disposición de las cosas que se ven; apariencia, exhibición”. Bien, ¿acaso no tenemos siempre algo que observar, mantener a la vista, alguna apariencia, alguna exhibición? ¡Cuántos no observan con interés la ropa interior que utilizan sus vecinos cuando cuelga de una valla trasera a modo de tendedero, aunque sea de una franela, sencilla y exigua porque sus propietarios carecen de recursos para comprar otra! Lo cierto es que mirar cuanto te rodea desde una posición de superioridad es, si no poco cristiano, al menos impropio, ¿acaso no somos todos criaturas iguales? Por otro lado, ¿qué sucede si tienes la suerte de divisar siete condados desde tu ventana? ¿Qué ocurre si una mañana milagrosamente ves cruzar tres barcos el paso angosto de Shoreham? ¿Qué pasa si desde una silla de tu jardín tienes la fortuna de divisar un fantástico juego de luces y sombras o te inunda una sensación de paz una tarde de verano o si te emociona el fragor de una batalla de nubes que funden a negro con la explosión de una tormenta? Bien, mi consejo es que, si puedes, lo disfrutes al máximo, pero, por lo que más quieras, no alardees de ello. Da gracias a Dios, pero en silencio. Créeme, el orgullo es pernicioso y lo digo como autoridad en la materia.

Yo también fui pretenciosa hasta el extremo de llegar a ser insoportable. Creía que poseer unas vistas extraordinarias me otorgaba cierta superioridad sobre los demás. Entonces, solo un océano como el Atlántico con su atronador poder, nada de pequeños arroyos burbujeantes, semejaba mi ímpetu y solo valoraba los paisajes en los que se daba la combinación de montaña, mar y cielo, esta fusión de elementos terrestres, marinos y celestes constituía, para mí, una auténtica válvula de escape.

¡La simple alusión al paisaje rural y monótono de la campiña inglesa, en especial la que circunda Londres en un radio de ochenta kilómetros, me provocaba desazón! Era una época en la que se consideraba que abandonar la isla más ruda – como se denominaba de forma poco respetuosa a Irlanda – para visitar, aunque fuese de manera temporal, la más próspera – Gran Bretaña – era un acto de degradación que no se podía definir con palabras,

en la que la desaparición del horizonte conocido evocaba la pérdida de la vida y de todos aquellos elementos que la dignificaban, en la que la convicción de que había que levantarse por la mañana con alegría le parecía a cualquier patriota que se respetase una idea no solo errónea sino también difícil de acatar.

Tal actitud es, ahora creo, impropia de meros mortales y, como otras ambiciones desmedidas, puede conducir a la destrucción. El hombre que comienza su periplo vital con la determinación de ser César, o nada, con frecuencia fracasa en su empeño, no obstante, también puede suceder lo contrario, que los dioses le escuchen y le concedan su deseo. Afortunadamente, la vida es para la mayoría de nosotros un medio de educación un tanto liberal, y cuando se estrecha nuestro horizonte lo soportamos gracias a la filosofía ajena y a severas privaciones. Me pregunto si se ha dado el caso de que un ser humano haya sufrido alguna transformación positiva por la mera posesión de una vista noble.

Es verdad, que sería deseable, pero ¿habrá sucedido alguna vez? Como somos de naturaleza inflexible, muy pocas veces nos ennoblecen, pienso, los paisajes que nos rodean, ni más ni menos que los propósitos que perseguimos o los nombres con los que nos identificamos. Además, los elementos esenciales que encontramos en los paisajes muestran una similitud considerable, más o menos las mismas nubes, el mismo sol, los mismos días y noches, los mismos inviernos y veranos, bien en versión tranquila y apacible, bien en versión violenta y estruendosa. Incluso las fluctuaciones más impetuosas y vibrantes – nieve, granizo, tormenta, relámpago – muestran una imparcialidad mayor de lo que el ser humano percibe. El temporal que ha arrasado el techo de la torre del castillo ha barrido también las losas de nuestro humilde porche en semejanza a la enfermedad, las penalidades, el dolor, la edad y la muerte que devastan sin discriminar – aseguran los moralistas – tanto los palacios de los reyes como las casas de los mendigos.

Como no pertenezco a la realeza, no pueda dar cuenta de las penalidades que sufren, pero, en referencia al estrato opuesto, he de decir que, con frecuencia, me he imaginado a punto de engrosar o ya integrando la clase mendicante, triste y harapienta, y como la sensación no ha sido en absoluto agradable, he procurado siempre suprimirla de inmediato. Bueno, mejor será



que regresemos al tema que nos ocupa, el paisaje, y dejemos a un lado el de reyes y mendigos. La verdad es que es complicado evitar las digresiones porque las ideas, con independencia de su índole, se apoderan de nosotros o nos abandonan de forma un tanto anárquica, de ahí el uso del diario, que, para ser de la menor utilidad, debería agruparlas y ordenarlas, si bien este mío, por el contrario, parece reflejar mis torpes pensamientos con la obediencia más irreflexiva e innecesaria. El resultado es que, aunque intente escribir una página sobre un tema concreto, antes de que haya avanzado significativamente en él, descubro que, en realidad, estoy ahondando en otro bien diferente.

6 de septiembre de 1899

A menudo comentamos que no nos podemos creer que llevemos solo dos años y medio en nuestra casa por la cantidad de cambios que hemos obrado en ella en tan corto espacio de tiempo. En dos años y medio hemos hecho el trabajo que, por lo general, se completa en muchos más, o al menos eso nos parece a nosotras, puede que por nuestra ignorante vanidad. El lugar en el que me hallo sentada ahora, estaba cubierto de tablones de madera que, apilados, sobresalían por encima de unas zarzas y unas campánulas que habían sido pisoteadas. La casa conservaba el techo, pero su interior estaba en un estado de completo desastre, por lo que tuvimos que optar por la demolición. El estruendo del mazo alcanzó a cuanta criatura tenía oídos, incluso llegó hasta mi pequeño vivero, situado a propósito en un lugar remoto, y causó la extinción de los ruiseñores en la zona. Ahora la calma y una relativa sensación de arraigo domina la escena. En el interior de la vivienda, cuando las ventanas están abiertas, se puede observar a los pájaros revolotear. En el exterior, todavía queda mucho por hacer para que se pueda considerar un entorno armónico y ordenado. Necesitamos iniciar ya una serie de reflexiones en relación al jardín y el espacio que lo circunda, examinar lo que ha logrado la pala y lo que esta debe todavía obrar, anotar las plantas que atesoramos y las que nos gustaría adquirir y analizar nuestros desatinos con el firme propósito de corregirlos y, en definitiva, elaborar un estudio detallado y objetivo de la evolución del jardín

que permita perfeccionar su cuidado. Las debilidades propias del ser humano, escritas en negro sobre blanco, deberían ser una lectura edificante para ese mismo sujeto, con independencia de lo que pueda significar para otras personas. No debemos, sin embargo, acabar quemándonos con el celo del misionero como pecadores arrepentidos, ni, descontentos con nuestra propia flagelación y exhortación, anhelar la de los demás. Lo cual explicaría la extensa y todavía creciente producción de libros sobre jardinería que decoran en gran medida nuestras estanterías.

Después de todo, un jardín es un planeta en miniatura y, como tal, puede ser estudiado por muchas mentes que lo examinan desde distintos ángulos. Si el planeta se compone de un sinnúmero de elementos que son susceptibles de ser analizados por un sinnúmero de expertos, la jardinería, en similitud, requiere de un sinnúmero de jardineros que se ocupen de su conocimiento. Si el jardinero es competente, aceptaremos de buen grado y agradeceremos sus indicaciones, pero si no lo es del todo – o es simplemente un chapucero un tanto obtuso – nos inclinaremos a pensar que no tiene nada que enseñarnos. Los jardines son una fuente de conocimiento no solo para sus propietarios, sino también para los propietarios de otros jardines, lo mismo podría decirse de los diarios que se redactan para seguir la evolución de los jardines, siempre y cuando estos sean rigurosos y no meros adornos para decorar mesas. Después de meditar sobre esto algún tiempo y teniendo en cuenta mi propia experiencia, creo que si quien redacta este tipo de diario es capaz de hacer un buen uso de la pala y la paleta, no le faltarán lectores. Yo misma podría leer uno cada semana.

8 de septiembre de 1899

NUESTRO viejo, pero infatigable, Cuttle acaba de comunicarme que ha detectado fugas de agua en el estaque en el que habíamos plantado lirios y que debería llamar al albañil que lo construyó para manifestarle mis quejas. A veces me pregunto si Cuttle es realmente el mejor jardinero y no sé qué responderme, pues si bien no les presta la debida atención a nuestras flores, a excepción de las rosas, de las que es un apasionado, es diligente

en otros aspectos relativos al cuidado y mantenimiento del jardín. Cuando le contratamos hace tres años, vino como parte de una cuadrilla de albañiles, entonces nuestro jardín, como tal, ni existía. Él fue el primero en darle forma a base de pico y pala y con el tiempo se ha ido identificando tanto con su obra que no puedo dissociar uno y otra. Seguido a corta distancia por su satélite, por su sombra, Cuttle ha recorrido el jardín con su pala, su pico, su hacha y sus tijeras de poda para dar vida y forma a cuanto crece dentro de su perímetro. En poco tiempo ha logrado que caminos, arbustos, césped y parterres de flores comenzaran a surgir del caótico espacio original como por arte de magia. Gracias a él, el orden ha vencido al desorden y ha aparecido la simetría y la luz hasta en los espacios más enmarañados y umbríos. Y aunque le digamos a nuestros amigos que somos nosotras mismas las que “hemos hecho” el jardín, nuestra labor en todo el proceso se ha reducido a sentarnos tranquilamente en una silla y apuntar con nuestra varita mágica en la dirección adecuada para que se materializasen nuestras voluntades. Cuttle y solo Cuttle ha sido el verdadero artífice de todo.

Jamás he conocido a nadie que le iguale en fuerza bruta, constancia y aparentemente instintiva laboriosidad. He de añadir, no obstante, que tampoco he conocido a muchos que le aventajen en testarudez. Cómo se las ingenia para realizar la cantidad de trabajo que ejecuta a diario, y aún más cómo logra persuadir a sus subordinados para que sigan su ritmo, es algo que, todavía a día de hoy, me parece prodigioso. También puede ser que, teniendo en cuenta que mi experiencia de jardinería se limita a este espacio al oeste de Surrey, mis expectativas en lo concerniente al rendimiento laboral no sean muy elevadas. La verdad es que no creo que Cuttle sea el típico trabajador de Surrey, aunque en teoría sea eso, y nada más que eso. Nada más verlo trabajar, observé que su competencia producía en mí la más sincera admiración, pero esta no le hizo dormirse en los laureles, al contrario, le motivó para esforzarse en asombrarme más y más. Cabe señalar, no obstante, que a veces su exceso de energía ha provocado, de forma involuntaria, ciertos inconvenientes, por ejemplo, en algunas ocasiones en las que le he pedido que acometiese una tarea en el plazo de una semana, me ha escuchado en silencio, con aparente pasividad, pero al día siguiente, cuando se lo he vuelto a

comentar, me ha contestado con una afable sonrisa que ya la había concluido. Obviamente, un trabajo realizado con tanta prisa se ha adecuado más a su ideal de calidad que al mío, pero, siendo tan rápido y servicial, me ha dado apuro reprenderle y, al final, me he visto en la obligación de actuar como él esperaba, manifestándole que estaba gratamente sorprendida por el servicio prestado. Luego, poco a poco y con mucho tiento, he logrado que lo modificase para que se ajustase más a mi plan original que al que él había ejecutado, que no era de mi agrado.

Estos días de principio de septiembre suponen la vuelta al trabajo. En las próximas semanas, tenemos que preparar todo lo que consideramos esencial para emprender labores que tenemos que tener finalizadas para el próximo verano si queremos cumplir nuestro objetivo. Tres son las que ocupan casi toda nuestra energía en estos momentos. La primera, el estanque de los lirios de agua, al que le hemos dado un entorno que nos recuerda a la típica ciénaga irlandesa; la segunda, el “claro” que se extiende desde la parte superior del bosquecillo cercano a la casa hasta la base de la colina; y la tercera, el “largo” camino de hierba que pasa por el claro, atraviesa la parte baja de la arboleda, una distancia de unos 550 metros, cruza la zona de los helechos mal altos, emerge por un camino de grava que ribetea la valla de nuestro vivero, se desliza por otro tramo de arboleda entre dos montículos de brezo hacia un espacio que media entre abedules y castaños, y finalmente alcanza la verja que da al terreno comunal que hay por encima de nuestra propiedad.

Se nos plantea un problema de calado, que es habitual en empresas similares. ¿Hasta dónde, cabe preguntarse, podemos legítimamente modificar la conformación original de un espacio natural? De los problemillas que debe resolver el jardinero, este es, en mi opinión, el más complicado. Los lamentables declives, las aún más terribles pendientes, que abundan en determinado tipo de jardín que todos conocemos, son elementos comunes que, de estar mal calculados, pueden causar sonrojo en quienes los contemplan, salvo que no sean entendidos en la materia. Como sucede con cualquier elemento decorativo, no es tanto su artificio como su deplorable falta de sentido estético lo que nos desagrade. Conviene recordar esto antes de tomar decisiones al respecto y, asimismo, preguntarse si no sería mejor no efectuar ninguna

modificación sobre un paisaje natural que conduzca a resultados desastrosos que puedan ser motivo de vergüenza.

No obstante, en un sentido menos catastrofista cabe añadir que cualquiera que haya reparado en lo normales y, a veces, puramente accidentales que son muchas de las modificaciones que se producen en el terreno que luego nos agradan puede preguntarse si una pala no podría lograr en unos días lo que el sol, el viento, la lluvia y demás agentes atmosféricos pueden generar en unos años. Yo, en particular, me inclino a pensar que sí, solo que esta debe tener ojos y, si es posible, un cerebro detrás que la oriente, cosa que no sucede con frecuencia. De cualquier modo, la sabiduría aconseja proceder con cautela y modestia antes de operar cambios drásticos en el paisaje. En primero lugar, es imprescindible determinar si son necesarios y, en segundo lugar, si resultan apropiados teniendo en cuenta las características del terreno y el escenario en el que se inserta este. De lo contrario, es decir, si obviamos estas cuestiones, corremos el riesgo de engrosar el listado de personas que han provocado que las palabras “paisajismo” y “paisajista” dañen los oídos de quienes entienden y aman la naturaleza.

Una de las estrategias de alteración del paisaje que menos insatisfacciones nos procura es, a mi juicio, el recurso del “claro”. Este elemento puede tener distintas formas y, por tanto, sugerir diferentes ideas, puede atravesar el corazón sombrío de un bosque o puede encontrarse a cielo abierto, desnudo y pedregoso. En él podemos encontrar árboles, arbustos, brezo, hierba o plantas alpinas. El más fácil de diseñar, y ciertamente uno de los más bellos, es aquel cuya superficie está tapizada de hierba. Facilita mucho su conformación que el terreno tengo un desnivel natural, en este caso solo es necesario añadir tierra a ambos lados de la parte superior de la inclinación del terreno, dejando que en la inferior converja de modo gradual con el nivel natural. Cuando este desnivel no existe, se puede forzar mediante una transformación gradual llevada a efecto en distintas fases. En este tipo de claro, es esencial acertar con el momento más propicio para la siembra de la hierba. Septiembre es, sin lugar a dudas, el mejor mes para este propósito, dado que agosto tiende a ser demasiado caluroso, en octubre puede helar y en primavera, lo sé por experiencia, la siembra resulta francamente delusoria en el

sentido que, si el verano es húmedo, no hay problema, pero si no lo es, y hay que tener presente que, desde que vivimos aquí, cada verano ha sido más seco que el anterior, no sería nada prudente confiar en que germine con éxito.

Hemos constatado que cavar la tierra con moderación mejora el terreno sin molestar a los seres vivos que habitan en él, lo cual es motivo de satisfacción pues queremos seguir disfrutando de su presencia, por ejemplo, las raíces de las campánulas y de los helechos alcanzan una profundidad a la que la pala no accede y la tierra añadida les resulta indiferente. Después de llevar a efecto nuestros primeros experimentos en esta línea pudimos observar con la llegada de la primavera una abundancia inusual de campánulas, que, además, parecían felices, como liberadas de la presencia de alguna especie vecina un tanto molesta, con toda probabilidad la mercurial perenne, que constituye una auténtica plaga en las arboledas. Los bulbos que comparten el terreno con ellas alcanzan, en su mayoría, una gran altura, predominando los narcisos a los que favorece un buen cavado. En estos momentos, nuestra intención no es segar la hierba del perímetro de nuestro pequeño claro – de hacerlo, lo limitaríamos a una o dos veces al año –, pero sí la de la zona central, el espacio por el que paseamos. Así, los bulbos plantados en dicho perímetro no sufrirían. Además, la considerable diferencia de altura entre la hierba cortada y la no cortada brindará un contraste que aportará relevancia al espacio. En este contexto, también podemos considerar la posibilidad de plantar una rocalla, a pesar de que algunas opiniones críticas estimen que esta no es sino un recurso pobre en el contexto de la jardinería. Su éxito, a mi juicio, dependerá del “efecto general” que ofrezca el conjunto, que es lo que todos, en definitiva, valoramos. Hemos de pensar que ni nosotros somos los mandatarios de la Naturaleza, ni nuestras pequeñas inclinaciones del terreno Los Alpes, de hecho, no son ni tan siquiera sus praderas. Lo realmente importante es tener una noción de lo que deseamos conseguir como meta, si es así, ya podemos darnos por satisfechos.

11 de septiembre de 1899

TENGO a mi lado un cesto lleno de plantas, ninguna propia de jardín, se trata de malas hierbas que detestamos porque sostenemos que carecen de belleza, de ahí que, tan pronto despuntan, las arranquemos y desechemos. Antes de disponerme yo misma a obrar de este modo, le presto cierta atención a un par de ejemplares mientras reparo, como tantas veces he hecho con anterioridad, en lo maravillosos y misteriosos que son hasta los procesos naturales más ordinarios, esos a los que, por ser bien conocidos, dedicamos, por lo general, escasa atención.

Matthew Arnold, en alguno de sus escritos, nos aconseja dejar que nuestra mente explore esa palabra tan absolutamente extraordinaria que es “vida” hasta comprender su profundo significado. Este es el consejo de un crítico y poeta, pero podría ser el de un naturalista o un botánico. La vida entraña misterios a los que no podemos dar explicación todavía, misterios que, como las huestes celestiales, parecen surgir, crecer y multiplicarse antes de que nuestra mente pueda resolverlos con éxito.

Si obviamos el mundo animal, más activo, y nos detenemos en el que es, en comparación, más plácido, el vegetal, como compete a un diario de las características de este, cabría preguntarse si es posible reflexionar sobre él sin quedar sobrecogidos por la enorme relevancia de sus efectos o por la complejidad de su ilimitada energía. Las plantas de nuestro planeta, en especial las que denominamos malas hierbas, constituyen una fuerza dominante que contrarresta otras que resultan perniciosas. Sabemos que las operaciones de la naturaleza inorgánica tienden principalmente a la erosión de la tierra, eliminando cualquier particularidad de la misma, por ejemplo, el agua que se precipita en forma de nieve y se transforma en hielo erosiona las montañas, los ríos arrancan y arrastran con ellos hasta la más mínima partícula que encuentran en su camino hacia el mar, asimismo, las mareas invaden y devoran el legado de su hermana, la tierra. Dado que la superficie terrestre que habitamos supone tan solo un tercio de la que envuelve el globo, podemos deducir que es posible que, dadas determinadas circunstancias, pueda desaparecer bajo el

nivel del mar. Se ha llegado a afirmar que, si se pudiera compactar y eliminar, el nivel los océanos variaría en torno a treinta metros y medio. Las plantas, con su ilimitado vigor y extraordinario poder de concentración han contrarrestado una tendencia que en el peor de los casos conduciría a la invasión del mar sobre la superficie terrestre y en el mejor a pulir las irregularidades de esta hasta convertirla en un espacio completamente plano y monótono. Sin descartar la importancia que hay que conceder a árboles y arbustos en este fenómeno, hemos de subrayar que son fundamentalmente las malas hierbas, las que detestamos quienes nos dedicamos a la jardinería, las que nos apresuramos a arrancar – las centinodias con sus tallos rastreros o ascendentes, los cominillos, la *Agrostis stolonifera*, las juncáceas, etc. – las que más contribuyen a controlar los niveles del mar y, por tanto, a conservar la superficie terrestre, incluso más que el hombre con todos sus diques, presas, muros de contención y elementos similares desde que comenzase a pavonearse por ella.

El periplo que tenemos en nuestro horizonte mental cuando nos embarcamos en el río que llamamos “Vida” es inimaginable. Al ser nuestras naves muy pequeñas y este río muy ancho, apenas podemos divisar la ribera. Cuando ignoramos las cosas que nos causan perplejidad en la vida, quedamos a merced de las fuerzas inorgánicas que mueven el mundo, un prodigio de energía que no cesa de sorprendernos. La Naturaleza genera vida constantemente siguiendo las pautas de un plan concebido que, a todas luces, parece claro, preciso y bien diseñado. Para conocerlo debemos salir de nuestros caldeados espacios domésticos y adentrarnos en los naturales, más grandes y más frescos, con ello disfrutaremos, sin duda, de una experiencia integral, pero no gratificante del todo.

¿Porque no nos encontramos enseguida, como los personajes del *Progreso del Peregrino* de John Bunyan, ante una “parada”<sup>25</sup> en la que nuestro entendimiento se paraliza, nuestra lengua y nuestra expresión se reduce a emitir sonidos jadeantes como bestias torpes, desconcertadas por algún fenómeno incomprensible que las aturde? “La mente del hombre” – dijo alguien competente en este

---

<sup>25</sup> En el original “Stop”. *The Pilgrim's Progress (El progreso del peregrino)*, es una novela alegórica publicada por John Bunyan (1628-1688) en 1678, relata el viaje que realiza Cristiano para alcanzar la salvación.



asunto – “es un instrumento musical que solo puede interpretar una determinada escala de notas, más allá de esta, no existe sino el silencio infinito<sup>26</sup>”.

12 de septiembre de 1899

¡EL relato épico de la guerra contra las malas hierbas aún está por escribir! Y no debería tomarse a la ligera sino con toda la seriedad que merece, bien mediante un tratado científico redactado por una figura de autoridad experta en el asunto, bien – creo que esto sería mejor – mediante un gran poema, que, como toda poesía excelsa, concentrase la esencia del fenómeno de un modo tan sublime que dejase a su autor plenamente satisfecho con su obra. El apasionado desbrozador, para quien la mayoría de las restantes tareas de la jardinería le resultan de orden secundario, da por perdido el día en el que no dedica tiempo a quitar malas hierbas, pero también la noche en la se acuesta y su cabeza no para de visualizar las zonas que ha desbrozado completamente y que, por tanto, no tendrá que volver a desbrozar ¡en una quincena!

Es evidente que el desbroce tiene una desventaja, también presente en las más elevadas y absorbentes actividades humanas. Si se lleva a efecto de una forma extremadamente meticulosa, tiende a apoderarse de quien la practica hasta que llega a desatender otras. Lo que, en principio, es una virtud, puede convertirse, con el tiempo, en un auténtico vicio. De este peligro, puedo dar personalmente fe. Ha habido momentos – por fortuna, no muchos – en los que he ansiado ganarle más y más terreno a mis rivales, incluso me he tenido que contener para no asaltar la privacidad del jardín del vecino con el objeto de quitarle las hierbas incipientes, pamplinas y senecios comunes, que he visto que surgían en él a través de la valla.

He notado tanto en mí como en otras personas una falta de precisión lamentable en lo que respecta a la correcta denominación de este tipo de hierbas. Yo misma no sé nombrar ni a las que más detesto porque son un auténtico incordio. No

---

<sup>26</sup> Cita de *Los Alpes en invierno: Ensayos sobre el arte de caminar*, del escritor británico Leslie Stephen (1832-1904).

debería ser así, la verdad. Todo, incluso, aquello que abominamos, tiene un nombre que le es propio y es ese el que deberíamos emplear en referencia. Aunque no te agrada una persona, no te diriges a ella diciendo “como quiera que te llames”. Es verdad que, en el oeste de Irlanda, se considera particularmente peligroso aludir a los entes malignos por su nombre propio, por ejemplo, si se hace referencia al *Sidh*<sup>27</sup>, empleando su nombre real, vuela hacia ti y te induce a hacer alguna maldad, la única forma de evitar este riesgo es usar un apelativo menos claro y directo. Desconozco si es este el mismo razonamiento que ha de aplicarse a las malas hierbas, lo que sí estoy en condiciones de afirmar con certeza, sin temor a equivocarme, es que jamás en mi vida me he referido a ninguna de ellas por el apelativo que le corresponde en botánica y, aun así, surgen por todos los sitios para perseguirme de una forma impía.

Existe una variedad que es particularmente diabólica, la que ha conquistado mi jardín, sobre él se desplaza de un extremo a otro rugiendo como un león. No sabré jamás como se llama a pesar de que lo he buscado con atención en varios libros de botánica. Sus hojas son estrechas y carnosas, sus raíces conforman una masa en la que se observan filamentos y gutapercha a partes iguales, sus flores son diminutas y rosáceas, y su olor se asemeja al del heno agrio. Lo que menos me gusta de ella, no son sus hojas, ni sus flores, ni sus raíces, ni siquiera su olor, sino la capacidad que tienen sus semillas para catapultarse a distancias que nos resultan increíbles y germinar nada más que tocan la tierra tejiendo, por encima del terreno que queda a su alcance, un tapiz verde y espantoso, una maraña densa de hojas y raíces que replican las del ejemplar del que proceden.

Aunque no haya podido erradicarla, al menos, desde ayer, puedo nombrarla, una satisfacción para alguien como yo que se dedica a la divulgación del conocimiento y que se encuentra en una edad demasiado sensible como errar en el destino que corresponde a tan obstinada invasora. Fue Cuttle quien me proporcionó tal alegría, una más de las muchas que me ha brindado.

---

<sup>27</sup> En la mitología irlandesa, el *sidh* es un espacio (montículo, ruina, fuente o lago) en el que habitan las hadas.

“Me pregunto cómo se llamará esta cosa, Cuttle” le dije, al tiempo que, exhausta, me ponía en pie después de haberme enfrentado a toda una colonia de lo que quiera que se llamase aquello que, enredada, estaba asfixiando una “Madame Laurette Messimy” que plantamos no hace mucho en la parte superior de una pendiente.

“No lo sé con certeza señora, pero, por aquí, *nosotros* la llamamos “Tomás serpenteante”<sup>28</sup>”.

¡Encomiable Cuttle! ¡“Tomás serpenteante” claro! Tan pronto oí el nombre, llegué al convencimiento de que cuando Adán, en el Jardín del Edén, dio nombre a todas las plantas y animales acertó de pleno con este. Se dice, y podría corregirme algún teólogo, que no había malas hierbas en ese bíblico jardín, pero yo no me lo creo. De cualquier modo, hubiese o no malas hierbas en aquel jardín lo cierto es que no hay teólogos en este. De lo que sí tenemos constancia es de que en aquel había una serpiente, esa que nos ha procurado tanta desgracia, y si esto es así ¿por qué no habrían de existir plantas que también serpenteasen como la que acabamos de mencionar?

14 de septiembre de 1899

DESCONOZCO la importancia que se le concede en otros jardines a la siembra de semillas, pero en este es una tarea primordial para la obtención de nuevas plantas anuales: salpiglossis, nicotiana, lobelia, nemophila, clarkia, bartonia, godetia, “y un largo etcétera”. Las plantas que ocupan nuestros parterres proceden de nuestros propios semilleros, solo así sobreviven. Este descubrimiento nos quedó grabado en la mente de forma sumaria, pero efectiva, la Naturaleza actúa inculcando verdades que nos resultan indispensables.

Hace tan solo tres años, éramos simplemente propietarias de un terreno, hoy tenemos un jardín gracias a que algunos de nuestros amigos, poseedores de extensos jardines, nos mostraron su afecto enviando generosos cestos de plantas. Nos llegaron

---

<sup>28</sup> “Snaking Tommy” en el original. En realidad, no existe traducción al castellano registrada para esta planta.

ejemplares de las variedades que nos gustaban del norte, del sur, del este y, sobre todo, del oeste. ¡Pero pobrecillas!

Si bien fueron cogidas en el momento adecuado, empaquetadas con cuidado y trasladadas en un corto espacio de tiempo para que llegaran a nuestra propiedad en un excelente estado de salud, si bien fueron recibidas con el respeto que merecían y atendidas sus necesidades en la medida que nos permitía nuestro limitado conocimiento de jardinería, nunca fueron tantas atenciones tan mal recompensadas.

Con el paso de las estaciones, no quedó rastro de ninguna de aquellas plantas que tan generosamente nos habían donado, nuestras expectativas de verlas crecer se vieron frustradas. Ahora solo existen nominalmente en una lista, se puede decir que negra, que inserté en el libro de uso privado en el que registro diferentes datos del jardín. En ella aparecen sus nombres tal y como fueron escritos entonces, con el orgullo que genera saber que son de tu propiedad. Hoy, al lado de cada uno de ellos se encuentra un 0 grande, orondo y prominente, que significa Muerte.

Como consecuencia de este desastre, nuestro orgullo se tornó en mortificación y, como consecuencia, prometimos hacer lo que estuviera en nuestras manos para salvar a nuestras indefensas plantas de tan fatal destino, asimismo, acordamos no volver a explotar a nuestros amigos, cuya generosidad volvería a producir resultados igualmente patéticos, pues descubrimos que sus plantas, aclimatadas a una tierra fértil, oscura y confortable no pueden sobrevivir en la nuestra que manifiesta características bien opuestas a las señaladas.

Dadas nuestras limitaciones, la pregunta que nos debemos hacer es qué plantar en nuestros parterres. Pero para obtener una respuesta profesional hemos de “recurrir al viverista”, que puede manifestar diferentes grados de competencia. El nuestro, en justicia, merece la calificación de excelente. Ahora bien, ya sea bueno o malo, aconsejo dirigirse a él con cierta deferencia, sobre todo a los que utilizan como arma la Prudencia en la batalla de la vida. Con frecuencia nos comentan a la hora de adquirir plantas que “las más comunes son las más baratas”, eso parece a juzgar por los catálogos, el espectáculo de moderación que ofrecen, con frecuencia, deja perplejos hasta a los mismos viveristas que los hacen. Una planta herbácea media – digamos un altramuz o una

espuela de caballero – tienen un coste medio de nueve peniques, si bien pueden encontrarse, a la baja, a seis, o, al alza, a un chelín. En principio, cualquiera se puede permitir pagar seis peniques por este tipo de planta, algunos incluso hasta un chelín sin titubear. Pero esta concepción relativa a su poco valor económico se desmonta cuando, en un paseo corto por el perímetro de un jardín normal y corriente, calculamos el número de plantas de seis peniques que se necesitan para conformarlo. Hace unos días yo misma hice estos cálculos y el sorprendente resultado despejó todas las dudas que tenía al respecto.

Las semillas sí que son baratas de verdad. Por supuesto que hay semilleros muy caros, pero, por lo general, un paquete de tamaño razonable de semillas de plantas perennes comunes solo cuesta tres peniques, seis si se trata de variedades más raras. Esta diferencia inicial en precio es insignificante si atendemos a la que verdaderamente importa, las magníficas posibilidades, la enorme fecundidad de esos peniques empleados en la compra de semillas. No una planta, sino docenas de ellas, incluso cientos de ellas, pueden resultar de una única, pero exitosa, siembra, por otro lado, tampoco implica tanto tiempo como la gente imagina.

El número de plantas que se pueden obtener en el curso de un año mediante este método es solo una de sus múltiples ventajas. La principal es que, con este sistema, nuestras plantas generan mecanismos de adecuación a las condiciones del terreno en el que se hallan hasta adaptarse a él, como hacemos nosotros con el entorno con el que nos hemos familiarizado desde la infancia, aunque no sea de nuestro agrado. Veamos a qué me refiero, pongamos como caso las plantas alpinas, incluso las más pequeñas son en su mayoría bastante caras. Si a un hombre o una mujer le encanta esta variedad de plantas para conformar un jardín o para hacer borduras, pero no quiere tomarse la molestia de sembrarlas, pobre de él o ella porque tendrá que hacer un gasto enorme. Cabe destacar que muy pocas variedades – mención especial requiere las Androsaces – tienen dificultad para germinar a partir de simiente, en estos casos, su reproducción depende de una planta madre o dos. Otras, como por ejemplo la genciana, tardan una eternidad en surgir de la tierra, ahora bien, si colocamos el semillero en un lugar adecuado y luego nos olvidamos de él, al cabo de un tiempo – que pasa sin darnos

cuenta – tendremos un buen número de plantas alpinas. Incluso las que son fastidiosas en extremo, como la *Silene acaulis* o la *Ramondia pyrenaica* – por este motivo, están en los primeros puestos en los catálogos de los viveros –, dan buen resultado con el cuidado pertinente y, por supuesto, a una quincuagésima parte del coste.

Detalles como estos nos suenan algo sórdidos, pero los debemos tener presentes porque de la correcta ponderación de los mismos depende nuestro éxito o nuestro fracaso. La austeridad en el gasto, además, es el emblema del agricultor inteligente y, en función de ella, la Naturaleza recompensa su labor. “Pero la Naturaleza”, he escuchado a alguna criatura cavilante exclamar, “La Naturaleza es una gran despilfarradora de recursos. Es la madre, abuela y bisabuela de la extravagancia. ¡Se desprende de sus tesoros como las nubes de sus gotas y lanza su riqueza como polvo sobre el aire del desierto!”. Es verdad que es así, pero no creo que desee que nosotros, sus vástagos, sigamos su ejemplo. De hecho, nos la podemos imaginar preguntando: “¿Con qué míseros ahorros y con qué irrelevantes lujos pretendéis emularme?”. Es una paradoja que sea precisamente su extravagancia la que motive nuestra austeridad. Digamos que poseemos una única planta, del tipo que sea, y observamos que generosamente nos ha proporcionado otras cien, puede que cientos. No hay planta alguna que podamos nombrar que por algún medio u otro – división, estratificación, semilla, escisión o cualquier otra vía de reproducción a tener en cuenta en jardinería – no sea susceptible de multiplicarse casi sin límite. Contemplar tal fecundidad es absolutamente sorprendente, incluso, para el jardinero más experimentado. Cualquier planta de floración – pongamos una pimpinela que cae en grava – si le damos el tiempo suficiente, la tierra adecuada, si no sufre el acoso de variadas rivales, se extenderá hasta ocupar todo el espacio libre que esté a su alcance y, por la simple ley que rige la existencia orgánica, dará lugar a descendientes que tendrán la capacidad de teñir de rojo el paisaje natural en un radio de docenas de kilómetros.

16 de septiembre de 1899

POCAS debilidades son tan deplorables como la vanidad, pero, de todas sus manifestaciones, la que se genera en el ámbito de la jardinería es, a mi juicio, de lo más pueril. ¿Se puede imaginar algo más infantil o menos ajustado a razonamiento humano que una persona que se vanaglorie por el hecho de que el *Horificus globuratus* fl. pl. florezca como la mala hierba en su jardín sabiendo que otra corre la suerte contraria en el suyo, a pesar de que haya plantado esta variedad por segunda vez con el propósito de definir perímetros en un espíritu de imitación servil. Podemos aplicar el mismo argumento, incluso de modo más rotundo, para otros aspectos de la jardinería como la poda, la estratificación, el trasplante de las plantas frágiles durante el invierno, el cultivo exitoso de verduras y así hasta el infinito. Estas tareas, aunque ejecutadas con gran ánimo y enorme alegría, no pueden alimentar nuestra mezquina autosatisfacción ni constituir la base de nuestra arrogante autoalabanza.

Habiéndome extendido en este punto, procedo ahora a enumerar un listado de plantas que hemos cultivado con éxito en nuestro jardín a partir del germinado de semillas en los últimos tres años, este primer listado lo componen plantas de rocalla principalmente. Elaboraré otro mucho más extenso y mucho más importante a su debido tiempo.

*Alyssum alpestre*.

” *montanum*.

” *saxatile*.

*Anemone Blanda*.

” *Japonica*.

” *fulgens*.

*Aquilegia alpina*.

” *cœrulea*.

” *canadensis*.

” *Jaeschkaii*.

” *vulgaris*.

” *vulgaris var.*

grandiflora alba.  
Arenaria montana.  
Antirrhinum (varias).  
Armeria Laucheana.  
" vulgaris.  
" vulgaris var.  
rosea.  
" vulgaris var.  
alba.  
Aster alpinus.  
Aubrietia deltoides.  
" Frœbelli.  
" Leichtlini.  
Campanula Carpatica.  
" garganica.  
Campanula pumila.  
" turbinata.  
" rotundifolia.  
" rotundifolia var.  
alba.  
Cerastium tomentosum.  
Cheiranthus alpinus.  
Dianthus alpinus.  
" cæsius.  
" cruentus.  
" deltoides.  
" deltoides var.  
albus.  
Draba aizoides.  
Dryas octopetala.  
Erinus alpinus.  
Erysimum pumilum.  
Erodium Manescavi.  
" macradenium.  
Geranium cinereum.  
" sanguineum.  
" striatum.  
Gentiana acaulis.  
" verna.



Geum montanum.  
Gypsophilla prostrata.  
Helianthemum (varias).  
Heuchera sanguinea.  
Ionopsidium acaule (anual).  
Linaria alpina.  
" anticaria.  
" cymbalaria.  
Linum alpinum.  
Lychnis alpina.  
Myosotis alpestris.  
" azorica.  
Meconopsis cambrica.  
Ononis rotundifolia.  
Oxalis floribunda.  
Phlox amœna... cortes fáciles.  
" setacea... cortes fáciles.  
" subulata... cortes fáciles.  
Potentilla nepalenses.  
Papaver alpinum.  
" nudicaule.  
" " var. miniatum.  
" pilosum.  
Primula Cashmeriana.  
Primula cortusoides.  
" denticulata.  
" japonica.  
" rosea (siembra propia).  
Ramondia pyrenaica.  
Ranunculus montanus.  
Saponaria ocymoides.  
" ocymoides var.  
splendens.  
Saxifraga (varias; de fácil división).  
Silene acaulis.  
" alpestris.  
" Schafta.  
Statice maritima.  
" " var.

carnea.

” ” var.

alba.

Thymus (varias; de fácil división).

Tunica saxifraga.

Veronica prostrata.

Vesicaria utriculata.

En este listado no guardo registro de nuestras derrotas. Observo que esto es lo que siempre hacen los vencedores.

25 de septiembre de 1899

EL jardinero es, a juicio de familiares y amigos, un ser bastante delicado, un hombre de naturaleza más o menos meditativa. Se supone, al menos eso percibo yo, que el ejercicio de su oficio le induce a generar algún tipo de filosofía sencilla, por esta razón disfruta, al igual que el pescador, al que se le reconoce una naturaleza similar, de una elevada consideración por parte de congéneres, por lo general, más activos y violentos.

“¡Qué paciencia tienes!” dicen. “No te incomoda dedicar horas y horas a la más mínima tarea del jardín. ¡Tanta parsimonia mataría a cualquier otra persona!”

A lo mejor es así, sin embargo, yo no he observado ni en mí ni en cualquier otro jardinero tendencia alguna a mostrar más placidez en la realización de las tareas y los cuidados del jardín que en el desarrollo de otras actividades que también hay que desempeñar en la vida. En lo que concierne a la filosofía, si es cierto que la jardinería genera cierta moralina, si bien de pobre calado. Surge de forma espontánea, mientras se pasea por el jardín y se extrae con más facilidad que la mayoría de las malas hierbas. Dichos como “la vida es breve”, “toda carne es hierba”<sup>29</sup> o que el hombre se desarrolla en la primavera para morir en el otoño son brotes de moralidad, inocentes y obvios, que vienen a la mente del jardinero en cualquiera de los rincones que sus manos se

---

<sup>29</sup> En el texto original: “flesh is grass”. Es una cita del Antiguo Testamento, Isaías 40:6.

afanan en cuidar. Por lo que respecta a principios filosóficos de mayor envergadura, me temo que hay que buscarlos en campos de batalla más amplios y extenuantes.

En el jardín podemos aprender las mismas lecciones que en cualquier otro lugar, pero, sin duda, la que no debe jamás olvidar su propietario legal es que, en verdad, jamás llegará a poseerlo. No hay acepción del verbo poseer que le permita creer tal cosa. Más bien lo contrario, su jardín le posee a él – muchos de nosotros sabemos muy bien lo que significa esto –. No somos sino meros instrumentos, como los rastrillos o las regaderas, y aunque nuestra perdurabilidad supere, quizás, la de una planta anual, no tenemos derecho a considerarnos perennes.

En ningún jardín es esto más evidente que en aquellos que hemos “creado”, permítaseme esta expresión tan ingenua, nosotros mismos. A nosotros, los creadores, lo primero que nos preocupa es la precaria situación de quienes ocupan la propiedad, sobre esto ponemos toda nuestra atención y la razón es bien sencilla. En los jardines más consolidados, han desaparecido, en menor o mayor medida, los rasgos originarios del terreno y el artificio reina en su lugar. La vegetación silvestre todavía pervive en ellos, pero ha pasado a ser el elemento parias del paisaje. Pamplinas en los caminos, ortigas en los arbustos, margaritas en el prado, “¿quién os ha dado permiso para estar aquí? ¡Iros inmediatamente, intrusas que sois unas intrusas!”. Sin embargo, en un jardín de nueva creación, sobre todo el que se le ha ganado al bosque adyacente, la sensación de intrusión es – o al menos debería ser – concebida en sentido contrario. Aquí los que se hacen llamar dueños son, en realidad, los intrusos, que se convierten en ocupantes ilegítimos del espacio durante unos meses, como muchos unos años, pues a quienes corresponde el derecho de propiedad es a los helechos, las madreselvas, las zarzas o los pájaros, ellos son, por tanto, los titulares del acta notarial y registral del jardín. Y si los desahuciamos, deberíamos, como mínimo, mostrar respeto y compensarlos por el dolo causado como sentenciaría cualquier juzgado de lo natural que velase por la justicia en el universo.

Ayer mismo, reflexionaba sobre este particular mientras luchaba a vida o muerte por tercera vez con los helechos que, en su afán por conquistar más y más terreno, habían invadido las

borduras de flores que habíamos plantado recientemente. Esta es, y nunca dejará de ser, una suerte de lucha muy humillante, incluso cuando uno gana alguna batalla y se erige vencedor – siempre por un corto espacio de tiempo –. Al desbrozar, soy consciente de estar cometiendo un acto de vandalismo que encima es absurdo y fútil. Me parezco a la señora Partington que malgastaba su titánica energía barriendo el Océano Atlántico con su escoba al objeto de hacerlo retroceder, solo que yo intento eliminar o controlar olas de helechos, verdes, exuberantes y cargados de tremenda vitalidad.

Incluso cuando estas batallas tan humillantes ya no son necesarias, la propiedad de un jardín no es más que una minúscula excrescencia, lo que hemos suprimido solo de manera temporal está tan arraigado, que si bajamos la guardia, aunque sea brevemente, o si nos vamos de viaje con nuestros mirmidones<sup>30</sup> unos días, una hueste de arbustos vuelve a recuperar el terreno que, con tanto esfuerzo, habíamos ganado. ¿Y por qué nos extraña si es previsible? Esto sucede no solo en jardines, también en granjas, viviendas o cualquier otra propiedad de características similares. ¿Acaso no somos nosotros, criaturas pequeñas y sofisticadas, sino elementos accesorios, que no dueños, de nuestro entorno natural? Durante un tiempo, y de modo muy particular en las ciudades, hemos querido creer que esto no es verdad, que somos nosotros los que remodelamos la Naturaleza a nuestro antojo, que esta es una mera acólita, que nuestra ley – y no la suya – rige el planeta, que somos nosotros los que le marcamos el paso.

¡Qué atrevida es la ignorancia! Sitúa a quien mantiene tan insostenible doctrina en un páramo solitario durante un breve espacio de tiempo, de preferencia invierno, y verás cómo surge en él o en ella una potente sensación de transitoriedad que desmontará por completo su planteamiento anterior. Que traspase los límites de su jardín y se adentre en la campiña, que pasee en solitario por un bosque al atardecer, que camine a través del poco transitado y sombrío brezal, que contemple desde las alturas los

---

<sup>30</sup> En la mitología griega, los mirmidones son un pueblo de valientes y afamados guerreros que habitaban en Tesalia. Homero los inmortalizó en la *Iliada* como bravos combatientes de la Guerra de Troya siguiendo las órdenes del héroe Aquiles.

meandros que se entremezclan a modo de encaje de bolillos en los valles, y si no quiere abandonar su casa que simplemente se asome a una ventana al caer el sol, cuando se alargan las sombras, y cambiará de opinión al experimentar la más clara y contundente de las sensaciones, la de su propia sombra, que le hará meditar sobre su inherente transitoriedad.

Así se cura la vanidad, así el alma pequeña y ególatra, henchida de orgullo, estalla como un globo. Descubrimos –no siempre sin pagar cierto peaje– que no solo en nuestros parterres se abrazan lo salvaje y lo domesticado, lo temporal y lo permanente, lo real y lo artificial. Tampoco nosotros nos podemos librar del poder de Don Primitivo que, aunque no seamos conscientes de ello, fluye también por nuestras venas. Es un elemento integral de nuestro ser como lo es de las plantas o de los animales más complejos. Cuando creemos que es parte de nuestra historia pasada y que sus enseñanzas están desfasadas, de pronto, sucede algo que nos hace reparar en su ineludible presencia, tan vital y potente como siempre porque la modernidad no parece haberle afectado en absoluto.

26 de septiembre de 1899

DON Primitivo es un ancestro que nos acompaña desde las raíces de nuestro árbol genealógico, por lo que sus principios han sido a lo largo de la historia objeto de ataque por parte de algunas corrientes ideológicas. Así, por ejemplo, el temor a caer preso de un orden excesivo, no parece, a primera vista muy razonable. No se le ha imputado a mucha gente como característica negativa, desde luego que no a los que, por azar, han nacido al oeste del Canal de San Jorge. Sin embargo, hay ocasiones en las que una pasión salvaje por el orden, una sed insaciable de armonía, asola nuestra alma como una ola, en las que todo lo que cuidamos normalmente esta tirado y amontonado como las huestes del Faraón frente a las frías aguas del Mar Rojo.

Es evidente que somos hijos de nuestra era, herederos de una civilización a la que le queda mucho camino por recorrer para alcanzar el pleno desarrollo. Autodenominémos Almas Libres o apliquémos cualquier otro apelativo que muestre que estamos

dispuestos a desafiar las leyes porque nuestro espíritu está por encima de cualquier limitación, porque somos tan libres como los pájaros que surcan el cielo. Sin embargo, lo cierto es que todos nos sentamos en sillas que resultan ser idénticas para deglutir la comida que la cocinera tiene a bien proporcionarnos, en realidad, en la mayoría de los aspectos de nuestra vida, mostramos la misma originalidad que los peldaños de una escalera.

Para observar la veracidad de este aserto, solo hay que fijarse en el diseño de nuestros jardines. Nosotras, en aras de la creatividad nos hemos propuesto tener un jardín lo más natural posible, además nos encanta la flora silvestre, queremos que nuestras plantas se desarrollen como la Naturaleza ha dispuesto para ellas y no como algún jardinero mercenario estipule. Si bien deseamos limitar la eterna proliferación de muchos de los elementos que surgen espontáneamente en nuestra parcela y no nos oponemos ni a podas que den formas irreales a los arbustos, ni a la plantación de bulbos o cualquier otra planta floral en líneas, cuadrados o paralelogramos para conformar distintas formas geométricas que procuren un efecto armónico, cada perceptible detalle debe subordinarse a la creación de algo más grande e importante, el espíritu del paisaje como un ente unitario.

¡Eso es lo que aseguramos! Pero ¿qué sucede cuando la bandera de la libertad ha sido izada de manera ostentosa? Pues que la mitad de las veces, nos vemos forzados, dada la lógica de las circunstancias, al paulatino repliegue de nuestros propósitos, tal y como hicieron otros eminentes estrategas antes que nosotros. La flora silvestre es una delicia, pero si constituye por sí sola la vegetación de un jardín, con el tiempo seguirá conservando el calificativo de silvestre, pero no el apelativo de flora. Su propietario, entonces, quizás reaccione, si es apasionado, se apoderará de él una potente sensación de fracaso y las riendas que le confieren autoridad se deslizarán poco a poco por sus lánguidas manos hasta que, al final, caigan, luego, hundido en la miseria, esbozará una sonrisa de tierna autocompasión, pero pronto retomará el control y se dispondrá a reanudar la lucha.

¡Que las generosas divinidades que guardan nuestros jardines nos libren de tan humillante final! Sin embargo, ha habido muchos momentos en los que hemos vislumbrado ese final como algo cercano, casi palpable. Apenas hace tres días me peleé

acaloradamente con los helechos, durante los dos últimos, con la ayuda de Cuttle y su ayudante, he combatido a brazo partido la densa foresta de grama que había invadida la práctica totalidad de nuestro vivero, llegando a alcanzar la valla que instalamos para protegerlo tanto de conejos como de otros invasores, lo curioso es que para esta planta dicha valla fue más una catapulta que un elemento obstaculizante.

Cabe señalar que peor que la grama, se comporta, por alguna intrínseca característica, la coronaria o clavel lanudo. Por alguna razón, siempre he sido muy generosa con esta planta, siempre he sentido la necesidad de interceder por ella cuando iba a ser arrancada y desechada. La primavera pasada, incluso, trasplanté cientos de ellas con mis propias manos en una arboleda de aproximadamente dos mil metros cuadrados, en esta especie de reserva podían diseminarse sin molestar. ¿Y cuál fue el resultado? Que no solo cubrieron a modo de manto el espacio acotado para ellas, sino que, insatisfechas con él, estallaron como una horda de indios Ojibwa, o aborígenes similares, y asaltaron las vallas que dividían su reserva de la civilización, enviando miríadas de semillas en avanzadilla que semejabán jabalinas cruzando el cielo. ¡Ahora tanto aislada como colectivamente son más frondosas y exuberantes en el vivero que en la propia arboleda!

Incidentes como el que acabo de relatar son hirientes, más para el jardinero amateur que para el profesional, que probablemente sabe que entra dentro de lo previsible. No obstante, no diré yo que estos incidentes constituyan por sí solos un motivo suficiente para rendirse, pero que para hacerles frente como es debido es necesario estar en posesión de una cualidad más elevada que la simple y secular perseverancia. Estos incidentes generan en nuestro interior una extraordinaria sed de orden, una involuntaria pasión por la pulcritud. Un par de días de fragorosa batalla te conduce a entender en qué radica el orgullo del colonizador: en una tierra desnuda, limpia, dividida por vallas de madera entrelazadas perfectamente alineadas. Aunque personalmente estoy lejos de aborrecer los elementos que acercan mi jardín a la Naturaleza salvaje, y me congratulo por ello, si observo, al mismo tiempo, que comienzo a suscribir la opinión del viverista en relación a cuanto se pueda tildar de silvestre. Sin duda, tengo que

analizar mi ambivalente forma de concebir la Naturaleza y la armonía para conjugarlas con acierto.

29 de septiembre de 1899

FUENTES: aportan gran belleza y una enorme sensación de frescor, los estanques, sin embargo, plantean inconvenientes, son el hábitat perfecto para moscas y ranas, que pueden convertir un jardín en un lugar desagradable<sup>31</sup>.

¡Nos cuesta decir esto a quienes hemos sufrido lo nuestro para crear un estanque en el jardín! Si bien es innegable que la afirmación tiene en qué sustentarse, por no mencionar el prestigio de quien la realiza, también considero que las fuentes no son aptas para todos los espacios, por ejemplo, no son adecuadas para una arboleda, dado que le confieren un grado de artificialidad inadmisibles, el agua que brota por ellas nunca está lo suficientemente limpia ni es lo suficientemente burbujeante como para parecer natural. Los estanques, por otra parte, no muy numerosos en nuestras arboledas, no son inconcebibles del todo. Nosotras nos felicitamos por haber acertado con el lugar perfecto para nuestro estanque, la propia Naturaleza habría optado para él de no ser estas laderas tan áridas, en las que cada gota de agua se vigila como un tesoro oculto. Lo que me intranquiliza es que el chorrito de agua que dejamos correr a través de él durante el verano sea insuficiente para impedir que la que se acumula en su interior se torne amarilla, marrón o verde. Cuando llegue el estío lo sabremos. Del mismo modo, me preocupa no saber qué plantar en los bordes del estanque, sobre todo en la zona que absorberá la mayor parte de la luz del mediodía y requerirá, por tanto, la máxima atención. En la actualidad, gran parte de esos bordes apenas tienen vegetación, lo cual resulta un poco desesperante, sin embargo, sospecho que el verano provocará el efecto contrario, que se cubrirán de una masa verde, densa y

---

<sup>31</sup> Cita de Sir Francis Bacon, tomada de su ensayo “Sobre jardines” (“Of Gardens”), publicado en *Ensayos de Francis Bacon (Lord Bacon’s Essays, Or Counsels Moral and Civil, 1627)*.



enmarañada. Por fortuna, la mitad de sus moradoras actuales, plantas herbáceas bienales, desaparecerán después de la primera estación y quedarán las que son permanentes, bien visibles y lozanas. Omitiendo esta particularidad temporal, tomaré nota de las plantas que hay alrededor del estanque para saber lo que tenemos y formarnos una mejor idea de lo que carecemos.

Lo primero que anoto, un auténtico regalo, dos grupos de Arundo donax, que además de ser sublime como decoración de cualquier estanque, alcanza su altura máxima muy rápido. Ninguna otra planta de su mismo orden, poales, ni siquiera el bambú, genera la misma impresión, casi insolente, de vitalidad y de energía. Además, se adapta a la perfección a nuestro terreno árido, no necesita más que una cantidad razonable de humedad. A continuación, se divisan dos o tres ejemplares de Arundinaria japonica y, junto a estas, bordeando los límites del estanque y conduciendo a lo que hemos dado el nombre de ciénaga, encontramos Bambusa palmata. Esta última nos llegó de Kildare, donde arraiga bien y se extiende prácticamente silvestre por la rivera de un lago. En este enclave, las plantas crecen a un ritmo más lento, pero se reproducen con éxito. Tras la palmata se hallan dos plantas de Astilbe rivularis, emplazadas de tal modo que sus hojas arqueadas se dejan caer sobre sus vecinas más bajitas para tocar el agua. Ya bordeando la esquina del estanque, aparecen varios arbustos de crecimiento lento: el Berberis Darwini, el leal Aquifolium y la stenophylla, de mayor altura, que converge con una hilera de mirto de Brabante y de Rodgersia podophylla, en la que se han deslizado algunos poligonatos. Detrás se ubican unas plantas de Hemerocallis, de ambos tipos fulva y flava, que requieren una división continua en borduras, pero que parecen florecer bien y no dan problemas siempre y cuando puedan disfrutar de un remojón ocasional. De los acantos se puede señalar algo similar, destacaría, no obstante, que extraordinariamente crecen más en tierra húmeda que en seca, por eso no comprendo cómo abundan tanto en España o Italia, cuando aquí, donde las sequías son mucho más moderadas, manifiestan un aspecto frágil y mustio.

A continuación, disponemos de Funkia Sieboldi. Las funkias, en general, son plantas meritorias, pero las Sieboldi, en particular, destacan, a mi juicio, mucho más que las demás. Amén de la

belleza de su floración, su follaje verde grisáceo casi iridiscente no tiene parangón y cuando se combinan ambos el resultado es Arte elevado a la máxima potencia. Todo el género, pero especialmente Sieboldi, pertenece a esa limitadísima categoría de plantas que en seguida se adaptan a los más ortodoxos parterres y borduras, por otro lado, su carácter libre e independiente también encaja en la maleza “silvestre” que pretende desarrollarse en esta parte del estanque, lo cual está lejos de ser una virtud común, por ejemplo, no imaginamos a la Malvarrosa, la Begonias o el Pelargonium en espacios que no sean más o menos un parterre clásico. No es tanto una cuestión de estética, como de adecuación y adaptabilidad, quizás también de libertad en relación a ciertas asociaciones, que habiendo enraizado en nuestras mentes impiden que podamos concebirlas reagrupadas en nuevos formatos. Bueno, mejor cierro este paréntesis para continuar con mi listado.

En la bordura del estanque también tenemos docenas de variedades de Iris Kaempferi que nos enviaron desde Haarlem y, como recién llegadas, tienen todo un futuro por delante. Me sorprendió el iris amarillo común, la mejor y más bella de las plantas autóctonas semiacuáticas, que nada más ser trasplantada, se irguió y floreció llegando a la altura de la mano. Otra planta autóctona indispensable es la Ranunculus Lingua, pero requiere mucha vigilancia pues su potencial colonizador es ilimitado, sus ventosas, largas y acabadas en tonos rosáceos, avanzan hacia el agua a una velocidad que tornan cualquier espacio en una jungla de triunfantes ranúnculos.

Alejándose con celeridad del estanque en dirección al “claro,” se suceden en línea diferentes tipos de arbustos de altura decreciente que se reduce a la de la hierba cuando alcanzan el brezal. El más alto de ellos – bastante alto para el lugar en el que se emplaza – es el Viburnum opulus, común en muchos estanques del condado de Surrey, pero de crecimiento más limitado en jardines. Justo detrás, en estrecha relación con este, se localiza el Viburnum plicatum no porque requiera proximidad al agua, sino porque es uno de esos arbustos que, para ser felices, necesitan mucho espacio, sus largas ramificaciones, cuajadas de flores, se extienden, para nuestro asombro, hasta distancias que no parecen, a priori, estar a su alcance. Otra variedad de la que se puede afirmar lo mismo es la Hydrangea paniculata. La existencia de

nuestros ejemplares, hasta el momento, es ciertamente triste porque, para protegerlos del invierno, los tenemos en cubetas, después de valorar los resultados negativos obtenidos por los que en tierra tuvieron que soportar el frío del invierno pasado, elegimos esta opción. El objetivo es mantener algunos de estos ejemplares así en recuerdo de los que tuvieron un trágico final, con ellos comparten cierta afinidad en lo que se refiere a la abundancia de flores en racimo.

Para embellecer nuestro “claro”, cubierto ahora por un manto verde que alcanza la esquina que queda por describir del estanque, hemos escogido, parece que, con acierto, diversas variedades de plantas florales de hoja larga y estrecha. La de mayor desarrollo es la *Libertia formosa*, verde todo el año, y en verano despunta con flores blancas, parecidas al lirio. Por compañera tiene a la *Sisyrinchium Bermudianum* (¡malditos latines polisilábicos impronunciables!) que, pequeña y simpática, anhela tener un nombre inglés digno. La puedes plantar donde quieras – ribera, ciénaga, macizo de flores – que siempre se mostrará radiante, encajará a la perfección con el entorno, estará dispuesta a expandirse como cualquier mala hierba – a pesar de constituir una masa densa – y exhibirá flores, incluso, como observé el invierno pasado, aunque nieve o hiele y sus hojas estén tan débiles que se quiebren como carámbanos cuando las toques.

Aunque mi listado ya tiene una extensión considerable, quedan por ubicar en él nuevas entradas como la *Bocconia cordata*, impensable prescindir de ella en un lugar como este, la *Tradescantia virginiana*, tanto la azul como la blanca, o diferentes variedades de espíreas, principalmente las que no alcanzan gran altura, entre ellas la de Japón y la palmata, esta última requiere humedad para mostrar lozanía, en una oquedad cubierta de turba tenemos una pequeña colonia que clama atención. Habré de incluir también dos plantas más, que procuran satisfacción solo si las vemos con retrospectiva, la *Primula japonica* y la *Primula rosea*, sin hojas que mostrar, parecen tristes penachos marrones. El *Cypripedium spectabile* no tiene mejor aspecto, pero, al menos, las *Hellonias bullata* conservan su tonalidad verde, la *Gentiana asclepiadea* solo exhibe una o dos flores, la *Lobelia cardinalis*, tanto las variedades más arraigadas como las más recientes, lucen un rojo radiante y la *Schizostylis coccinea* promete bastante, pero

luego no se comporta como debe, como yo sé que lo hace en suelos más benignos que este.

Si nos desplazamos hasta la zona desértica, subimos tres o cuatro escalones de piedra basta y cruzamos un caballón pequeño, ridículo, en dirección al rincón de las azaleas, apreciaremos jaras de diferentes tipos que se encuentran en un hábitat protegido que les facilita el crecimiento, si bien, algunas necesitan cierta vigilancia en invierno, lo mismo que el romero, especialmente el más joven, que a medida que madura su tallo se endurece. La lavanda, por fortuna, se encuentra bien en cualquier sitio y en cualquier climatología, igual que la *Skimmia japonica* y el *Fortunei*, dos de los arbustos pequeños que florecen en invierno que más satisfacciones nos aportan. Estos, unos penachos de *Andromeda floribunda* y una pequeña foresta de rododendro alpino nos conducen de inmediato al rincón de las azaleas.

Todas estas plantas, sobre todo las más recientes, necesitarán de un ojo atento más o menos durante un año, pero transcurrido este periodo crucial para su existencia, espero – quizá sea solo lo que deseo – que se las arreglen por sí solas y que nuestra única preocupación sea evitar que conquisten el terreno de las otras o – lo que es más grave – que sean invadidas por vecinas más salvajes, como las coronarias y similares, que se multipliquen de tal manera que asfixien a sus rehenes. Para evitar que esto suceda, lo mejor es cubrir el terreno con mantos de plantas perennes que no esperen gran cosa del suelo. La cantidad de plantas perennes o semiperennes de poco desarrollo que existen es una sorpresa constante, lo descubrimos cuando nos disponemos a quitarlas, y el hecho de que existan tantas dice mucho del clima que tenemos y del que constantemente nos quejamos. Además de plantas propias de rocalla, casi todas perennes, tenemos otras, que rara vez, por no decir nunca, pierden sus hojas, su presencia tanto en montículos como en oquedades nos impide lanzar reproches por falta de vegetación en ellos, si bien requieren –al menos debería ser así– la acción de La Herramienta Aniquiladora, la horca. De ellas, mis preferidas son ciertas campánulas, incluida nuestra *Campanula rotundifolia*, tanto la azul como la blanca. De igual modo destacaría la *Oxalis stricta* o acederilla, excelente para lugares sombríos, en los más soleadas, sin embargo, se desarrolla

con éxito, incluso en invierno, su vigorosa prima la *Oxalis floribunda*, la más impertérrita de las plantas invasivas.

La *Lysimachia nummularia* y la *Collinsia verna* son, como sus nombres<sup>32</sup>, una delicia, y se extenderán tanto como se les permita. De los pensamientos, de más fácil cultivo, se dan aquí cuatro tipos – *palustris*, que se cultivan cerca del agua o en ella; *dissitiflora*, lozana hasta en verano siempre y cuando tengan algo de sombra; *sylvatica* y *alpestris* –, que crecen y se desarrollan con independencia del lugar en el que se hallen. Los *Epimediums* son excelentes, si bien pueden deteriorarse ligeramente en invierno, lo mismo le sucede a la *Tellina grandiflora*, denominada así con poco atino dado que su fuerza no reside en sus flores, sino en sus hojas. Tampoco escasea el tomillo, las potentillas, los *erysimums* y las verónicas, estas últimas parecen que se están abriendo camino hacia la rocalla. Y si queremos plantas de crecimiento mayor, tenemos la *Megasea*, a la que le podemos cortar tallos dos o tres veces al año si queremos. Contamos además con plantas arbustivas de poca altura como el *Euonymus radicans*, distintas variedades de *cotoneaster* rastrero, la sabina rastrera o la *Gaultheria* entre otras. Una de las mejores es el *Cornus canadensis*, un verdadero arbusto perenne que no es más grande que la fresa silvestre.

Me estoy quedando sin aliento al confeccionar el listado de estos amables “carpinteros”<sup>33</sup> y, en realidad, acabo de empezar. Calculo que, si quito las asperillas olorosas, los pensamientos salvajes, los sedums, las saxífragas y las vincapervincas, dejaré espacio para ejemplares de *Phemeranthus calycinus* de cuatro tipos, *caesius*, *cruentus*, *atro-rubens* y *deltoides*, todos se pueden sembrar a voleo en primavera y todos, pero muy especialmente el último, tienen la capacidad de invadir el terreno de las más grandes y feroces plantas autóctonas.

Hasta ahora hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos para dar un buen servicio a nuestros clientes y mi esperanza, diría mi ideal, es que a partir de ahora se contenten simplemente con recibir un alimento superficial de cuando en cuando y que ni esperen ni

---

<sup>32</sup> La autora hace referencia al nombre vulgar de estas plantas “Creeping Jenny” y “Blue-eyed Mary” respectivamente.

<sup>33</sup> Traducción literal de la palabra entrecomillada que aparece en el original: “carpenters”.

necesiten un proceso de renovación constante, que es un auténtico calvario, a excepción de macizos de flores y borduras.

Los ideales suelen ser cosa extraña, singular es el que yo describo en estas páginas, a la altura de los formulados por los idealistas más trasnochados por su ridiculez e inconsistencia Y aun siendo de esta naturaleza, me aferro a él con tenacidad. Si tuviera que definirlo de forma sucinta diría que es el reposo mental, la liberación del estrés ocasionado por tanto cambio. Yo lo relaciono con un cierto sentido de finalidad y con el pequeño entorno que habitamos.

En mayor o menor medida, aspiramos a alcanzar un fin. Nadie lo ha conseguido, que yo sepa, y, además, creo que, si alguien lo lograra, lo más probable es que no lo disfrutase. No obstante, sigue siendo algo inquietante, una idea que apenas se barrunta ya nos resulta vagamente deseable. Sentarse con placidez bajo nuestras propias enredaderas, descansar disfrutando de su sombra ha sido el deseo del hombre, tanto del atareado como del ocioso, desde sus orígenes. A quienes se pasan las horas al sol, a quienes prácticamente viven en el jardín, como nosotras, se le sitúa normalmente en la segunda de estas categorías. Dado que tenemos que soportar que se nos acuse de ser ociosas, que, al menos, disfrutemos de la tranquilidad que implica. Si el Ocio es nuestro aliado, y lo es de poca gente hoy en día, saquémosle el mejor de los partidos. El ser humano detesta el ajetreo y el cambio por el cambio es, sin duda, una de sus manifestaciones más desagradables. Como cualquier otra actividad, la horticultura es un campo de batalla, quienes heroicamente se adentran en él deben soportar cargas y contracargas, asaltos inesperados y vicisitudes de todo orden, son los avatares de cualquier contienda. Para mí, estos combates, me atrevo a confesar, no tienen el más mínimo atractivo porque yo soy amante de la Paz, la única deidad a quien con agrado elevaría un altar, aunque fuese pequeño, en el jardín. Obligados a afrontar diferentes condicionantes externos, percibimos que su estabilidad, su inalterabilidad adorable le confieren encanto. Y si esto es positivo, ¿por qué no intentar reflejar este mismo encanto en nuestros jardines, que, después de todo, es lo que tenemos más próximo a nuestras casas? No me atrevería yo a aseverar que sea una empresa fácil de lograr, pero esa no es razón para no intentarlo. Tanto es así que mis planes y

acciones van encaminadas hacia la consecución de este fin. ¡Si ahora proporciono humedad al suelo, cavo, planto e ideo proyectos, lo hago con el firme propósito de sentarme luego y no hacer absolutamente nada!

27 de octubre de 1899

¡QUIÉN se atreve a predecir ni su futuro más cercano?

Las últimas cuatro semanas nos han reportado tantas preocupaciones –no solo, ni principalmente vinculadas a la Guerra<sup>34</sup>– que no he podido escribir ni una sola entrada en mi diario. La verdad es que no había nada que registrar. El pobre jardín, sus flores, sus hierbas, la arboleda que lo rodea, la *mise-en-scène*<sup>35</sup> de toques casi cómicos que despliega cuando la climatología es más favorable parecen haber desaparecido físicamente. Es como si el conjunto se hubiera reducido al tamaño de puntos infinitesimales, como los que aparecen en los sueños febriles, tan pequeños e insignificantes, tan invisibles en la noche, que nos maravillamos ante la posibilidad de verlos y, por eso, nos tomarnos la molestia de mantenerlos a la vista. Estando así las cosas, mañana inicio un viaje que durará varias semanas, la mayor parte de este tiempo lo pasaré en Londres, esta será la excusa perfecta para abandonar el diario y el jardín. Es muy probable que para cuando retorne a ambos, el aspecto antiguo del terreno, ahora oculto bajo tierra, haya emergido nuevamente a la superficie o puede también que yo me haya asimilado un poco más los cambios que hemos obrado en el paisaje, cosa razonable teniendo en cuenta que nos tenemos que acostumbrar a cualquier tipo de paisaje, cualquier climatología, cualquier tormenta, por cruel y violenta que sea, cualquier costa erosionada o cualquier mar embravecido que nos encontramos en este viaje verdaderamente extraño que llamamos vida.

---

<sup>34</sup> La autora se refiere a la Segunda Guerra Bóer que libraron desde el 11 de octubre de 1899 al 31 de mayo de 1902 el ejército británico y el ejército bóer en el nordeste de Sudáfrica.

<sup>35</sup> Se mantiene la expresión francesa del original, que en español se traduce por puesta en escena.

Día de Navidad de 1899

AUNQUE ha nevado ligeramente esta mañana, el jardín tiene un aspecto muy sombrío. Salvo por una línea blanca apenas perceptible aquí y allí, todo en él parece inerte, duro y negro como el hierro; hojas de hierro arrugadas sobre un suelo de hierro. El negro no solo anuncia tristeza, también desesperanza, por eso no me extraña que el jardín haya adoptado tal tonalidad. Hay momentos en la vida de un individuo o en el acontecer de una nación en los que nuestros esquemas básicos desaparecen y surgen otros nuevos, momentos en los que nuestras señas de identidad se desvanecen ante nuestros ojos.

De pie, junto a la ventana a través de la que miro absorta el paisaje, me identifico con cuantas personas, en Inglaterra, observan con la mirada perdida a través de sus ventanas el aspecto que ofrece esta mañana de Navidad. ¡Cuántas seremos! ¡Cuántas miraremos la tierra sin vida y nos diremos que no volveremos a cuidar nuestros jardines ni a pasear por ellos! Puede que no sean jardines en el sentido estricto de la palabra, pero sí de modo figurativo, lugares especiales para la felicidad, mil metros cuadrados para el disfrute personal. Espero, de corazón, que la gran mayoría de estas personas los recuperen, más tarde o más temprano. El Padre Tiempo es, en el fondo, una criatura bondadosa, más de lo que nos sentimos inclinados a pensar en momentos de angustia. Precisamente por eso, ahora, nos cuesta creer que esto sea cierto, es más, si alguien se atreviera a expresar tal idea, no sería bien recibida.

Para las personas que atraviesan grandes dificultades, existe, a mi juicio, una única forma satisfactoria de hacer frente a la adversidad, que es negarse a creer que existe. Esa es la lógica que nuestro excelso Cuttle aplica a la mayoría de los sucesos que acontecen en la actualidad en Sudáfrica. Así, se niega a creer cualquier cosa que sea particularmente desagradable en el conflicto que allí tiene lugar, sobre todo cualquier cosa que tenga que ver con la rendición de los ingleses en algunos emplazamientos por determinadas circunstancias. No es que sea un ser ignorante, él es capaz de leer un periódico con diligencia y



entenderlo, es que se niega a aceptar por verdadero cualquier contenido que no considere apropiado. Cuando, hace unas semanas, se produjo la primera de nuestras desgracias en Natal y se publicó el número de prisioneros ingleses que cayeron en manos del enemigo en el tablón del ayuntamiento, Cuttle me informó al respecto al día siguiente asegurándome que nada de eso podía ser. Yo le dije que no tenía razón, pero él insistía en lo que para él era su verdad. Una conversación parecida tuvimos el lunes pasado, después de nuestros dos últimos percances en Modder y Tugela.

“Son malas noticias, Cuttle”, le dije cuando nos encontramos cerca del invernadero.

“Bueno, señora, intentan hacernos creer que la situación es terrible, pero yo no me lo creería, si fuera usted”.

“Pero si todos los periódicos hacen referencia a ello, Cuttle”.

“Sí señora, ¿y qué? A mí no me engañan todos esos periódicos, tienen que rellenar las páginas con algo”.

“Pero si hasta los mismos generales lo admiten”.

“Perdone señora, aceptar tal cosa es una grave equivocación porque no sabemos nada de lo que verdaderamente admiten los generales. Lo único que sabemos es que los periódicos *dicen* que ellos lo admiten, que es una historia muy diferente. Acuérdesse de mis palabras, ya verá como al final se descubre que la prensa ha manipulado este asunto”.

Con timidez le respondí “eso espero, Cuttle” y me marché porque no tenía fuerzas para sacarle de su incredulidad y convencerle de lo contrario, tampoco creo que lo hubiese lograrlo de haberlo intentado. Él se había revestido de una capa del más simple y del más puro orgullo británico y yo no encontré estrategia alguna que pudiera penetrarla. En el fondo de mi corazón desearía que todos pudiéramos tener, aunque fuese, un trozo de ella. ¡Recemos al cielo y a todos los santos para que ninguno de nosotros lo necesite jamás tanto como nosotros en este día de Navidad de 1899!

. . . . .

Día de Navidad, 4 de la tarde.

DESPUÉS del almuerzo fui a visitar a un vecino con la vaga esperanza de que me contara noticias recientes sobre la guerra, como no tenía nada nuevo que contarme, pronto tomé el camino de vuelta a casa entre montículos de helechos y zarzas, a la sombra de grandes acebos. El brillo de su superficie nos recuerda la Navidad y los regalos que se entregan en tan señaladas fechas. Inglaterra es tan grande, madura y sensata que, por lo general, no presta atención a los regalos de navidad, pero hay uno que creo que le entusiasmaría recibir hoy, a saber, ni cargamentos de acebo, ni bosques de muérdago, sino una simple hoja de laurel, la de la victoria que tanto anhela y que con gusto colocaría en su amplio pecho. Ojalá que la reciba y que podamos así tener el convencimiento, como Cuttle, de que la victoria final está próxima, aunque no tenga lugar en estas navidades. ¡Qué extraña convención, cuando se reflexiona al respecto, la de atribuir cualidades humanas a un país! Si se analiza detenidamente, es absurdo.

Esta convención no se sostiene desde ningún punto de vista. La supuesta unidad que implica es una falacia que gira en torno a un simple vórtex de átomos que, a su vez, se mueven en diferentes direcciones y con diferentes desviaciones a lo largo del tiempo. De hecho, dudo que los ingleses, que si se caracterizan por algo es por ser prácticos, puedan identificar su país con una figura humana, salvo para diseñar una moneda o una viñeta. La idea, en sí, es extraña, una rémora del pasado clásico o de los clichés desatinados que, de cuando en cuando, se escuchan en la calle, a la gente ingeniosa esta identificación le resulta lejana. Para mí es relativamente fácil caer en la trampa, quizás sea porque yo no soy inglesa, para ser sincera, hubo un tiempo en el que concebía Inglaterra con forma antropomórfica de mujer y lo hacía de la manera más truculenta posible. La imaginaba Tirana Suprema, cubierta de sangre derramada por Irlanda y por sus héroes, esa iconografía tan sajona era lo que me permitía mantener la indignación a flor de piel. El centrarme en el presente y dejar atrás el pasado, sin embargo, me ha permitido, lo contrario, borrar su efecto. En lugar

de analizar la Guerra, la Hambruna y las Masacres, me enredaba únicamente en insulsas controversias políticas o en, igualmente insulsas, revueltas agrarias. Hoy veo a los Raleighs, los Sydneys, los Straffords, los Cromwells – relevantes y temidas figuras públicas – como un grupo de caballeros bastante hostigados, “oficiales británicos bien intencionados” que se esfuerzan en extremo por hacer su labor ocasionando el menor daño posible a la gente. Sin embargo, en aquel tiempo, tenía una gran capacidad para el odio y esa Inglaterra histórica de la que lo desconocía todo era lo que más detestaba. Recuerdo de manera especial como solía regodearme pensando que algún día sufriría una gran HUMILLACIÓN – como la acontecida en Sedán o en Moscú – o recibiría un duro castigo y que el mundo entero sería testigo de ello. Me alegraba imaginarla desvalida ante otras naciones, sin un solo amigo o aliado, desnuda y avergonzada, sangrando, aplastada, del mismo modo que ella había aplastado en repetidas ocasiones a Irlanda, y con tantas marcas en su cuerpo como cabezas había cortado.

Visto con retrospectiva, menuda sandez. Y mientras los mortales hacemos el tonto, los espíritus de los sabios que están en el cielo se ríen de nosotros. ¡Bueno, aquí estoy yo de regreso a casa por este camino inglés y casi retorciéndome las manos en claro síntoma de desesperación porque estamos presenciando una versión simple y descolorida de aquellos recuerdos en los que aparecía mi antigua enemiga!

Día de Navidad, 6 de la tarde

OLVIDÉ registrar un pequeño incidente que me ha procurado un placer bastante inesperado en el camino de regreso a casa esta tarde, uno de esos incidentes, aparentemente intrascendentes en sí mismos que, sin embargo, significan mucho para quien los advierte y más cuando la vida se nos complica con algún trastorno.

Cuando llegué a la entrada de nuestra arboleda, toda cubierta de hierba, un rayo de sol la atravesó de modo fugaz, para continuar campo a través hasta elevarse hacia la cima de valle. Aunque el día ha sido bueno, teniendo en cuenta la época del año

en la que estamos, nunca imaginé que tuviese un final tan espléndido. Luego miré a mi alrededor con la sensación de estar presenciando un suceso tan maravilloso como inesperado.

El matorral del roble amarillo – mustio, aunque todavía conserve algunas hojas – resplandecía con una luz cobriza, los maceteros de terracota situados en el murete del jardín brillaron durante un minuto que me transportó a la Italia de la que procedían, el aire parecía cosquillear y los abedules, esbeltos, desprendían un fulgor tal que hasta las ramitas más pequeñas y altas semejaban plumas plateadas. Ese rayo súbito y hermoso fue un acto de generosidad por parte de alguna divinidad que quiso alegrarnos el día, si bien brevemente, porque de inmediato la tristeza propia de las noches de invierno se hizo hueco. Visto con retrospectiva, la Navidad de 1899 hubiese sido mucho más oscura y desesperante de no haber sido por ese benevolente rayo del atardecer.

3 de enero de 1900

LA satisfacción que procuran las relaciones personales está sobrevalorada, no obstante, en ocasiones estas son muy beneficiosas. La vida en solitario –si se puede decir esto de quien tiene un puñado de buenos vecinos y un perro fiel– conlleva una sensación extraña de escisión mental. Yo, por ejemplo, que estoy en H\_\_\_\_,<sup>36</sup> haciendo varias tareas: construyendo un camino, podando la arboleda, protegiendo las plantas y dirigiendo una pequeña obra de albañilería, tengo mi mente en otras preocupaciones alejadas de estos valles verdes o de este robledo susurrante. Esta sensación de escisión no la experimento únicamente yo, son muchas las personas que tienen vivencias similares porque la soledad enfatiza esta suerte de rara dualidad y la dota de cierto aire de distinción. Pero, ¿somos los mortales mejores, más competentes, cuando estamos solos o todo lo contrario? A lo largo de la historia de la humanidad, no ha habido sabios que hayan descifrado este misterio, lo cual muy probablemente demuestre su sabiduría. Mejor o no, lo que sí es cierto es que el sujeto se comporta de forma diferente

---

<sup>36</sup> Hazelhatch, la casa en la que vivían Emily Lawless y Sarah Spencer.

dependiendo de si está solo o disfruta de compañía. “Los hombres descienden para relacionarse”<sup>37</sup> dice Emerson y puede que tenga razón. Yo me inclino a pensar que esa profundidad, esa grandeza mental tan peculiar de la que soy, como otras personas, perfectamente consciente cuando estoy sola es menos sólida que la grandeza gaseosa, una suerte de exaltación que se sustenta en gran medida en el hecho de no tener a nadie que te contradiga. Somos, siempre, microcosmos, diría que, en grado absoluto, cuando estamos solos porque nos convertimos en una congregación de individuos que manifiestan una unanimidad singular, además del conmovedor deseo de compartir las mismas ideas, aunque, con frecuencia, entren en conflicto unas con otras.

Mis pensamientos más recientes, como los de tantos ciudadanos de bien, se han centrado en diseñar planes de guerra propios de un estratega amateur. En los dos últimos meses he concebido planes de campaña que habrían asombrado no ya a Von Moltke, sino al propio Napoleón. Si no se los he comunicado a nuestro general en Sudáfrica es porque me ha parecido más apropiado no interferir en los suyos propios. Hace poco me contaron que alguien había teleografiado algunas recomendaciones a Sir Redvers Buller. El telegrama, según mi información, rezaba así “Por favor, intente liberar Ladysmith”. Espero, por la fe que tengo en la especie humana, que la historia no sea un bulo, aunque, por otro lado, si lo es, he de añadir que yo no hubiera sido capaz de remitir una indicación de naturaleza tan simple e inocente. Muy al contrario, tanto mis ideas como las formas que empleo para transmitir las son pomposas, incluso grandilocuentes, y enrevesadas en extremo. Mientras paseo por los vericuetos de esta campaña, se me ocurren posibilidades estratégicas de muy diversa índole, la magnitud de mis propias concepciones me da hasta escalofrío.

Sobre todo, al caer la tarde, percibo con fuerza lo que podría ser el fantasma de la Gran Invasión que se avecina llamándonos para que nos sumemos a él. Dorking – que ilustra el desastre devastador en las filas británicas – no nos resulta lejano, seguro que si alcanzase el otro lado de la cresta, podría ver la escena

---

<sup>37</sup> En el original “Men descend to meet”, frase que se encuentra en el ensayo “The Over-Soul”, publicado por Ralph Waldo Emerson en 1841.

desde arriba. Además, entre un pasaje y otro la diferencia se minimiza cuando los detalles se desdibujan en una gran nebulosa. Hay un montículo suave al que acudo a la hora de la puesta de sol desde el que hace poco imaginé las montañas de Biggarsbergs, tan inaccesibles y cubiertas de salientes como podría desear nuestro corazón. Es cierto que el enemigo que se apodere de ellos será completamente invisible. El atardecer tiene, además, en mi experiencia, el extraño poder de hacerte perder el contacto con la realidad. La mente parece estar menos sujeta a su envoltorio en las horas del día más fulgentes, a medida que se alargan y oscurecen las sombras, se acrecienta nuestra impresión de que el mundo, después de todo, es un pañuelo y de que las escenas que imaginamos son tan cercanas y auténticas como las que se producen en la realidad. Mi pensamiento sobrevuela las crestas de las olas que se desplazan desde aquí hasta Sudáfrica con más ligereza que los paños comunes y aterriza con los pies secos en el Veld<sup>38</sup>, allí, en medio de esas praderas, puedo ver, literalmente todo menos ver, a hombres desorientados, bruñidos por el sol y con aspecto bastante lamentable, son amigos, primos, parientes, compatriotas y compañeros. ¡Queridos amigos, que extraña apariencia la vuestra y al mismo tiempo que familiar! Robustos cuerpos ingleses, astutas caras escocesas y tiernos y despreocupados corazones irlandeses. ¿Seguro que os conocemos? ¿Seguro que os sentimos cercanos a pesar de vuestra apariencia? ¡El escenario puede que sea nuevo, la distancia considerable, pero ninguna de estas circunstancias puede impedir que nos sintamos como en casa entre vosotros!

6 de enero de 1900

“LAS balas surcaban el aire, que era un colador, e impactaban sobre las piedras como un millón de martillos al tiempo que rastrillaban la turba como las cuchillas de un arado!”

Estas líneas se podían leer en un ejemplar reciente del *Daily Mail*, describen la batalla de Elandslaagte. Me pregunto si la

---

<sup>38</sup> Se denomina Veld, palabra neerlandesa y afrikáans, a las praderas de la República de Sudáfrica que se extienden por el norte y el nordeste del país.

razón por la que necesito el apoyo de la Literatura para comprender la realidad de la Guerra es que la primera me resulta menos ajena que la segunda. Estas líneas son pura literatura de naturaleza impresionista que, si no es la mejor en sentido abstracto, es, a todas luces, la más idónea para tal propósito. Si aceptamos el papel que desempeña el escritor como testigo, nos podemos imaginar las balas, disparadas por miles, rastrillando la turba como las cuchillas de un arado.

Ahora bien, en qué sentido se puede decir que el aire era un colador. No lo veo claro, pero la oración tiene fuerza y, por tanto, justificación. Estas líneas me recuerdan lo que me sucedió ayer, me encontré inmersa en una imponente tormenta de granizo, pero como llevaba la ropa y complementos adecuados no tuve que apresurarme a buscar refugio, y pude pararme a estudiar sus efectos. Las piedras que caían a mi alrededor haciendo un ruido estrepitoso me sirvieron, peligro aparte, para hacerme una idea de lo descrito en el *Daily Mail*. Mirándolas con cierta frialdad me pregunté si convenía correr y la Verdad, como no había nadie presente, la respuesta no se dejó esperar: “como el diablo”. Cualquiera hubiera hecho lo mismo, salvo que estuviese entrenado para capear semejante temporal. Mis balas de granizo parecían alcanzar una velocidad prodigiosa para luego caer con precisión casi científica sobre su objetivo, como las de los francotiradores que se apostaban en la colina Leith. Silbaban, danzaban y rebotaban en los árboles, salpicaban en todas las direcciones de una forma muy precisa. Aún quedaban restos de nieve sin derretir en muchas esquinas sobre las que el granizo, al desplomarse, realizaba pequeñas, pero profundas, incisiones antes de desaparecer de la vista como por arte de magia. Donde no había nieve, las bolas de granizo se desplazaban por la superficie como rebaños blancos, conservando prácticamente todo su volumen. No alcanzaban el tamaño de una zanahoria, alguien me dijo en alguna ocasión que había visto bolas de granizo de esas dimensiones, pero sí el de una buena grosella. En la furia de un granizo letal cabalgó hasta la muerte el famoso Bagarrah el pasado mes de septiembre. ¿Qué conocido o persona cercana estará paseando o montando a caballo ahora, bajo este otro, tan denso, tan destructor y tan brutalmente indiferente?

8 de enero de 1900

ESTA mañana nos ha envuelto una nube de humo, no como el del fragor de la batalla, pero casi tan denso, incluso puede que más espeso teniendo en cuenta que ahora la pólvora no emite humo. Nuestro infatigable Cuttle ha decretado que tenemos que deshacernos, como sea, de los montones de rastrojos que aumentan y aumentan sin límite en el jardín. ¡De ahí el humo! ¡En mi vida he visto tal cantidad! Columnas de humo de un tono azul negruzco se enroscaban en nuestra recién podada arboleda hasta que por la tarde un viento súbito las ha empujado hacia el oeste, a través de la campiña, en dirección a Guildford.

A mí personalmente me gusta el olor que desprende, aunque sea, sin lugar a dudas, acre. Una pira de rastrojos es lo más parecido a una hoguera, por la que siento una atracción casi infantil. Para mí son particularmente hermosas y entrañables las que se prenden en las tardes de invierno. ¿Cómo es posible que en nuestra mente estén siempre presentes experiencias de un pasado lejano con una claridad tan perfecta? ¿Cómo es posible que algunas cosas cotidianas despierten sueños, recuerdos y sentimientos mientras que otras, de características similares, nos resultan indiferentes? ¡De cuantas cosas proyecta nuestra memoria impersonal, mi preferida es la hoguera! Su olor nos trasporta a la naturaleza impetuosa y salvaje. El ojo rojo de la llama que parece guiñarnos desde la pira, las columnas de humo que hacen brotar nuestras lágrimas y nos adormecen o el chasquido de las ramas que se desplazan con torpeza en el aire gélido son elementos que, de forma conjunta o por separado, provocan determinadas asociaciones de ideas en nuestra mente que se transfieren al imaginario colectivo en el que perviven generación tras generación. ¿Acaso no se remontan estas asociaciones a la época en la que el ser humano hacía fuego al aire libre y no entre cuatro paredes?

Pero para apasionada de las hogueras, una amiga y vecina, que mantiene una encendida de forma permanente dentro de su propiedad, me pregunto cómo no hay más amantes de la jardinería que pasando la temporada de invierno en el campo no copien esta



idea. La suya no es la mejor de las hogueras porque el combustible que emplea es carbón de antracita en lugar de hojas y ramas, pero no se extingue jamás a pesar de que solo la reabastece, según me indica, una vez cada veinticuatro horas. Su jardín se encuentra en medio de un gran pinar y en él ha situado la hoguera bajo una especie de gazebo que se sustenta sobre postes de alerce. Este está cerrado completamente – sin puerta ni ventana – por dos lados y totalmente abierto por los dos restantes, que dan al sur y al suroeste. Cuesta creer que un sitio de esas características resulte tan confortable, incluso en una tarde gélida si estiras los pies hacia las llamas y te arropas con una manta que remetes por los lados para protegerte de las corrientes de aire. A medida que la luz del día se apaga, aumenta la intensidad del rojo de la llama, iluminando los troncos de los pinos y avivando en quien contempla el fenómeno recuerdos lejanos de acampadas en bosques en los que el fuego era un elemento esencial. Por otro lado, desde un punto de vista más práctico, permite la realización de tareas propias de la jardinería como la poda o el desbroce que, sin la quema – una forma rápida de deshacerse de los rastrojos – serían casi imposibles en este clima tan inhóspito.

Resulta curioso observar cómo las más mínimas distracciones avivan nuestra mente y nos ayudan a sacudirnos la monotonía de la rutina, lo cual debería ser casi una obligación. En estos días recibimos con agrado cualquier estímulo que nos haga vibrar, siempre y cuando no sea un periódico con noticias preocupantes. Creo que uno de los pocos méritos que se le pueden atribuir al invierno, estación fría y adversa por antonomasia, es que devuelve a su estado primigenio –más salvaje– aquellos lugares donde la mano del hombre ha dejado su impronta para restarles naturalidad. La nieve tiene el poder de evocar un sinfín de recuerdos, los senderos que hemos transitados, los arbustos cargados de bayas de los que hemos comido o los arroyos que hemos admirado cuando su agua adquiría un aspecto ártico e hiperboleano bajo su manto. En realidad, cualquier elemento atmosférico que sea muy potente genera este mismo efecto.

El crepitar de la hierba y el brillo de los árboles envueltos en hielo despiertan unas sensaciones y el rugido del viento, el olor a tierra húmeda, el azul grisáceo de las nubes surcando salvajemente el cielo otras. Incluso las plantas que hemos

colocado con nuestras propias manos en el jardín, por ejemplo, bambús o juncos – Arundo donax o similares – adquieren un aspecto nuevo y ligeramente salvaje cuando las vemos balancearse o doblarse como una caña de pescar al son de una repentina tempestad. Aunque no nos lo creamos, podemos escapar de la rutina mediante experiencias que estimulen nuestros sentidos, que ensanchen nuestros límites y que nos otorguen un nivel mayor de libertad. Nuestra imaginación las necesita y, por eso, vuela a su encuentro, son parte de nuestro legado natural, aunque, como regla general, tendamos a obviarlo.

10 de enero de 1900

TRAS un invierno despiadado, dos días agradables tienen el efecto de despertar en nuestra mente emociones medio olvidadas, como la que provoca la hierba alta y su sombra verde o un bello paisaje con mil matices de color o la presencia de flores con su inocente y deliciosa existencia. Hay ocasiones en las que todo esto parece generar más dolor que placer, en las que la persistencia de cosas tan perecederas parece un error de la Naturaleza, una injusticia añadida. ¿Por qué sí perduran unas cosas y otras, más elevadas no? Esta es una pregunta que, como no tiene respuesta, es más sensato no formularla.

Esta mañana, salí a dar un paseo rapidito con el firme propósito de reflexionar únicamente sobre lo que viese y una vez más comprobé la capacidad de generar belleza que posee hasta las tierras más pobres, incluso aquellas en las que la mano del hombre no ha servido para mejorar, sino para arrancar por razones utilitaristas, el atractivo con el que la Naturaleza las había dotado, tierras que adquieren vitalidad bajo la influencia beneficiosa de un mínimo rayo de luz para permitir que la poca vegetación que sobrevive en ellas se revitalice para saludar como corresponde tan amable gesto. “¿Y no es un poco vergonzoso”, pienso yo, “que quienes nos llamamos jardineros y labramos tierras como esas o mejores con el propósito de crear belleza en ellas fracasemos estrepitosamente una y otra vez, que malgastemos planes, tiempo, dinero y hasta el sudor de nuestra frente – cuando no el de otras

frentes – para dejarlas, con frecuencia, en un estado más lamentable que en el que se encontraban en un principio?”.

La verdad es que el propósito de “crear belleza en ellas”, al cual hemos sucumbido sin éxito más de uno, requiere de operaciones más dificultosas y delicadas de lo que queremos admitir. Para quien verdaderamente entiende de esto, para el verdadero amante de la naturaleza, la más mínima partícula de tierra que pueda generar cultivo alguno, el rincón más desvitalizado de la tierra, poblado solo con “estilizado brezo o tojo amarronado, o por cualquier otra planta” puede generar una belleza y un interés que no sabría imitar ni el mejor de los jardineros. No solo porque nuestras posibilidades como individuos sean limitadas, nuestro gusto pobre, nuestra ignorancia supina y nuestra imaginación escasa, sobre todo porque en la mayoría de los casos, no tenemos ni la más remota idea de lo que queremos crear. Sin una visión clara de lo que nos proponemos como meta, ¿cómo vamos a saber las estrategias que debemos adoptar para alcanzarla? La causa de este infortunio radica en que en nueve de cada diez casos queremos abarcar demasiado. Nuestro diseño original puede ser bueno, pero con nuestro afán de mejorarlo podemos llegar a desvirtuarlo, así, si hacemos que el oro sea dorado en exceso o que los lirios exhiben tonalidades con las que pierden su esencia, el resultado no puede sino redundar en fracaso. Ya sé que esto suena bastante desalentador, pero yo he de expresar mis dudas respecto a la mejora de según qué aspectos de un jardín. En la actualidad, los jardineros – profesionales y amateurs, expertos y neófitos – carecen de principios sólidos sobre los que fundar sus líneas de actuación. Para más inri, las dos escuelas de pensamiento más competentes en esta área son, en determinados aspectos, antagónicas. Una propone seguir de forma fiel, sino servil, el patrón que marca la Naturaleza y la otra, mejorarla. La primera plantea emular un desorden pintoresco, generar una sensación de tranquilidad y placer y, posiblemente, crear espacios con formas y colores definidos; los miembros de la segunda, por el contrario, son partidarios de concebir el jardín como un campo de batalla en el que señalan su victoria a través del color, el tamaño, el brillo o la altura de los diferentes elementos del espacio y a través de la manipulación genética de las plantas, que transforman a su antojo.

¿Se pondrán de acuerdo estas dos escuelas tan divergentes al objeto de presentar un pensamiento conjunto más integral y armónico? ¿Podrá la ciencia que aplica la segunda de forma estresante reformar y reforzar la gracia – digámoslo así – un tanto asilvestrada de la primera? ¿Podrá la primera, que aspira a la belleza, aminorar la tensión que genera la visión utilitarista de la segunda? Estas son preguntas que solo el futuro, aún por determinar, puede resolver. ¡Quizás, el jardinero del siglo veintiuno o veintidós pueda darles respuesta!

Con esta contingencia deseable, aunque bastante remota, tomo el camino de vuelta a casa y me encuentro con el jardín, limitado, algo caótico, con parterres pequeños macilentos ribeteados por un fleco de escarcha blanca. ¡Pobre jardincillo! Lo tengo tan abandonado últimamente que al verlo siento cierto remordimiento, después de todo, hay que agradecer las cosas buenas que nos regala la vida – como dice el refrán “es de ser bien nacidos el ser agradecidos” – y la forma más práctica de hacerlo es sacarles el mejor partido. Bueno, el año acaba de empezar, ya habrá tiempo de sobra para cuidar del jardín además de atender el resto de obligaciones. ¡Restan once meses y medio! ¿Qué nos depararéis? ¿Qué secretos insospechados nos revelaréis, vosotros que tenéis nombres pintorescos pero melodiosos?

20 de enero de 1900

ESTA mañana soplaba con fuerza un viento gélido, en contraposición unos tímidos rayos de sol hacían lo posible por hacerla más llevadera. En una mañana como esta, el que es buen jardinero, antes de salir por la puerta, piensa en cómo ingeniárselas para proteger sus plantas más jóvenes y delicadas a través de métodos que sean más eficaces. Las plantas trepadoras son, por regla general, fáciles de resguardar, si se apoyan en una pared, esta se puede cubrir con algún tejido grueso y si no es así, se las puede atar a un poster. Son los arbustos que se insertan en un espacio abierto los que presentan mayor dificultad, por lo general, se cubren sacos o con mantas de arpillera, aunque desde el punto de vista estético sea un parche en el pintoresco marco de un jardín de invierno.

Los rododendros que hemos plantados recientemente no parecen estar pasando por sus mejores momentos, por eso le acabo de pedir a Cuttle que le eche una palada de abono cerca de las raíces. No necesitan protección, son bastante robustos, pero enferman en la capa de tierra fina y seca que yace bajo sesenta centímetros de turba.

A mi juicio, ni siquiera los que gozan de buena salud y están bien arraigados me gustan para nuestras arboledas, pobladas sobre todo por robles cuyas ramas producen un sonido suave y remiso, me resultan exóticos y algo tristes. Los pusimos en parte por el colorido que aportan durante algunos meses del año, en parte porque necesitamos vegetación perenne y, en ese particular, el ponticum común es excelente. Hay dos escenarios diferentes en los que el rododendro se siente comfortable, el primero, inhóspito, recesos en terreno pantanoso, profundo, oscuro y húmedo donde, a la sombra de árboles de mayor empaque, pueda extender sus ramas y sus raíces en todas direcciones posibles. Sus flores, que atrapan los rayos de sol que se bifurcan al entrar en contacto con los árboles que les dan sombra, convierten cada hueco entre ellos en un estallido de color; el segundo, más agradable, laderas empinadas de piedra no caliza, como, por ejemplo, la que desciende hacia la Bahía de Dublín – no demasiado imponente si las comparamos con El Himalaya –. Esta ladera tiene su origen en un barranco ocupado por un bosque que no es compacto. A medida que ascendemos por la pendiente percibimos que el barranco se abre, que los árboles se retraen y que las rocas tienden a adquirir mayor volumen y altura hasta convertirse en torres que se elevan sobre nuestras cabezas como monolitos perfectos. En época de floración, los rododendros que crecen entre ellas, incluso encima y debajo de ellas, nos ofrecen un festival de colores espectacular, un fenómeno que vendrán a visitar masas de peregrinos en muestra de veneración cuando ganemos en madurez.

Verlos en un lugar así te da idea de las posibilidades que ofrece la jardinería heroica. La vista, la mente y hasta el espíritu vuelan hacia esa marea de color. El granito gris micáceo del barranco, el brezo de la cima, el largo río azul de cielo, incluso el mar y sus barcos parecen ser meras figuras adjuntas y accesorias de la escena principal.

Estas condiciones no se dan con frecuencia y menos en un jardín cualquiera, por eso hay que ingeniárselas para jugar, cada uno como mejor sepa, con los elementos que nos tocan en suerte. En lo concerniente a las condiciones naturales, aquí el amante de la jardinería tiene mucho por lo que dar gracias, aunque tenga muchas otras dificultades a las que hacer frente. Debido a la bendita infertilidad de este enclave situado al oeste del condado de Surrey, existen zonas que, no conociendo la acción del arado, permiten admirar por doquier la mano de la Naturaleza y, como producto de esta, una gran profusión de malas hierbas que son autóctonas. Esta Naturaleza apoteósica que observa al jardinero a través de los helechos al tiempo que piensa: ¡si quieres destruir mi obra, tendrás que hacerlo tú solo! Según el criterio de muchos expertos jardineros, no compensa cultivar un tierra tan triste e improductiva donde los veranos son deplorable en materia de precipitaciones. Otros, sin embargo, sostienen una opinión contraria en la convicción de que lo más importante es poder disfrutar de una cierta sensación de paz doméstica o de un cierto sentimiento de armonía general, ambos más fácil de *encontrar* por azar que generar a propósito.

5 de febrero de 1900

PARA no dedicar un sinfín de horas a la lectura de la prensa de guerra, para evitar el lujo de la ociosidad – menos por las razones que arguye el Doctor Watts en su contra que por otras de carácter personal que me han conducido a reprobar tal práctica –, he decidido adoptar una resolución más que respetable en esta mañana de febrero glacial: “¡libros, trabajo y juego saludable!”. ¿Se puede idear un plan mejor? ¿Pueden proponer otro más provechoso quienes hacen alarde de su superioridad mofándose de este?

Lo que no me queda claro es en cuál de las dos categorías de jardinería referidas con anterioridad encaja este plan, imagino que dependerá de la cantidad de coronaria, tomás serpenteante o planta similar que se despliegue por el jardín que pretendemos atender. Además, el invierno da poco cuartel al jardinero amateur y, como tal, tengo un montón de trabajo por delante que requiere acción inmediata, con la climatología tan adversa que hemos

sufrido, no tenemos margen para perder ni un minuto. Hoy parece que la escarcha se ha tomado el día libre y hemos de aprovechar para completar las tareas pendientes antes de que retorne con fuerza renovada. A juzgar por el cielo y otros elementos, es evidente que la tenemos a la vuelta de la esquina y que se está organizando para un nuevo asalto. El invierno está todavía en pleno apogeo, al cruzar el extremo abierto del “claro” hace un momento, el viento me ha atizado un golpe cruel y cortante como de odio o rencor. En estas condiciones climatológicas, tan solo algunos acónitos y algunas campanillas de invierno exhiben flores tímidamente, pero no es más que una muestra de galante valentía. Por la noche, las estrellas, vistas desde cualquier ventana, parecen guiñarnos burlescamente.

7 de febrero de 1900

“¡EL invierno sigue en pleno apogeo!”. Aunque el frío nos ha lacerado en estas fechas, esta mañana, cuando me levanté, no me podía creer que hubiese hecho desaparecer el jardín por completo. De la parte que denominamos jardín holandés no ha dejado ni rastro, parece que nunca hubiese existido. Desde el centro a los márgenes lo ha barrido todo: parterres, borduras, caminos, vallas de ladrillo... La pequeña depresión en la que se hallaba está cubierta por una manta blanca y uniforme que la ha devuelto al aspecto que tenía antes de que hombre, mujer o cinta métrica se tomase interés en ella. Este nuevo estado de cosas beneficia a las plantas, pero hace que nuestro esfuerzo haya caído en saco roto: los caminos que habíamos abierto a través de la arboleda, la tierra que habíamos labrado para la siembra, los parterres de flores que habíamos podado al tamaño y forma adecuados, el brezo que habíamos cogido de un campo bien lejos para que no nos vieran cortarlo. En este caos no sabemos qué hacer, la actividad frenética que veníamos desempeñando hasta ayer mismo ha cesado por completo, la Naturaleza nos ha impuesto un paro en el ritmo tan exaltado que nos habíamos marcado y no podemos sino respetar su voluntad. De nada sirve señalarle que tenemos prisa por acabar nuestra labor, que necesitamos terminar los parterres y preparar la tierra para la siembra porque, de lo contrario, marzo se nos

echará encima y luego enseguida abril o que la primavera asomará pronto y para entonces nuestro trabajo *tendrá* que estar terminado. Ante tales suplicas, la Naturaleza simplemente abre los ojos y, con aire algo sarcástico, responde: “¿tendrá qué?”.

En estos momentos me acuerdo de ese cuento infantil en el que una anciana, antes de darle la cena a su marido, *tiene* que hacer que un cerdo suba y baje los peldaños de la escalera que permite acceder de un lado a otro de una cerca. Después de una pulcra selección, la anciana escoge al animal que es capaz de completar la misión con éxito y, como resultado, se rompe el encantamiento que los mantenía en un estado permanente de inmovilismo. ¡Ya me gustaría saber a mí cómo podemos lograr nosotros un efecto parecido! No veo resorte que tocar, ni pájaro, ni animal, ni elemento alguno al que recurrir con la más mínima esperanza de conseguirlo. El cielo, con tonalidades de un gris metalizado, con vetas de azul oscuro tirando a negro, no parece muy alentador, tampoco el viento con ráfagas hacia el noroeste. La tierra ni se ve, por lo tanto, no se puede valorar, y por lo que respecta a pájaros y animales, están más en condiciones de solicitar ayuda que de prestarla.

Puede que peque de vanidosa, pero he advertido que los pájaros reconocen a sus compañeros de hábitat más corpulentos, sin alas y con dos patas con más facilidad en estas condiciones meteorológicas que en otras, desde luego, el hecho de que se les induzca a tal acción con vulgares migas de pan puede tener algo que ver, si bien es cierto que aprecio en sus ojos una expresión de agradamiento mayor que en circunstancias más benignas. Nos observan con cierto aire de condescendencia porque compartimos con ellos su desesperación, después de todo, no somos tan diferentes de ellos, solo más grandes y más necios. Este invierno, al objeto de hacer más llevadera su existencia, he colocado en el jardín un enorme poster con cocos deliciosos cortados en láminas y en aros en la creencia de que aposentarían y se balancearían sobre ellos mientras los picoteaban. Curiosamente, ninguna de las petroicas carboneras que sobrevuelan nuestra propiedad se ha dignado a tocarlos. Con este público desaire me envían un mensaje bien claro, no están dispuestas a comer nada que ellas mismas no hayan seleccionado, y yo lo recibo, como es normal, con enorme disgusto. Los gorriones, por el contrario, no parecen ser tan exquisitos.



Hoy, gracias a la indulgencia de la nieve, esta situación tan fastidiosa ha tocado su fin. Con enorme satisfacción veo que los vecinos azules que han ignorado reiteradamente mis viandas, no solo están picoteando los aros de coco a los que no habían prestado la más mínima atención, también se sientan y balancean sobre ellos. Intento no alardear de mi triunfo y recuerdo que, en tiempos de conflicto y hambruna, las barreras sociales tienden a caer. Tendré que esperar a que el tiempo mejore para comprobar si esta cercanía es algo más que una tregua que surge a raíz de las dificultades experimentadas.

Por lo general, hablamos como si las condiciones hiperbóreas no fuesen de nuestra incumbencia, pero como Alphonse Karr señaló hace tiempo, solo tenemos que sentarnos para descubrir que estos y otros fenómenos atmosféricos extremos han llegado para quedarse. Hasta no hace mucho, las regiones tropicales o subtropicales del planeta tenían la bondad de enviarnos algunas muestras de su climatología, como los comerciantes que envían sobres con muestras de sus productos.

El verano pasado, hubo días – cuarenta y tres –, si no me equivoco – en los que no creías necesario desplazarte al Sahara para experimentar lo insoportable que puede llegar a ser la sequía. Por desgracia, no puedo devolverlos a su hábitat original – no sé la dirección del remitente. En lo referente a la ferocidad y poder letal de la Naturaleza, no nos faltan evidencias. Engrosan su lista de víctimas los animales salvajes que tienen que protegerse por sí mismos de una climatología hostil, así como los seres vivos más jóvenes, más viejos o más débiles. Hoy, avanzada la tarde, cuando saqué a pasear, por insistente, a mi perro, Mongo, un chow muy vital, me detuve junto al cercado para escuchar un melancólico coro de balidos procedentes de un rebaño de ovejas que estaban en el valle situado a nuestros pies. Intenté avistar algo a través de la blanca oscuridad, pero no hubo suerte, luego volví mi vista a Mongo que se relamía, confío en que no estuviera pensando cenar cordero. Quizás sea una muestra de debilidad, pero tengo que confesar que he entrado en comunión con la Naturaleza estando en un jardín, un bosque, una ciénaga o una montaña, nunca en un pastizal o en una granja. Recientemente, además, leyendo *El año del granjero* del señor Rider Haggard he descubierto que cuando aparece en escena el eterno y detestable carnicero dejo de sentir

placer por la lectura, no me agradan los pasajes en los que se engorda a los delicados y juguetones corderillos, en los que aparecen bueyes irlandeses que no rinden lo suficiente o en los que una vaca lechera que ha producido ingentes cantidades de leche y ha parido un montón de terneros comienza a dar síntomas de vejez, en todos ellos, de forma sistemática, aparece esa abominable figura con un delantal manchado de sangre acercando a sus víctimas de una manera siniestra.

Podría compartir actividades e intereses con cualquier persona a excepción del señor Huesos. La objeción tiene un fundamento puramente sentimental, el mismo que sustenta cuantas cosas amamos y detestamos. En lo referente a nuestros clientes verdes, es cierto que mueren con frecuencia en nuestras propias manos, y el hecho es, sin duda, muy descorazonador, más cuando somos conscientes de que somos los culpables de nueve de cada diez decesos, pero, al menos, no emiten ni chillidos ni gemidos desgarradores que resuenen en nuestros oídos. Los seres vegetales van hacia su muerte en paz, como si una música lenta los condujese a su dulce fin, mientras eso sucede, nosotros, sus asesinos, mantenemos la cabeza bien alta, evitamos mencionar el tema, simulamos una falsa alegría y nos apresuramos a reemplazarlos.

10 de febrero de 1900

TODAVÍA mantengo la convicción de que la determinación que adopté respecto a las noticias de guerra es la adecuada, pero, por desgracia, como muchas otras magníficas decisiones que se toman tiene un inconveniente, a saber, ¡que no se puede mantener! La situación, en la actualidad, es tan tensa, que te atrapa y se apodera de ti mañana, tarde y noche como si fuese la peor de tus pesadillas. En vano intento autoconvencerme de que la actitud en la que tenemos que perseverar quienes no combatimos en el frente es la de ser pacientes y que hemos de hacer un estudio profundo de la paciencia del mismo modo que lo hacemos del arte, puesto que tenemos que aprender a controlar nuestras ansiedades o esperar a que nos digan – como muy probablemente nos digan al final de la operación – “todo ha terminado, la operación ha sido un éxito”. Esta es la actitud más

adecuada, la más patriótica, ahora bien, ¿cómo se logra?, ¿quién es capaz de conservar ese grado de parsimonia? Hace unos días, a las ocho de la mañana abrí el periódico y me saltó a la vista el mensaje que Sir George White le había enviado por medio del heliógrafo<sup>39</sup> a Sir Redvers Buller: “Bajo una fuerte presión” y a continuación se podía leer “¡Se nos fue la luz!”

“¡Se nos fue la luz!”, esta expresión resume cuanto está sucediendo. Sin embargo, necesitamos saber qué pasa con Ladysmith y si podremos avanzar hasta allí y, en el caso de que no sea así, qué alternativas tenemos. Estos pensamientos son como tábanos que volverían loco al hombre más cuerdo. La intranquilidad hace mella en nosotros, nuestra sed infinita de noticias se convierte en una obsesión y cuanto más intentamos controlarla, con más ímpetu resurge. Esto explica que el muchacho que tenemos para echar una mano en el jardín haya pasado a ser nuestro repartidor de periódicos particular, el pobre se pasa el día corriendo de casa a la estación con el único propósito de comprar la prensa más reciente o preguntarle a la gente si tienen noticias frescas de la guerra.

En la actualidad, los ciudadanos interpretan las noticias en relación a la cosa pública, tanto las que corren en la calle como las que se recogen en prensa, en clave personal – me pregunto si esto ha sucedido con anterioridad en la historia de este país –, incluso me atrevería a decir que, para ellos, estas parecen tener más relevancia que sus propias cuitas, por graves que sean. Estas noticias nos hacen llorar, nos aceleran el pulso, nos paran el corazón cuando imaginamos con aprensión lo que puede acontecer. De hecho, cuando pienso en Ladysmith, y no exagero, una agonía indescriptible recorre mi cuerpo, el destino que le pueda aguardar es mi último pensamiento de la noche y el primero de la mañana, esta sensación de desesperación parecería ridícula de no ser tan real.

Lo extraño es que ninguna persona cercana o querida se encuentra sitiada entre esos muros. Mi interés por este asunto es puramente social, como el de la mayoría de la ciudadanía, aun así, no puedo dejar de preguntarme, si nosotros nos sentimos

---

<sup>39</sup> Instrumento que se emplea hacer señales telegráficas mediante la reflexión de los rayos de sol en un espejo móvil.

angustiados, ¿qué no sentirán quienes sí tienen amigos y familiares aprisionados en ellos hoy, mañana y días sucesivos, para ellos terribles e interminables?

Ayer me fui a Guildford a pesar de la inclemencia del tiempo, en el tren me encontré con el eminente horticultor señor R. P. al que contamos entre nuestro grupo de conocidos. Cuando nos encontramos intercambiamos información interesante en relación a nuestros respectivos jardines, si bien el suyo tiene solera y goza de prestigio, el nuestro, todavía en una fase inicial, no sé si lo podemos llamar jardín con propiedad. En esta ocasión, al saber que venía de Londres, mi primera pregunta no fue sobre horticultura.

“¿Hay alguna novedad?”, le pregunté, “A menudo surgen noticias justo después de que salgan los periódicos de la mañana”.

“¿Novedad? ¡Ah, se refiere usted a la guerra! No, creo que no. La gente parece mortificada con este asunto. Antes de ayer me encontré con el señor F. J. y me comentó que le entristecía mucho la situación. Me aseguró que a nuestros soldados no les gusta el panorama, que tienen el rabo entre las piernas y la verdad es que no me sorprende”.

“¡Cómo se atreve!, no me creo ni una palabra de lo que ha dicho” le repliqué, “me creo cualquier cosa menos eso, puedo aceptar que tengamos el rabo entre las piernas quienes estamos aquí, pero ¡nuestros soldados! ¡nunca!”

“Bueno, yo no lo sé, yo solo le cuento lo que me han dicho. ¡Las han pasado canutas en Stormberg y demás! A cualquiera que hubiera estado allí se le habrían puesto los pelos de punta. La prensa no ha informado al respecto porque prefiere ensalzarlos como héroes. Por cierto, ¿le ha florecido ya la Anemone Blanda?”, esto último lo dijo con un tono más animado.

“¿Anemone Blanda?”, repetí algo confusa por la rapidez con la que ha cambiado de tema. “Sí, al menos no...creo que no, la verdad es que no me he fijado”.

“¡A mí sí! Tengo dieciséis plantas en plena inflorescencia ¡son preciosas!, las he protegido para que no sufran daño alguno. ¡No se puede ni imaginar el colorido que despliegan! Las suyas eran de color azul claro, ¿verdad? Me consta que ahora están vendiendo como auténticas Anemone Blanda plantas que no lo son. Las mías son azules, tan azules como la misma pintura azul”.

“Lo que nosotras tenemos en flor ahora son los bulbos, muchos por cierto” le dije en tono serio. “Iris Alata y Scillas y chinodoxas, y narcisos, y tulipanes, y un montón más”.

“Ah, bulbos cultivados en maceta, no suelen ser de calidad, ¿no le parece? Aunque creo que hay personas, a las que les gustan”.

“El Cyclamen Coum que cultivamos en tierra lo tenemos en plena floración”, añadí; bien por la vanidad propia del jardinero, bien por cierto mal humor disimulado, se despertó en mi un espíritu repentino y exacerbado de rivalidad hortícola.

“¿No me diga?”, dijo mostrando de algún modo mayor respeto, “¿y no las protege de alguna forma?”.

“¡En absoluto!”, repliqué de modo despectivo. “Lo plantamos en nuestra arboleda, entre piedras, y se extiende por todos lados como la mala hierba. Ni siquiera el mal tiempo parece afectarle”.

¡Todavía me sorprende que no le dijera que teníamos orquídeas y buganvillas que crecían en el exterior, en la nieve! Seguro que lo hubiera hecho en los cinco minutos siguientes, porque, a veces, la irritación adopta formas muy extrañas de manifestarse, pero, por suerte para mi credibilidad, nuestros caminos se separaron, mi conocido horticultor se bajaba en la siguiente estación y yo continuaba mi viaje a Guildford.

Jamás en mi vida me había sentido tan molesta ni tan exasperada como cuando escuché aquel inesperado comentario sobre los soldados británicos. ¡Si hubiesen sido mis propios hijos o mis propios sobrinos no me habría sentido más ofendida! Adoro mi jardín y soy la primera en considerarlo un tema de máxima relevancia, ahora bien, hay ocasiones, como esta, en las que la horticultura debe pasar a un segundo plano porque la reputación de la bandera nacional está por encima de la de nuestro macizo de flores. “¡Anemone Blanda!” me repetía, cada vez con más exasperación, a mí misma en el transcurso de la tarde. “¡Anemone Blanda, de verdad!”.

13 de febrero de 1900

SI pudiéramos saber lo que nos depara el destino en las próximas semanas, ¿qué descubriríamos? Aunque sea un acto de cobardía, si tuviese la posibilidad de ojear las páginas en blanco

del diario que sujeto en la mano y, con ello, averiguar mi futuro en un instante, yo no lo haría. Esta reflexión en relación a lo personal jamás la había hecho antes en relación a lo público. ¡Tres semanas! No es mucho tiempo, apenas el necesario para que broten algunos crocus y algunas scillas más en nuestro pequeño jardín holandés o para podar algunos robles y nogales, sin embargo, en ese tiempo se decidirá el destino de Ladysmith. Si les enviamos refuerzos –y puede que esto sea una empresa hartamente imposible– ¿qué nos encontraremos?, ¿qué descubrirá el mundo? En realidad, solo existen dos alternativas: la rendición, poco probable, o la masacre, más plausible. Esta última se ha convertido en una obsesión insoportable que me persigue día y noche. La muerte inútil de soldados en esas montañas de hierro donde se enfrentan a las condiciones más insufribles, expuestos e indefensos ante los disparos como los animales y las aves que se derriban en una batida. Escribo esto a propósito con la esperanza de superar esta obsesión que me atormenta más allá de lo soportable. Con la perversidad con la que nos convertimos en nuestros propios verdugos, mi mente analiza una y otra vez el desastre que se avecina prestando atención al detalle más ínfimo con una precisión casi diabólica. “¡Ladysmith ha caído! ¡Ladysmith ha caído! ¡Han aniquilado a la guarnición! son frases que reverberan en cada camino. Asimismo, la derrota se anuncia en el tablón de cada pueblo y, como un amigo mío ha visto con sus propios ojos, también en las avenidas de París. Antes de abrir el periódico de la mañana, tengo la impresión de que el mensaje está escondido entre sus pliegues, preparado, como un áspid, para abalanzarse sobre mí y envenenarme. Por la noche, me duermo con esa visión en la mente y continua en mis sueños haciendo movimientos salvajes al más puro estilo Weirtz<sup>40</sup>, proyectándose dentro y fuera de ellos, reduplicándose a una velocidad vertiginosa, cuando el cerebro que la originó está nominalmente en estado de reposo.

---

<sup>40</sup> Se refiere a Antoine Wiertz (1806-1865), pintor y escultor romántico belga. Parte de su reputación se debe a cuadros en los que destacan escenas dramáticas y de horror como, por ejemplo, *Entierro precipitado* (1854).

Londres, 16 de febrero de 1900

¡ALABADO sea Dios! ¡Alabado sea Dios! Una ciudad al menos está a salvo. Kimberley ha sido liberada ¿y las otras, podrán seguro correr la misma suerte? El salto de una noche de tristeza a un día de felicidad ha sido tremendo. La vida no deja espacio para el resuello, ni siquiera a aquellos que la viven con mayor placidez. Permítanme que haga una pausa y recapitule, llegué a Londres el día 14, por San Valentín. S. S.<sup>41</sup> se iba de viaje al sur, por circunstancias tuvo un retraso de un día y en ese tiempo un sinfín de cosas sucedieron. Habíamos ido juntas a visitar a un amigo, pero ella se fue antes para dar un paseo por el parque, en apenas unos minutos regresó con la respiración entrecortada, un guarda del parque le había contado las últimas noticias. A los cinco minutos estábamos las dos en el mismo parque asaltando a preguntas al mismo guarda.

“¿Es cierto?, ¿cómo lo sabe?, ¿quién se la ha dicho?”.

“Es cierto, muy cierto, señoras. Lo han anunciado en un tablón del Ministerio de Guerra”.

“Pero ¿cómo?, ¿de dónde les llegó esa información si el enemigo estaba justo al otro lado? Entonces...”

“Bueno señoras, según yo lo he entendido fue así: el General French fue enviado al norte y trazó un círculo como este. Y...”

Con nuestras sombrillas dibujamos un apresurado, pero efectivo, esquema de ataque sobre la grava del parque, luego dejamos a nuestro informante con galones y nos dirigimos a *Pall Mall* a paso rápido<sup>42</sup>.

Si bien el Palacio de St. James, lúgubre y sucio, no dio señales de que hubiese ni inteligencia ni sensibilidad en su interior, el resto de la ciudad se impregnó de glamur, lo apreciabas en los taxis, sobre todo en sus conductores, y hasta flotando en el mar de lodo que se creó después de que regara las aceras el personal de limpieza. Los hombres salían de los clubes en grupo y hablaban en tono alto, en realidad, todo el mundo lo hacía y,

---

<sup>41</sup> Sarah Spencer.

<sup>42</sup> Área céntrica en Londres donde se encuentran varios ministerios.

aunque no te encontraras con ningún conocido, todas las personas con las que te cruzabas parecían serlo, incluso más que conocidos, amigos, amigos muy queridos. Nosotras mirábamos al resto de transeúntes con agrado y ellos a nosotras también. En Londres, en St. James' Street, no importaba si eras alto o bajo, de porte adusto o pomposo, joven o mayor, todos éramos un único espíritu, una hermandad que compartía euforia después de despertar de una terrible pesadilla. Sonreír a quien no conocías parecía un comportamiento de lo más natural. ¡Salvados! ¡Salvados! Era el tañido que no necesitaba campana alguna para sonar con la máxima fuerza. ¿Nos mereció la pena la tensión, el largo suspense y la angustia desesperanzadora que habíamos sufrido por esto?, ¿y Ladysmith?, ¿y Mafeking? ¡La Guerra ha dado un giro, la tendencia ha revertido! Pronto tendremos noticias de estos lugares. ¡Mañana volveremos a experimentar una infinita alegría cuando también sean liberados!

Surrey, 26 febrero de 1900

EL tapiz del salvachispas que tengo en la salita me ha estado incomodando durante todo el invierno. Representa a un grupo de Boers – cuando tejieron el tapiz se deletreaba, según creo entender, *boors* – de distinto sexo y de diferentes edades convulsionando de risa. La figura central es un hombre fornido, de mandíbula cuadrada, bien parecido, que sostiene entre sus manos a un muñeco pequeño ataviado con un abrigo rojo al que manipula para que haga payasadas ridículas para disfrute de un niño robusto de dos o tres años que intenta quitárselo. En una mesa adyacente se encuentra sentado un anciano que está comiendo, destacan sus pantalones de cordero que son de un tono gris grasiento. Él también ríe de satisfacción con el guiñol, igual que una mujer – posiblemente la madre del niño robusto – que mira el espectáculo por encima del plato que porta en las manos mientras se dispone a salir de la estancia. Se pueden apreciar otros Boers, o *boors*, al fondo de la imagen, todos partidos de la risa con las tontadas que hace el muñeco con el abrigo rojo. Sus mandíbulas, grandes por naturaleza, desencajadas, muestran



muecas que expresan regodeo ante las posiciones tan ridículas que adopta la figura.

Hace trescientos años, cuando Teniers pintó el cuadro original, es poco probable que alguien imaginara la Guerra que mantenemos contra los Boers en la actualidad o representase a un *Rooinek* mediante un muñeco pequeño y ridículo con abrigo rojo. A pesar de ello, durante meses no he podido soportar la visión del inocuo salvachispas, por eso, por la mañana, nada más entrar a la salita, deslizaba el tapiz por la estructura metálica que lo enmarca hasta que veía solo un par de pantorrillas prodigiosamente robustas y los zapatos de un niño. ¡Hoy, que el curso de la Guerra ha dado un vuelco, no he tocado el salvachispas! Más aún, he sentido una satisfacción perversa al sentarme frente a él para calentarme los pies que tenía húmedos como consecuencia de la realización de diversas tareas en el jardín y observar sus caras sonrientes mientras el muñeco pequeño vestido de rojo hace gestos degradantes ante su mirada.

“¡Reíd, amigos!”, dije. “¡Reíd! Pasáoslo tan bien como podáis. No dejéis de hacerlo porque yo esté aquí observándoos. El desafortunado *Rooinek* es, sin duda, como decís, una criatura ridícula y desvalida, pero, ¡jojo, tened cuidado porque puede saltar y escapar de las manos de su captor! ¡Cosas más extrañas han pasado!”

Muchos caricaturistas, amigos o no, han capitalizado esta contienda y me extraña que ninguno haya hecho referencia alguna a este icónico cuadro de Teniers. La precisión que caracteriza a todo genio es claramente visible, más cuando se les presta atención a los retratos –en el tapiz hay muchos– que bien podrían ser los de cualquier grupo de los que hoy son nuestros potentes enemigos. En cuanto al anciano de la mesa, podría ser el mismo Oom Paul, pues tiene el mismo aire santurrón, la misma nariz carnosa, la misma barbilla prominente y la misma barba canosa en forma de escoba semicircular. Esto me lleva a reflexionar sobre la pervivencia de los prototipos nacionales. Los siglos tienen un principio, un desarrollo y un final, las guerras también, pero probablemente, pocas cosas, en este mundo fluctuante, cambian tan poco, o con la lentitud de un caracol, como las líneas maestras que definen a una raza.

1 de marzo de 1900

¡NO necesitamos a ningún sátiro que nos indique cuáles son las ironías de la vida, nos acompañan a lo largo de ella! Os detallo la última que he experimentado en carne propia:

Después de hacer un sinfín de preparativos, de estar pendiente de los telegramas que llegan, de autoconvencerme de que, pase lo que pase, no voy sufrir más de lo estrictamente necesario, por fin, me he enterado de que han liberado Ladysmith por un niño que me he encontrado en el camino, ¿por un niño?, que más que niño era casi un bebé, un infante con cara de churrete que salía de una cabaña, ¡apenas sabía andar y mucho menos hablar! Sucedió cuando me disponía a coger el tren para Godalming, había esperado hasta el último momento en casa con la esperanza de recibir el telegrama que jamás llegó. Los periódicos de la mañana que había leído no decían nada al respecto, nada que no fuesen meras suposiciones que yo misma podría haber formulado sin gran esfuerzo. Y cuando estaba a punto de llegar al pueblo, doblando una esquina, sale por la puerta de una cabaña la criatura que acabo de describir arrastrando tras de sí un palo con algo rojo atado en su extremo, que en esos momentos no me di cuenta que simulaba ser una bandera. Porque se tambalease o por pura fuerza de la gravedad acabó sentado en mitad del camino, justo enfrente de mí. Me detuve un instante y de repente apareció su madre como una ráfaga, lo cogió, lo puso de pie y le soltó una maternal, pero bien sonora, bofetada,

“¡Niño, qué sentido tiene que te atropellen ahora que Ladysmith ha sido liberada!”

“Ladysmith!”, exclamé. Acto seguido me abalancé hacia los dos y tomé del brazo a la madre, aunque fuese una completa desconocida.

“¿Qué acaba de decir, que Ladysmith ha sido liberada?”

“¡Qué Dios la bendiga! ¿No lo sabe usted? ¡Si lo dijeron hace horas! ¡Nosotros nos enteramos poco antes de las once!”

“¿Está segura? ¿No será una nueva equivocación?”

“¿Equivocación? ¡Que Dios la bendiga, no señora, no es ninguna equivocación! Había un cartel en la oficina justo al lado del señor Smith, serían las menos cuarto. Cuando le llevaba el

bocadillo a mi marido que trabaja para el señor Bellew en los molinos, pasé cerca de la oficina y vi allí unas ocho o diez personas de pie leyendo algo, les pregunté qué pasaba y por eso sé...”

¡Yo también pude advertir algo! Una bandera – sin lugar a dudas la británica – ondeando cerca de la iglesia, pero no le di importancia porque iba con prisa. La emoción del momento y el miedo a perder el tren me hicieron obviar las más elementales normas de cortesía y volé camino abajo en dirección a la estación.

Cogí el tren por los pelos saltando, en sentido literal, a un vagón. Allí le extendí la mano al único pasajero que había. Todo el mundo es consciente del espantoso pánico que experimenta un pasajero solitario ante una pasajera desconocida por muy inocua que sea su apariencia, pero en esta ocasión, el caballero, emocionado por los últimos acontecimientos públicos, me relató, como un río que se desborda, cuando sabía sobre ellos. Venía de Londres, donde había visto al alcalde salir al balcón de Mansion House<sup>43</sup> con un telegrama en las manos, la algarabía de la muchedumbre, las banderas ondeando por todos lados y las calles bloqueadas, precisamente esto último había ocasionado que se demorase veinte minutos en llegar a no sé qué junta o reunión. “¡Por primera vez en veinticinco años, por primera vez, me retrasé! Y como los otros asistentes no tenían ni idea de lo que me estaba sucediendo, ¡algunos llegaron a pensar que había sido víctima de un atropello!” me repitió varias veces mi compañero de vagón entre Guildford y Godalming.

¡Bueno, por fin, lo hemos conseguido! Ahora que está todo en orden, que está todo bien, ¿podemos volver a nuestras propias y relativamente insignificantes preocupaciones: las tareas del hogar, la compra, el desbroce y la siembra, con un espíritu más liviano y hasta un poco más amable?

3 de marzo de 1900

¡NUESTRO Cuttle nos abandona en una semana y siento perder a este anciano bondadoso más de lo que sería razonable! Hoy, cuando empecé a hablar con él de su marcha, mi voz se tornó

---

<sup>43</sup> Residencia oficial del alcalde de Londres.

ronca y supe que tenía que cambiar de tema antes de que perdiese la compostura.

Sé que es mejor que se vaya por muchas razones, una de ellas es que no puede hacerse cargo del jardín y del huerto, pero pensar en quién puedo contratar para cada uno de estos espacios no es algo que me entusiasme. Además, para llegar a su casa tiene que recorrer seis kilómetros y medio por un camino con muchas curvas, ascensos y descensos, que, después de un día de arduo trabajo, cansarían a cualquiera con la mitad de su edad. En circunstancias normales, la marcha de un hombre contratado inicialmente como peón no sería motivo de gran preocupación – ni siquiera habiendo trabajado para nosotras tres años –, pero estando como está nuestro anciano y bondadoso Cuttle vinculado a la existencia de nuestro jardín, perderlo a él es tanto como perder una parte de este, la más valiosa. Lo único de lo que nos hemos ocupado nosotras es de medir el terreno y marcarlo con estacas, del resto del trabajo se ha encargado él con la ayuda de su satélite: cavar la tierra, hacer zanjas, sembrar plantas, podar los árboles, realizar tareas con la horca, etc. Por tanto, ¿no será nuestro Cuttle, nuestro anciano amable, bondadoso y siempre dispuesto a la conversación, su creador? Querido Cuttle, cada uno de los rincones, cada uno de los recovecos, cultivados, silvestres o medio asilvestrados de este jardín no parecerán lo mismo, no nos resultarán tan entrañables sin tu amigable presencia.

5 de marzo de 1900

¡QUE Alah sea alabado por otorgarnos una vida tranquila y sosegada! He visitado a A. R. D y he constatado que no para de hacer actividades, tan variadas como extensas, que tiene responsabilidades enormes y que realiza largas jornadas de trabajo en las que apenas hay hueco para el ocio. No puedo sino admirar a los trabajadores infatigables, mi admiración por ellos aumenta a medida que pasan los años, pero, ¡para nada, les envidio!

“Aferraos a la paz que acompaña a la oscuridad y seréis felices”, ¿de dónde habré sacado yo esta idea tan ignominiosa? Recuerda un poco la filosofía del siglo XVII y eso le confiere cierto viso de respetabilidad, pero, en el fondo, no es más que una

invitación a la pereza. El trabajo, lejos de ser una maldición, es su cura, de eso tengo total convencimiento. Pero, al mismo tiempo, gran parte del trabajo que realizamos parece más el producto de la voluntad del trabajador que de una necesidad externa perentoria. La oscuridad y la pereza además no son términos intercambiables, de hecho, la mayoría de los trabajadores más denodados están, y siembre estarán, fruto de la necesidad, en la oscuridad. Únicamente en nuestro pequeño y puntilloso entorno literario y artístico tienen ambos conceptos cierta conexión accidental. A mí personalmente, me encanta, casi que diría me apasiona, la oscuridad. La réplica es fácil, yo misma me la puedo dar, no he tenido ninguna otra alternativa que atrajese mi atención lo suficiente. Y aunque esto sea verdad, no afecta a lo que en verdad importa en este asunto. Para mí la oscuridad es una bendición, porque proporciona satisfacciones más allá de la ociosidad. ¿Qué quiero decir con esto? Que la oscuridad te permite sentir que te perteneces, que tú y solo tú dispones de tus años, días, horas y minutos sin que nadie te lo recrimine, que eres libre de salir y entrar sin ser observada, libre como la hierba en el monte o como los pájaros en el cielo. Más aun, me inclino a pensar que solo en la oscuridad se puede disfrutar con intensidad las puestas de sol, los anocheceres, las mañanas de primavera, los hermosos arroyos, las primeras flores y tantas otras cosas que nos procuran una felicidad gratuita. De la persona conocida y admirada se espera que saque provecho de todo esto y es probable que lo haga la pobre criatura. ¿En qué medida no depende ya no solo nuestra felicidad, sino también nuestra paz interior, del disfrute ilimitado de estas cosas? Como ya dijo alguien –lejos, por cierto, de ser una figura oscura–: “Tan solo me preocupa el presente. Me procuran paz las puestas de sol y si un gorrión se acerca a mi ventana, entro a formar parte de su existencia y picoteo en la tierra”.

7 de marzo de 1900

TODOS somos en el fondo seres sentimentales, seamos o no conscientes de ello, del mismo modo que todos somos poetas o amantes en potencia, si bien algunos lo disimulamos muy bien.

En los últimos tiempos, yo manifiesto particular vena sentimental conectando diversos espacios de mi jardín con otros que se encuentran al otro lado del bullicioso canal de San Jorge. Ya he establecido zonas que me recuerdan al Burren – al oeste de Galway –, a Kerry o a Kildare, incluso he erigido uno o dos memoriales verdes en honor al gran bosque, ya perdido, de Ossory, del que quedan apenas unos sombríos restos para disfrute de una generación a la que, por suerte, no le resultan indiferentes.

Puede parecer increíble que el placer esté fundado en tal muestra de infantilidad, pero, siendo cierto, sería absurdo no reconocerlo, por ejemplo, la zona que he habilitado en recuerdo de la región del Burren, salvaje, remota, austera y solitaria, única para los pocos que conocen sus formidables terrazas en lento descenso hacia el mar bravío, en ellas se escucha un quejido, un lamento que no cesa. Representar el Burren, con sus plantas, utilizando tres o cuatro niveles de piedra, que ni siquiera es caliza, puede parecer, incluso a mí misma, el mayor de los disparates, no obstante, me niego a avergonzarme de ello. Lo único que deseo es que mis *Dryas octopetala*, mis *Helianthemum canum*, mis *Potentilla fruticosa* y mis *Cystopteris fragilis* acepten la hospitalidad que les ofrezco y que se imaginasen que los fragmentos de cal cercanos son bloques de auténtica piedra caliza.

Algunas dan muestras de bondad, pero otras, arrogantes en extremo, me sacan de mis casillas. Si mis distinguidas visitas tuvieran la deferencia de indicarme con claridad sus necesidades, las satisfaría con gusto de inmediato. Cuando muestran un aspecto disgustado y su enfado dura meses hasta que mueren en tus manos, me pregunto qué puedo hacer yo, desafortunada anfitriona. El *Helianthemum canum*, por ejemplo, ha sobrevivido los últimos nueve meses, por ahora puedo cantar victoria, gracias a mis esfuerzos, en ese tiempo, he vivido momentos de gran satisfacción pensando que se ponía de mi parte, pero sé con total certeza que ya tiene una decisión tomada respecto de su destino y que cualquier mañana correré a mi rincón del Burren para encontrármelo muerto, pero feliz, habiendo culminado con éxito su propósito, ¡morir triunfante en mis manos!

8 de marzo de 1900

EL ritmo con el que algunas plantas crecen y despuntan ante nuestros ojos a pesar de que la climatología sea adversa es un milagro que no deja de asombrarme y, en esta tierra tan poco propicia, el milagro parece mucho mayor. Son bastantes las plantas que declinan vivir en este entorno natural, de ahí que destinemos nuestra gratitud a las pocas que pueden soportarlo, entre ellas los verbascos, una variedad en concreto, el *Verbascum olympicum*, destaca por su nobleza, pero si hubiese que indicar un defecto, sería que tiene un carácter demasiado afable y demasiado vigoroso, no solo alcanza grandes proporciones a una velocidad que corta la respiración, también se reproduce con tan loca prodigalidad que amenaza la existencia de todo el vecindario con su descendencia. Dado que cada descendiente requiere tanto espacio para su desarrollo como el progenitor, a veces, el jardinero, no sabiendo cómo deshacerse de semejante propiedad, acaba por no sentir la más mínima vergüenza de su riqueza.

El verano pasado, después de volver a casa tras un corto viaje, descubrí en el jardín, y no me sorprendió, a toda una congregación de gigantes a los que habíamos entretenido de forma involuntaria. Un gigante puede resultar muy ornamental, más si mide dos metros y medio de alto y luce un amarillo canario brillante en casi toda su longitud. Me tomé la molestia de contarlos, había exactamente ciento once ejemplares en flor. Si consideramos que las dimensiones del jardín no son ni las del Real Jardín Botánico de Kew, ni las del jardín de Versalles, ¡ciento once gigantes amarillos y relucientes en un espacio ajardinado de las características del nuestro son, a todas luces, muchos! Alineados a lo largo del camino de hierba se entrelazaban unos con otros al tiempo que se extendían donde encontraban hueco, te los encontrabas hasta en los más apartados rincones de la arboleda, incluso el matorral del vetusto roble se plegó a su ansia de poder y se colocó a los pies de tan ambiciosa planta herbácea bienal. Al girar de pronto la esquina, tuve la impresión de estar rodeada de una multitud de gigantescos sirvientes vestidos de amarillo que

me miraban con atención y respeto, una experiencia aterradora para el sencillo y modesto ser humano.

Hay otra planta bienal igualmente grande y complaciente a la que trato con poca deferencia por la última de estas dos cualidades. Carece de la imponente fuerza del *Verbascum olympicum*, pero le supera en altura. Se trata de una variedad de la *Oenothera biennis*, conocida popularmente como *Oenothera Lamarckiana*, que no tiene nombre vulgar, al menos que yo conozca, más allá del genérico y no muy descriptivo *onagra*. Existen muchas variedades de *onagra*, tanto perennes como bienales, en los jardines, pero pocas tan auténticas como la *missouriensis*, o *macrocarpa*, sin duda, una de las mejores. La *lamarckiana*, por otra parte, no se considera del todo apropiada para un jardín que se precie, sin embargo, para mí, como propietaria de empinados montículos, borduras abruptas y espacios medio asilvestrados, no tiene competidor, con la excepción de los ejemplares más robustos de *verbascos*.

Este año la he plantado a ambos lados del camino de hierba que cruza la parte superior de la arboleda, aunque no sé si soportará bien la cantidad de sombra que va a recibir, pues ama la luz como la mayoría de su tribu, cabe añadir que su crecimiento es tan excelso que una poda ligera no le causa ningún daño. Aunque se desarrolla menos, requiere casi más espacio que el *verbascos*, cuando dispone del adecuado, esta planta herbácea bienal florece al año de ser sembrada, cosa que no sucede con el *Verbascum olympicum*, algunos de los que plantamos hace tres años todavía no han florecido, pero seguro que lo harán este y, con ello, completarán el ciclo de su existencia. Lo peor es que el hueco que deja cuando muere es muy visible, además, como en el caso de las *dedaleras*, el tocón negro que queda es feo en sí mismo y complejo de eliminar. En referencia a las *dedaleras*, me pregunto cuándo tendremos una perenne que sea verdaderamente fuerte y vigorosa, hay una perenne amarilla, pero no vale gran cosa, no es digna del nombre que recibe. Los *verbascos* perennes son escasos en número y cuando están en flor – la mayor parte de la familia muestra una inflorescencia parecida a la del *aloe* – son el gran consuelo del jardinero que, no obstante, piensa, no sin tribulación, que cada *verbascos* que ha visto nacer de una semilla se convertirá en una posesión permanente, en continuo



crecimiento, que no cesará de reclamar espacio y luz. ¡Muchos metros tendrá que tener el jardín que pueda darles cobijo a todos!

19 de marzo de 1900

EN alguna página anterior de este diario cometí el error garrafal de arremeter contra la “agradable planta herbácea llamada Vanidad” por su resultado en jardines, ahora estoy convencida de que, si se la cultiva en la medida justa, es en sí misma motivo de satisfacción, pero también lo es como estímulo para cultivar con éxito otras plantas que deseemos.

Sé que esto contradice la opinión generalizada que consiste en clasificar esta planta como mala hierba, que no solo se extenderá sin límites en cualquier estación del año, sino que lo hará de la forma más ostentosa posible, inclusive en la tierra más pobre. Teniendo en cuenta mi experiencia, he de señalar que esto no es así, pero no puedo hablar de cómo se desarrolla en otros jardines porque no he leído artículos al respecto – salvo uno tangencial – en la prensa dedicada a la jardinería. Dado que tiene variedades de buena y mala calidad, lo recomendable es adquirir las primeras, siempre y cuando se pueda hacer de forma legítima, y en esto creo que estarán de acuerdo todos los jardineros que conozcan bien el oficio. ¡Convencida, como estoy, de su valor, estaría dispuesta a quitar muchos vegetales suculentos y saludables del terreno para dejarle más espacio!

El notable ensayista, y también horticultor – según él –, Sir Thomas Browne, plantó una gran cantidad de ejemplares de vanidad en su jardín, si bien a él, con ese humor extraño que caracteriza a quienes cultivan esta variedad, le parecían pocos. Véase el panegírico que escribió en *Religio Medici*, un panegírico de lo más satisfactorio – parece ser que se propuso lo contrario –. Aunque quizás, como el señor Pepys<sup>44</sup> diría, “era en broma”.

---

<sup>44</sup> En el original “That was in mirth”, expresión que emplea el diarista Samuel Pepys (1633-1703) en su obra autobiográfica *The Diary of Samuel Pepys*, publicada por primera vez en 1825.

Doy gracias a Dios de que, entre esos millones de vicios que tengo por herencia de Adán, haya escapado a este [¡Millones de vicios! ¡Sir Thomas, qué el cielo le asista! No obstante, hemos de tener presente que era un retórico.] Esas insignificantes adquisiciones y esas celebradas perfecciones que alimentan y elevan las vanidades de otros hombres no añaden ni una pluma a las mías. Yo he visto cómo un gramático se vanagloriaba, se cubría de plumas, analizando un solo verso de Horacio, cómo mostraba más orgullo explicando la construcción de una oda que el autor componiendo el libro entero. Yo, sin embargo, que domino la jerga y el dialecto de varias provincias, además de entender no menos de seis idiomas, no tengo más alto concepto de mí que el que tenían nuestros padres antes de la confusión de Babel, cuando no había más que una lengua y no existía ningún lingüista ni crítico engreído. He visitado varios países en lo que he estudiado la naturaleza de su climatología, la corografía de sus provincias, la topografía de sus ciudades y, también, las diversas leyes, costumbres y políticas por las que se regían, sin embargo, mi espíritu no puede conducirme a caer en la torpeza de conformar una opinión acerca de mí mismo semejante a la que generan de sí mismas cabezas más ligeras y envanecidas que jamás proyectaron la vista más allá de su nido. Conozco los nombres, y algunos datos más, de todas las constelaciones de mi horizonte, sin embargo, he presenciado como un marinero locuaz, que solo podía nombrar los lebreles y la Estrella polar, lograba hacerme callar con su charlatanería, en la creencia de que estaba una esfera entera por encima de mí. Conozco la mayoría de las plantas de mi país y de los países vecinos; sin embargo...<sup>45</sup>

¡No Sir Thomas, querido Sir Thomas, mejor no continúe en esta vena filosófica o alguno de sus más devotos seguidores podría perder parte de la fe que tiene depositada en usted! Y paso páginas del libro rápido en la confianza de encontrar otras más valiosas.

La búsqueda de un pasaje concreto me ha llevado más de lo que esperaba, y a pesar de poner todo mi empeño no lo he encontrado, lo cual no es de sorprender teniendo en cuenta que no tengo en mi casa el libro en el que se inserta, *El jardín de Ciro*. Finalmente lo

---

<sup>45</sup> Fragmento de la Sección 8 de *Religio Medici* (*La religión de un médico*), obra ensayística y espiritual que escribió en 1635 Thomas Browne.

he encontrado bien escondido, como una ramita de mirto, en el interior de un cuaderno antiguo:

El tresbolillo del cielo ha descendido sobre el horizonte y llega el momento de cerrar las cinco puertas del conocimiento. Somos reacios a dejar que nuestros pensamientos conscientes se conviertan en los fantasmas del sueño, que a menudo continúan sus meditaciones, urdimbres, telarañas y marañas relacionadas con las bellas tumbas. Además Hipócrates ha dicho tan poco y los maestros onirocríticos<sup>46</sup> han dejado interpretaciones de las plantas tan poco satisfactorias que no tenemos aliciente para soñar con el Paraíso. Tampoco los más dulces placeres de los jardines nos procuran bienestar en las horas de sueño, donde el sentido adormecido se da la mano con deliciosas fragancias y aun estando en el lecho de Cleopatra, apenas puede, con deleite, suscitar el espíritu de una rosa.

La noche, que la teología pagana pudo convertir en la hija de Caos, no proporciona ventaja alguna para describir el orden, aunque derivemos su genealogía a partir de esa masa. Todas las cosas tienen su origen en el orden y tendrán como fin ese mismo orden, según establece el Ordenador del orden y el matemático místico de la ciudad celestial.

Aunque en Homero se enviara el Somnus a despertar a Agamemnon, yo no experimento tales efectos en estos momentos de sopor previos al sueño. Mantener los ojos abiertos durante tiempo más prolongado sería actuar como si estuviéramos en las antípodas. Cuando los cazadores de América están en plena actividad, los de Persia ya han disfrutado de sus primeros sueños. Mas ¿quién estará somnoliento justo a la hora en que se nos libre del sueño eterno? ¿Quién albergará pensamientos soporíferos cuando el sueño deba concluir para que, según conjeturas, todo despierte de nuevo?<sup>47</sup>

---

<sup>46</sup> En el original “oneirocritical masters”. La *Oneirocritica* es un antiguo tratado griego que versa sobre la interpretación de sueños. Lo redactó Artemidoro en el siglo II d.C.

<sup>47</sup> Emily Lawless toma las tres últimas citas de *El jardín de Ciro* (*The Garden of Cyrus*), ensayo que publicó Thomas Browne en 1658.

El más melodioso de los retóricos y el más extravagante de los poetas que escriben prosa, te deseo buenas noches. Coincide que están dando las doce de la noche mientras copio la última línea. Y mientras enciendo una vela reverbera en mis oídos el sonido de tus pronósticos sombríos y tus estruendosas conjeturas que, lejos de alarmarme, con gusto me acompañarían al pasar la puerta de marfil. Porque, como tú mismo dices...

Dichosos los que, como Pitágoras, se acuestan con música grandiosa o los que saben dominar a ese espíritu fantástico y alocado que se adueña de nuestro sueño llenándonos la cabeza de visiones de San Antonio o de fantasías de Lípari mientras descansamos en nuestros aposentos<sup>48</sup>.

20 de marzo de 1900

¡DE la defensa de la Vanidad a la defensa de Inglaterra! “Presta atención a las transiciones”, le dijo un orador veterano a otro más joven cuando este le pidió que resumiese el arte de la oratoria en una frase. La literatura, como la oratoria, tiene que prestar atención a las transiciones, si no conduce a confusión y la justa indignación de los lectores, el diarista, no obstante, se basa en un principio algo diferente. Si existiese el libertino literario o el quebrantador de leyes inocuo, él se merecería tales etiquetas porque escribe páginas sin un plan preconcebido y sin seguir rígidas convenciones, además, se vanagloria de ser libre como el viento que azota las cimas de los árboles o como los estados de ánimo, que con dificultad se mantienen durante horas consecutivas. Al menos, esto es lo que opina la que escribe este diario que, hoy, por ejemplo, ha dejado el jardín y cuanto le atañe a su libre albedrío con el propósito de divagar sobre el asunto de la Invasión<sup>49</sup>, en parte por el deseo que nos asalta continuamente de expandirnos sobre el territorio que menos conocemos, en parte por otro deseo innato, el de contrariar

---

<sup>48</sup> Emily Lawless toma esta cita del ensayo titulado “On Dreams” de Sir Thomas Browne.

<sup>49</sup> Se ha respetado la mayúscula inicial del original “Invasion”.

las convenciones que nos han inculcado desde la más tierna infancia.

Que la diferencia entre militares y población civil es absoluta, clara como el agua e incuestionable como que hay sol, es una de esas convenciones, de hecho, hasta hace unos días no escuché jamás a nadie ponerla en tela de juicio. Sin embargo, ¿cómo la percibimos ahora a la luz de lo que estamos escuchando, viendo y leyendo en los últimos cinco meses? Si algo hemos aprendido del conflicto presente es que en las condiciones en las que vivimos en el mundo moderno, un ciudadano –sin la menor pretensión de ser otra cosa– que sea un buen francotirador puede ser tan valioso o más, dependiendo de las circunstancias, que el soldado medio que, por lo común, solo dispara, nada más, con el inconveniente de que le cuesta aprender esta destreza propia de su oficio dado que no tiene más posibilidades de practicarlas que cualquier otro hombre.

Esta mañana, meditando sobre la fuerza que mueve esta revolución, decidí inventar mi propia Invasión centrándome en la exaltación del francotirador civil, en cuyas actuaciones tengo un interés natural. Desde mi punto de vista, los planes de Invasión son siempre fascinantes con independencia de que se lleven o no a efecto. Mi Invasión, de poca monta y bajo coste, me servirá para examinar el papel del francotirador civil en una situación bélica. No tendrá lugar, como cabría pensar, frente a las costas de Boulogne, sino en un nuevo escenario, a saber, las costas de la Bahía de Dublín. Mis invasores son probablemente franceses, pero podrían ser de cualquier nacionalidad, este extremo es irrelevante, el caso es que unos cuarenta o cincuenta mil efectivos han logrado, con éxito, burlar la vigilancia de la Flota del Canal, pasar entre los fuertes –una hazaña nada imposible– y desembarcar en algún punto situado entre las murallas de Howth y la punta del Cabo de Bray.

La misión que tienen encomendada, según información suministrada, es causar tanto daño como les sea posible en el tiempo que tienen asignado para ello. Si la flota que se ocupa de la defensa de las costas irlandesas está ocupada en otras coordenadas y, además, ellos pueden recibir refuerzos, mucho mejor. Francia puede permitirse el lujo de perder veinte o treinta mil soldados por una buena causa. Además, qué francés sería

aquel que, con el propósito de quemar, acosar, disparar, atacar, cometer atrocidades y devastar, en resumen, causar el caos y la destrucción en posesiones británicas, no correría el riesgo de ser capturado y convertido en prisionero de guerra, una situación que después de todo no es tan incómoda. En este contexto, voy a considerar la figura del francotirador civil y la primera pregunta que me hago es la siguiente: ¿Cuáles son los derechos y los deberes que asisten a los francotiradores civiles normales y pacíficos cuando disparan sus rifles contra quienes constituyen una amenaza?

En primer lugar, me gustaría aclarar que, en el curso de las investigaciones, de cierto calado, que he realizado sobre el arte y práctica de la guerra sirviéndome de *Débâcle, La Guerre et la Paix* y otros manuales recónditos, he descubierto que, en el caso de las invasiones, la barrera que separa a militares y civiles está más marcada que en tiempos de paz, por lo cual es más difícil de franquear. El militar, sea cual sea su nivel de competencia, recibe un trato honorable en caso de captura. Puede que pase hambre severa si escasean las provisiones, como les sucedió a los prisioneros de guerra franceses después del conflicto de Sedan, puede que le disparen en el acto si intenta escapar, pero exceptuando estos casos, es un sujeto con unos derechos y un status claramente definidos incluso en el caso de que haya llevado a efecto una matanza despiadada y sea considerado hasta por los suyos una bestia, un patán o un ser cuya compañía es mejor evitar. Por el contrario, según las fuentes citadas, al francotirador civil que actúa durante una invasión no le asiste ningún derecho ni le está permitido hacer uso de ningún arma, aunque sea su propio rifle o escopeta, aunque sea en respuesta a una provocación en tiempo de guerra o aunque sea para defender su casa con esposa e hijas en el interior. Para más inri, ateniéndonos a las leyes y a las costumbres que rigen el honor – este es el quid de la cuestión – le obligarán a salir de su casa, le pondrán de cara a la pared más cercana y, sin más contemplaciones, le pegarán un tiro ante la mirada de su esposa y demás familiares. Esta es, según me consta, la ley y el evangelio militar, una ley que no solo está permitida, sino que debe ser ejecutada por parte de cualquier militar honorable u oficial cristiano, que aseguran que solo así se puede garantizar la protección de la población civil durante una

invasión. También le he escuchado decir a alguien que no se le puede permitir a un hombre que dispare libremente contra los pobres soldados que pretenden destruir su propiedad porque eso los colocaría en una situación de indefensión.

Teniendo presente el antiguo reglamento militar y su aplicación en tiempos modernos, miro a Sudáfrica y ¿qué veo? Veo una multitud de hombres luchando, y no aprecio en ellos – con la excepción, por supuesto, de nuestros regulares y nuestra milicia – las características propias de un soldado. En algunos casos dispersos sí, pero el grueso lo conforman simple y llanamente individuos civiles que parece que acaban de salir de sus granjas, sus oficinas, sus contadurías, sus clubes o cualquier otro lugar. Saben disparar o, al menos, eso creen ellos y saben montar a caballo, unos mejor que otros, pero no por ello son más soldados que esta diarista que hunde su pluma civil en su nada marcial tintero. Si los comandantes alemanes de 1870 no veían en los *francs tireurs* otra cosa que filibusteros irreconocibles; si Napoleón declinó rubricar un acuerdo para que los francotiradores Tiroleses y su heroico jefe tuviesen un tratamiento decente, ofreciendo como argumento que este último era un posadero, ¿qué le habrían dicho aquellos y este a cuantos están luchando hoy en ambos bandos en Sudáfrica?

Lo dicho hasta aquí es meramente preliminar. Nuestra invasión no es un peligro serio, pero le tenemos que hacer frente. ¡Están aquí y son agresores! ¡Ya pisan nuestras sagradas costas! Es necesario cuestionarse qué vamos a hacer con ellos y si todos vamos a una en esto ¡Arriba, armaos y a por ellos! ¡Los ricos y los pobres, los jóvenes y los ancianos, los valientes y los que no lo son! ¡Las mujeres primero como corresponde a su coraje! ¡Arriba, a por los villanos! ¡Qué no avancen ni un centímetro más! ¡Qué ninguno vuelva a su país alardeando de que estuvo aquí! Pero, ¿qué es ese sonido?, ¿no es el tañido de la campana para avisar del almuerzo? ¡Qué gran inconveniencia! Bueno, hemos de posponer nuestra invasión por el momento. Después de todo, como Peter Plymley le escribió a su hermano Abraham, “en los últimos tres siglos no ha muerto cerdo inglés en ninguna batalla importante que se haya librado en tierra inglesa”. Aunque la mía en concreto no se libere en Inglaterra, sino en suelo irlandés, no creo que toque a su fin antes de que caiga la tarde.

20 de marzo de 1900. 3 de la tarde

DESPUÉS de una interrupción, proseguimos con la Invasión. Debido, quizás, a la naturaleza dilatoria de nuestra respuesta, los invasores han dejada la costa atrás y avanzan hacia el interior, como resultado el pronóstico del asunto comienza a ser desfavorable para los desafortunados ocupados. El ejército regular irlandés resulta que está en baja forma, pesa sobre él el esfuerzo que ha llevado a efecto para cubrir las bajas en el campo de batalla, además, ningún alto mando cuenta un plan de choque para lo que parecía, a priori, una acción militar tan improbable y, por si esto fuera poco, se comenta que el Comandante en Jefe se está debatiendo entre la vida y la muerte en el Hospital Real como consecuencia de un exceso de trabajo y de preocupaciones. Sus subordinados se están portando como héroes y los “Polis” – la Policía Real Irlandesa<sup>50</sup> – están desempeñando las labores de los militares, por cierto mejor que muchos de ellos, Dublín, por el momento, está a salvo, pero la situación del país un poco más al sur es crítica y nadie sabe la opinión que todo esto le merece al conjunto de la ciudadanía. Los invasores, sobre todo los franceses, han sido a lo largo de la historia grandes amigos de los irlandeses, pero en esta ocasión, estos están molestos porque la incursión les ha pillado por sorpresa y porque el olor a techo incendiado es insoportable.

Nada más poner pie en tierra en la Bahía de Dublín, el enemigo ha establecido su cuartel general, con gran discreción estratégica, en una posición que la Naturaleza ayuda a defender, las Montañas de Wicklow, desde ellas envían alegremente escuadrones de ataque a las zonas adyacentes. La parte de Kildare más cercana a Wicklow ya ha sido arrasada y la mayoría de sus pueblos incendiados, a pesar de la cercanía del cuartel militar de Curragh. Se cree que las localidades de Naas y Sallins serán las próximas en ser asaltadas. La rapidez con la que se ha producido esta catástrofe ha agotado los recursos militares de la zona, por ello, se les ha pedido a los militares que se reagrupen tanto para

---

<sup>50</sup> Royal Irish Constabulary.



defender las vías que conducen a la metrópolis, como para dar batalla en una posición con más posibilidades de éxito que la que mantienen frente al campamento fortificado de Wicklow. El resultado es que, más allá del limitado número de policías que participan en la lucha, el General del distrito al mando no dispone ni de un solo hombre para proteger los lugares más pequeños.

¡Ante el oficial, hostigado y sobrecargado, se presenta un grupo de población civil! El tamaño del mismo no es lo relevante, lo importante es que lo integran individuos fuertes, de campo, buenos tiradores y excelentes jinetes, hombres de distintas edades, pero todos con más o menos conocimiento de las condiciones de terreno. Vaya por delante que las generalidades nunca son satisfactorias, pero supongamos que yo misma soy uno de los miembros de ese grupo: de porte grande y fuerte, equilibrado y con determinación, un varón adulto sano y vigoroso, un magnate local a pequeña escala, bastante bueno en la mayoría de deportes y sobresaliente en tiro, antes figura conocida en Wimbledon, más recientemente en Bisley y, encima, me puedo multiplicar tantas veces como sea necesario. ¡Nada más lejos de mi intención que imponer mis servicios, que se me entienda con claridad, pero si puedo ser de utilidad en estas circunstancias, dígamelo!

Con Sudáfrica presente en nuestras mentes, ¿qué respuesta le va dar el oficial a tan valioso voluntario teniendo la desgracia de carecer de suficientes recursos humanos? Por lo que respecta a lo que puede hacer conmigo, hay múltiples posibilidades, me puede colocar en determinados puestos, con el rifle y los prismáticos al lado, para que capture a los oficiales enemigos que estén explorando el país, me puede enviar junto con otros más a una mansión o dos para preparar algunas sorpresitas para quienes puedan esperar encontrarlas vacías, etc. Pero – y este es el asunto al que quiero llegar – ¿se aventuraría a darme estas órdenes? Si el hombre que represento ser fuese tratado como trataron los alemanes de 1870 a los combatientes civiles franceses, mujeres incluidas, o como los franceses hubieran, sin duda, tratado a los alemanes, veo difícil que ningún comandante responsable se atreviera a correr tal riesgo por perentoria que fuese la necesidad o por mucho espíritu de servicio que viera en mí. Los riesgos son inherentes a la Guerra, pero hay riesgos y riesgos. Nadie propone

cazar con sabuesos y correr con las liebres, luchar en tiempo de conflicto bélico es razonablemente seguro, después de cumplir con tu papel de soldado, vuelves a casa, te pones la ropa de paisano y reclamas la inmunidad de la que goza la población civil. Para satisfacción de nuestro voluntarioso y leal amigo, no deberíamos permitir que los riesgos que afronta la población civil sean mayores que los que afrontan los militares. Cabe añadir que hay riesgos que no son apropiados, me atrevería a decir ni decentes, para quien se tenga algo de respecto. La mayoría de la gente no entiende que esté permitido matar a miembros de la población civil a sangre fría, ¿cuál es su status oficial?, y sobre todo ¿cuál es su status internacional?, ¿por qué no se han eliminado ya los riesgos de tan monstruosa, tan horrenda contingencia? Y si es así, ¿desde cuándo? Las autoridades competentes deberían dar solución a este problema, sabiendo que el número de individuos civiles dispuestos a defender sus casas, sus campos y sus parroquias es muy probable que aumente con el paso de los años. Bien organizada o desorganizada, la población civil armada es un fenómeno que ha llegado para quedarse y aunque todavía es una cuestión de estado completamente nueva que necesita encontrar su encaje, no creo que haya nadie que se atreva a decir que no es de utilidad en momentos de máxima gravedad en los que cualquier ayuda por pequeña sea contribuye a la victoria. Permitamos que nuestra robusta población civil arrime el hombro, pero que, en caso de captura, reciba el mismo trato que se le ofrece en situación de conflicto al militar capturado. Esto sería lo mejor tanto para los individuos civiles capturados como para el conjunto de la sociedad, que respiraría más tranquila.

26 de marzo de 1900

¡VISTAS, queremos vistas en un jardín que parece condenado a no tenerlas! Nos gustaría ver el paisaje que se extiende en dirección a las llanuras de Dorking, pero como queda al norte, cuanto más abramos esa zona, más viento azotará nuestras plantas, por lo que cualquier decisión al respecto tiene que estar muy meditada.

Creo que hemos solventado el dilema con acierto, hemos abierto un hueco en una zona de arboleda que acaba en una valla, sobre la que, durante el verano, se entrelazan altramuces y guisantes en amistosa confusión. Lo que era hasta hace poco una sólida arboleda que oscilaba entre cuatro metros y medio y seis metros de altura ahora no es más que una zona de vegetación de color rojizo cuya altura no supera la de los helechos, digamos que en torno al metro, alcanzando el metro y medio en las zonas más altas. Así logramos abrir un espacio relativamente amplio en el que conviven helechos, zarzas, un saúco, una plántula de abedul, dos o tres espinos y algunos ejemplares de *Viburnum opulus*. Una vez pasamos esta zona y la de los alerces, llegamos a nuestro camino de hierba, recién hecho, de algo menos de tres metros y medio de ancho, ¡un camino que enorgullece a quienes hasta ahora nos habíamos contentado con una pista de 60 centímetros! Este tiene una curva no muy pronunciada que gira hacia el sur en dirección a la verja que divide el jardín de la arboleda, por su situación en el espacio que hemos abierto para conseguir vistas, no permitirá que las ráfagas de aire frío penetren hasta los parterres de flores y los dañen. Si hubiera sido por mí, ni hacha ni hoz hubieran tocado este lugar. Las vistas, aunque limitadas, son – según opinión de los vecinos – preciosas, pero, aunque mostrasen Los Alpes o Los Andes, en lugar de las discretas llanuras de Dorking, el jardinero sensato podría pensar al final que se ha pagado un precio muy alto por ellas.

Y lo que toca preguntarse ahora en serio es: ¿Es legítimo abrir estos huecos en los jardines o no? Esto nos lleva a otra cuestión de mayor calado, la de si debemos interferir en el desarrollo de la Naturaleza o no. ¿Podemos modificar el terreno que se extiende más allá de los límites de nuestro jardín? o ¿debemos dejar esto en manos de la Naturaleza, es decir del Azar?

Si una ley determinase, de modo dogmático, qué hacer en este caso, habría que aplicarla con consistencia en toda Gran Bretaña y no solo en jardines, también en huertos y en campos de cultivo. Esta idea, aunque sea tentadora, puede llevar algún tiempo. Si nos centramos en el presente, advertimos que, como muchos otros casos en el ámbito de la política o de la horticultura, es una cuestión de compromiso. Si nuestra arboleda comenzara a menguar peligrosamente, entonces, a los políticos de la última

generación, les diría “¿podrían pasarla por alto?”. Porque, aunque la hemos cortado de forma regular desde que llegamos, dos tercios del espacio está todavía cubierto por arboleda y solo arboleda, creo que hay margen para experimentos.

Después de tomar la decisión, toca preguntarse con qué elementos vamos a experimentar teniendo en consideración que el factor estético es esencial. Es cierto que, por la mañana, el sol no irradiará este lugar, cuatro robles de respetable y caballeresco porte que hay junto a la valla lo impiden, no están lo suficientemente cerca como para que sus raíces causen daño, pero se guardarán para ellos los primeros rayos de sol. Así las cosas, la respuesta es obvia, habiendo considerado el conjunto, en especial lo que atañe a las zarzas que no pueden ser trasladadas porque habría que arrancarlas y eso las estropearía, me inclino a favor de plantar más zarzas, si bien de variedades más civilizadas, por ejemplo: el *Rubus odoratus*, que muestra un vigor y un afán colonizador que no tienen ni las más salvajes de las zarzas silvestres, el *Rubus laciniatus*, el *Rubus nutkanus*, el *Rubus cockburnianus*, el *Rubus spectabilis*, el *Rubus chamaemorus*, el *Rubus deliciosus* y muchas otras variedades que ya imagino abalanzándose sobre los helechos y otras plantas hermanas más silvestre, fundiéndose con ellos en una deliciosa masa de inflorescencias blancas y rosas.

Otra visión, todavía más fascinante, barre de mi mente la anterior al menos por el momento, ¿y si en lugar de zarzas, formo un entramado de rosas – no de variedades cultivadas, por supuesto, sino silvestres – que se componga de *Rosa alba*, *Rosa lucida*, *Rosa brunonis*, algunos ejemplares de *Rosa arvensis hybrida* y otros de *Rosa arvensis Hudson*, además de una imponente maraña de *Polyanthas* de gran tamaño? Esta visión mental, sustentada en el deseo de plasmar la naturaleza “silvestre” puede embriagar hasta el cerebro del mismo Lord Bacon. En jardinería, sin embargo, no nos interesa embriagarnos con facilidad, hemos de mantener la sobriedad para analizar cualquier asunto desde todos los puntos de vista posibles. Una vez que hemos contemplado el aspecto estético, conviene ahora analizar las características del terreno prestando especial atención al asunto de la fertilidad, ¡una palabra tan delicada como apreciada! No nos podemos dejar llevar por ninguna visión, por rosa que sea,

siempre hemos sido una pareja de horticultoras sobrias y así queremos seguir. Nuestro bosque de rosas debe esperar, no lo descartamos, solo lo posponemos. Incluso si no lo tuviéramos jamás, incluso si la postergación fuese eterna, ¿no es, a veces, el jardín que nunca hemos creado – “cuyas flores jamás alimentaron a abejas”<sup>51</sup> cuyos caminos, oscuros, fragantes y brumosos, jamás conocieron pisada humana – el que proporciona mayor gozo? “Si dulces son las melodías oídas, más lo son las que jamás llegan a oírse”<sup>52</sup>. ¿Podríamos decir lo mismo de los jardines jamás vistos? ¡Qué abundancia de inflorescencias! ¡Qué abundancia de luz de la que no abrasa! ¡Qué arboledas tan verdes y al mismo tiempo tan traslúcidas y secas! ¡Qué armonía sin el menor toque de encorsetamiento! ¡Qué divina combinación silvestre que no causa desconcierto! Como percibo que estoy saliendo del dominio real de la horticultura para penetrar en otro mucho más etéreo, el de la imaginación, creo que es mejor hacer una pausa en este punto.

28 de marzo de 1900

NOSOTRAS optamos por una casa de ladrillo rojo<sup>53</sup>, pero de habernos embarcado en la edificación de una casa de piedra, no sé si habríamos tenido energía suficiente para pavimentar y amurallar el jardín adyacente con el mismo material. Al margen de que los jardines pavimentados con piedra, imagino, cuestan un dineral. Además, ninguno de los que se hacen ahora me resulta satisfactorio. Sin embargo, un jardín antiguo pavimentado y amurallado con piedra gris, como parte de una granja o casa señorial igualmente antigua construida también con piedra gris es la propiedad más maravillosa que el corazón humano pueda anhelar, pero, como sucede con la mayoría de estas posesiones, para tenerla, por desgracia, has de haber nacido en ella.

---

<sup>51</sup> El verso original “The hills whose flowers ne'er fed the bee”, pertenece al poema “The Nymph's Song to Hylas” del escritor inglés William Morris (1834–1896).

<sup>52</sup> El verso original “Heard melodies are sweet, but those unheard are sweeter”, pertenece a la oda titulada “Ode on a Grecian Urn” (“Oda a un ánfora griega”), uno de los poemas más conocidos del poeta romántico inglés John Keats (1795-1821).

<sup>53</sup> La casa en la que vivieron Emily Lawless y Sarah Spencer, Hazelhatch, se terminó de construir en 1898. Fue el hogar de la escritora hasta su muerte en 1913.

Dado que las cosas son así, me alegro de que sí tuviéramos energía para acometer la construcción de nuestro pequeño jardín con ladrillo rojo. La tranquilidad de saber que siempre tienes un sitio limpio y seco al que puedes acudir incluso en condiciones climáticas tan adversas como las que hemos sufrido recientemente te procura un bienestar que no tiene precio. Por otro lado, desde el punto de vista estético, el jardín de ladrillo rojo complementa de forma “natural” con la casa de ladrillo rojo del mismo modo que el jardín de piedra gris lo hace con la casa de piedra gris. Ambos requieren un tiempo para la planificación y ejecución del proyecto en el que las proporciones adquieren gran relevancia, pues en la jardinería, como en cualquier otro arte, la ponderación del tamaño de los elementos que se barajan es prioritaria e indispensable.

He de admitir que el jardín de piedra gris, como conjunto, es superior al de ladrillo rojo, pero este tiene una ventaja sobre aquel, que es perfecto para un día de invierno; el de piedra, sin embargo, con mal tiempo adquiere un aspecto tan deprimente que no invita en absoluto a su disfrute. En ambos jardines, siempre se presenta alguna traba a la hora de crear los caminos. El pavimentado es un proceso complicado y si los caminos son muy estrechos, la colocación de la piedra, por ejemplo, es tarea ardua, lo mismo se podría señalar, aunque no al mismo nivel, del ladrillo rojo, pues donde el primero coloca piedra, el segundo pone baldosa combinada con grava roja de calidad o ladrillo molido con arena. Otro aspecto a tener en mente son los maceteros, en este país, es complicado conseguirlos de terracota con un buen diseño y, cuando no es así, tienen un precio más elevado que los importados directamente de Italia. Esto, de cualquier modo, son minucias comparado con lo realmente relevante que es qué plantar en ellos. A mí juicio, cuantas más plantas de tonalidades glaucas y azul-grisáceas – como las que se encuentra en las hojas de los claveles – mejor, si lo que queremos son arbustos de pequeñas dimensiones, la lavanda producirá el mismo efecto cromático. Por lo que respecta a los muros y caminos de ladrillo rojo, aconsejo una vegetación que muestre el color blanco y el violeta, luego con tranquilidad se podrían ir añadiendo rojos y amarillos con mesura. ¡Todo esto rezuma dogmatismo!

Los jardines pequeños tienen su apogeo, por supuesto, en la primavera, estación en la que se plantan los bulbos, de ahí que muchos los denominen jardines holandeses, sean comunes o no en Holanda, el tulipán, sin duda, parece haber sido ideado para florecer en ellos, no obstante, cuando pasa su temporada, otras plantas ocupan su lugar, los pensamientos, por ejemplo, lucen aquí más que en ningún otro espacio ajardinado, bien como tapiz vegetal para las rosas del té, bien ellas solas en parterres, más pequeñas que estos, las campánulas, en especial, las rotundifolias, las margaritas dobles pequeñas, así como una multitud de plantas del mismo tipo también son perfectas para este formato. Si queremos alargar la producción de bulbos, hemos de elegir variedades que tenemos a mano como los sparaxis, las ixias, las bobartias, los gladiolos – entre ellos los blancos de floración temprana– o varios iris inferiores, podríamos culminar esta lista, quizás con la mejor candidata, la denominada xiphium yxiphioides.

Lo que es indispensable – aquí nos volvemos dogmáticos otra vez – es que tales jardines estén cerca de la casa para que parezcan patios floridos. Al objeto de que así sea, es obvio que no conviene que haya distancia entre ellos y las viviendas de las que serán anexos. Lo ideal es que nada más salir por la puerta de la casa, ya pises el jardín o, como mucho, que tengas que cubrir la distancia equivalente a dos o tres pasos o el ancho de un camino de grava para situarte en él. Para los que ya somos fanáticos de la jardinería – un número nada insustancial – y para los muchos que se irán sumando a este grupo con el tiempo – porque la vida es cada vez más estresante – es importante alargar al máximo el tiempo de ocio. Nada nos ayuda más para lograr este fin, o para hacer frente de forma efectiva a nuestro Archienemigo, que tener un rincón, ideado de tal modo que su malignidad acompañada de los peores elementos: aguanieve, granizo, vientos enfurecidos o lluvia cortante no lo reduzcan a un estado de destrucción tan lamentable que su visión suponga la desolación para quien lo contemple.

29 de marzo de 1900

¿QUIÉN podría considerar una verdadera tortura una plaga de robles? Nosotras, que durante las últimas semanas nos hemos



enfrentado a una pléyade de plantones de roble cuyas semillas cayeron de las ramas de su progenitor el otoño pasado. Estos se aferran a la tierra con la tenacidad de sus ancestros, ya sabemos que, por regla general, un ejercicio de fuerza importante causa una fatiga considerable en quien lo ejecuta, pero no produce gran efecto sobre un joven atleta. Muchos de ellos todavía están unidos a la bellota de la que surgieron que, al actuar a modo de garfio, lastra de manera efectiva sus posibilidades de crecer con éxito, a pesar de que la tierra de nuestras borduras de flores esta blanda. Aunque sea ostensiblemente mejor que la plaga de la langosta, por no mencionar otras que la Biblia también relata, esta no deja de ser molesta, y si el año pasado fue muy bueno para la producción de bellotas, que abarrotaban las pocilgas del vecindario, nosotras que no criamos cerdos, ¡esperamos que la próxima temporada no sea tan excelsa!

Los biólogos sostienen que, por la teoría – para ellos ley – de la “Multiplicación en Progresión Geométrica”, las plantas de cualquier parte del mundo, bajo condiciones favorables, deberían aumentar de cien a mil cada año, pero, para fortuna de aquellos a los que les encanta caminar, esto no sucede. Muy al contrario de lo que indica la teoría, la población vegetal de una zona se mantiene estable salvo que infiriera la mano del hombre, pues hasta que un progenitor no tenga la deferencia de morir y, con ello, dejar paso a su descendencia, cada uno de sus vástagos perecerá, con toda probabilidad, en el primer estadio de su vida. Estos roblecillos nuestros sirven de excelente ejemplo para ilustrar este aserto y para resumir el modo en el que la Naturaleza acostumbra a empuñar su maternal cetro. Cada uno de ellos es consciente de que posee un corazón fuerte y vigoroso, hasta el más pequeño se imagina un gigante sombrío con un poderoso tronco que se eleva altivo hacía el cielo y con unas acogedoras ramas que dan cobijo a todas las aves que surcan el cielo. ¡Qué pena que tengan tantas expectativas puestas en el futuro! Cada uno de estos jóvenes monarcas está condenado a morir a edad temprana, si bien puede variar el grado de inmadurez con el que se enfrentan a la muerte.

Estos mismos plantones nos van a servir igualmente para entender un nuevo dictado biológico que, antes de que Darwin o cualquier otro científico lo detallase en prosa, ya se había



codificado en poesía con versos tan inolvidables como los siguientes:

No busques ni en la tierra ni en los mares  
dos criaturas exactamente iguales<sup>54</sup>.

Nada es más cierto en este planeta nuestro, en el que jamás han venido al mundo dos seres vivos con características exactamente idénticas. Estos plántones de roble difieren el uno del otro, si bien de forma casi imperceptible, para comprobarlo he arrancado al azar del parterre unos cuantos. Examinándolos, intuyo que el que tengo en la mano hubiera sido un gigante grueso y colosal, se percibe fácilmente, este otro ya manifiesta una tendencia a la división y, probablemente, hubiera acabado desarrollando forma de tridente, del mismo modo, este de aquí, de haber seguido su evolución natural, habría sido un ejemplar ideal de su especie, la gloria del bosque a la que no afecta ni el intenso frío de la noche invernal, ni el radiante sol del día estival, magnífico en vida y destinado a ser el mástil más recto y más fuerte para desafiar los vientos una vez muerto. Este último, por cierto, no es una pérdida por la que tengamos que llorar largo y tendido, dado que para cuando hubiera alcanzado la etapa de madurez, con gran probabilidad los mástiles habrán desaparecido, no serán sino reliquias del pasado, y los yates se habrán transformado en pequeños monstruos eléctricos con artilugios ingeniosos que les permitan funcionar también como submarinos para que en caso de conflicto bélico sus dueños puedan sortearlo y continuar su travesía confortablemente sin interferencias.

¡Pobres plántones de roble! A pesar de que me ha costado mucho esfuerzo arrancarlos, ahora albergo el mismo sentimiento de culpabilidad que a veces se atribuye a los asesinos, los veo y me dan pena, han quedado tan dañados en el proceso que ni siquiera puedo ponerlos en un jarrón. ¡Pudieron ser, en potencia, la deidad tutelar, la sombra querida, el lugar de encuentro de los

---

<sup>54</sup> Los versos originales “No being on this earthly ball/ Is like another, all and all” aparecen en la obra *Contributions to the Theory of Natural Selection* (1870) de Alfred Russel Wallace, insigne naturalista galés del siglo XIX, para dar explicación de la “Ley de la Variación”. No obstante, se le atribuyen al poeta y dramaturgo inglés Alfred Tennyson.

enamorados de la parroquia de seis generaciones sucesivas, sin embargo, en estos momentos no valen ni para lucirlos como decoración vegetal durante una hora! ¿Podría poeta o pesimista alguno describir un destino malogrado más dramático, más trágico que este?

2 de abril de 1900

¡POR fin llegó abril! El invierno ya se ha ido para dejar paso a una nueva era. Pero este abril no es como otros anteriores porque es un tanto incongruente, o al menos a mí me lo parece. La verdad es que forjamos ideas de lo que es apropiado y luego esperamos que la Naturaleza se ajuste a ellas. De cualquier forma, este abril, tan seco, me desespera, los días se hacen muy cuesta arriba, son fríos, secos y lacerantes; las noches desagradables cuando el viento brama sin el acompañamiento del sonido de la tan deseada lluvia. El jardín clama al cielo que le envíe agua, pero sin suerte, para colmo, los días que pasé en Londres, me cayó el diluvio universal. ¡Favorecer a la Metrópolis en detrimento del campo me parece una gran injusticia!

La palabra abril es tan bella que siempre debería hacer referencia a algo igualmente bello. En nuestros sueños, nos lo – más bien nos la – imaginamos en femenino, como una alegoría, como un espíritu que se extiende por la suave tierra fértil envuelta en una fina y vaporosa muselina adornada con pequeños capullos de tonalidad rosa que se inclinan a besar sus también pequeños y rosados pies. Este ser que destila gracia y belleza juvenil nos vendría a saludar por caminos boscosos con su característica sonrisa en los labios y su también característica lagrima en el ojo. Se parecería a una damisela afectada por un sueño juvenil en el que se combinan toda suerte de esperanzas, temores, placeres y visiones que se disiparán por acción de la Experiencia con el transcurso del año.

Pero abril, tal y como se presenta este año, no se parece en nada al espíritu que acabo de describir, más bien es una jovencita bastante intransigente con un atuendo en el que destaca poco el verde y mucho otras tonalidades más deslustradas de la gama de los grises y marrones. Por lo que respecta a las lágrimas, parece

ser poco dada a ellas, desde luego menos de lo que desearíamos, seguro que las detesta porque opina que están pasadas de modas, repartiendo sonrisas tampoco es más generosa, nos da lo justito para que no nos sobre, sus impulsos son aburridos, protocolarios y mecánicos, y en sus pies, lejos de ir descalza, lleva medias y zapatos más propios del invierno que, por otra parte, con el tiempo que hace es lo más sensato.

Debo ser muy antigua, pero no me gusta este tipo de damisela tan estirada, le falta un poco más de espontaneidad, ímpetu juvenil y vitalidad.

Con ropa vaporosa y el cabello suelto,  
Con esa dulce imagen, quedé preso<sup>55</sup>.

Metáfora aparte, nos encontramos en un estado de desesperación palpable como consecuencia de esta sequía. Ya hemos tenido que recurrir a la regadera, que, en abril, en mi opinión, debería estar reposando en la estantería del cobertizo con la típica araña fabricando su tela a lo ancho de la boquilla. Mi preocupación es tal que tengo la impresión de estar haciendo algo ilícito, algo que podría incluso no ser ético, luego me tranquilizo pensando que, después de todo, el deber prioritario de todo jardinero es salvar la vida de sus plantas y, a menos que tomemos medidas como esta, las nuestras, en su mayoría, perecerán.

11 de abril de 1900

AL menos hemos sacado una cosa positiva de este abril tan seco. Desde que llegamos aquí, habíamos barajado la posibilidad de disponer de un depósito de agua adicional, pero no lo habíamos hecho hasta ahora por diferentes motivos, principalmente por no abrir más zanjas entre los helechos. Sin embargo, teniendo que trasportar el agua a cientos de metros con una regadera en marzo e imaginando las penalidades a las que tendríamos que hacer

---

<sup>55</sup> En el original: “Robes loosely flowing, hair as free;/Such sweet neglect more taketh me”. Estos versos pertenecen al poema “The Silent Woman” (“La mujer silenciosa”) del poeta renacentista inglés Ben Jonson.

frente en julio y agosto, no nos ha quedado más remedio que construirlo trazando una línea – una cicatriz desagradable – en la arboleda para la conducción de las tuberías. Ahora que esta parte está concluida, las planchas de tierra con vegetación que cuidadosamente depositamos a los lados de esa línea volverán a su lugar original, esperemos que los helechos protegidos de esta forma no acusen el trasiego.

Al final de todo el proceso, tenemos como resultado una pequeña, pero práctica, fuente de agua a partir de una tubería de plomo que hemos intentado ocultar, con más o menos acierto, en el corazón de un roble seco. Me da vergüenza confesar la intensa satisfacción, diría que infantil, que experimenté esta mañana al abrir el grifo por primera vez y observar el agua correr con ímpetu como si quisiera escapar, un agua clara como la procedente del interior de un glaciar o como la destinada a precipitarse por el borde de un acantilado hacia el Atlántico para que este la devuelva transformada en una suerte de luz danzante que refleja los colores del arcoíris, un fenómeno que yo misma he contemplado con asombro a menudo.

“Incluso cuando eres de lo más común o estás en tu peor estado, ¡qué maravillosa eres!” pensé, mientras la contemplaba fluir durante minutos. Allí de pie observaba como creaba reguerillos por donde iba pasando apresurada al tiempo que calmaba, con benevolencia, la sed de la arboleda, de las hojas muertas, de las zarzas, de los helechos mustios y de todo aquello que encontraba a su paso.

No sé si soy más proclive que otras personas a proclamar en voz alta que tengo mucha suerte porque la Naturaleza, generosa en exceso, se ha portado extraordinariamente conmigo. No obstante, de tanto en tanto, me pregunto qué he hecho yo – o la gente que tiene mí misma suerte – para merecer este regalo gratuito e ilimitado, agua pura y cristalina. El agua entra en nuestras casas y sale de ellas a través de tuberías y conductos, llega hasta nuestros lavabos, hasta nuestras bañeras, fluye y fluye continuamente y nos parece de lo más normal, por lo cual ni siquiera nos tomamos la molestia de dar las “Gracias”.

En torno a la reflexión anterior, querría añadir que he cogido un periódico de la mesa y me he encontrado en su interior el siguiente extracto de una carta enviada a casa desde Sudáfrica:

Encontramos agua, por fin, cerca de Stinkfontein<sup>56</sup> [nombre sugerente], pero en un lugar de poca profundidad que estaba cubierto por una capa de barro negro y denso. Los caballos no querían ni mirarla, pero los hombres la bebieron con avidez desde el único lugar por donde tenían acceso a ella, el mismo por el que los caballos la habían removido con sus pezuñas hasta convertirla en un licor negruzco y espeso como la sopa.

¡Pobre soldado británico! ¡Para que luego diga la gente que no te gusta el agua! Es evidente que esto es un libelo más de los muchos que se han generado a lo largo del tiempo para difamaros.

17 de abril de 1900

EL viento del oeste se ha presentado esta mañana con una rotundidad sonora tal que ha lanzado al vuelo mis pensamientos, raudos como la luz, a través de caballones, planicies, pueblos, tejados de casas, barrios multitudinarios y el campanario – enorme, majestuoso, pero antiestético –, siguiendo su trayectoria, de nuevo en espacio abierto, han sobrevolado prados – más o menos cercados –, setos, carriles, caminos, pastizales y huertos que evidencian el trabajo de siglos, zonas donde abunda el ladrillo o el carbón que recuerdan lo sucia que es la avaricia, el mar enfurecido, campos más abiertos – menos cultivados, pero no menos verdes – y así más y más lugares hasta tomar tierra – libre de cargas, libre de trabas, sin la necesidad de un techo bajo el que encontrar cobijo – en un lugar que me resulta muy familiar, cerca de la abrupta costa del Atlántico.

La claridad, o falta de claridad, con la que surgen ante nuestros ojos aquellos lugares que nos resultan familiares es uno de los pequeños misterios de la vida y aclararlo de forma satisfactoria es, como sucede con otros enigmas de mayor envergadura, muy complicado. Hay momentos en los que un lugar de esta índole es,

---

<sup>56</sup> A la autora este nombre, Stinkfontein, le parece sugerente porque la palabra inglesa *stink* significa hedor y el segundo término del compuesto *fontein* hace clara referencia a la palabra inglesa *fountain*, que se traduce al español como fuente.

de algún modo, más real cuando lo imagino con la mente que cuando lo piso con los pies porque puedo apreciar con más claridad una serie de elementos que pasan a primer plano. En alguna de estas recreaciones mentales distingo con toda nitidez plantas de arrayan de Brabante o recorro depósitos glaciares de arcilla en toda su extensión, hasta puedo contar las piedras que, teniendo su origen en ellos, caen en la playa como proyectiles de cañón. También veo olas que avanzan, nubes que se desplazan con pesadez o algas que trazan movimientos ondulatorios siguiendo el ritmo de las mareas. Ninguna imagen cinematográfica podría parecerme más clara que está.

Curiosamente, imágenes del pasado tan vivas como estas tratas de recuperarlas una hora más tarde y te resulta imposible, ni una sola hoja, ni una sola piedra, ni una sola ola te vendrán a la mente porque la claridad mental con la que veías estas cosas ha desaparecido. Todo lo que queda de tan potente visión es una impresión borrosa y aburrida, el conjunto del paisaje está, pero desprovisto de detalles, de vivacidad y de colorido.

Deben de haber sido las fragancias que destilan las plantas pantanosas las que me hayan inducido a recrear mentalmente el paisaje antes descrito, dichas fragancias “abren el baúl de los recuerdos con una llave” que todos conocemos y, lo que es todavía mejor, eliminan los filtros que oscurecen la mente humana durante un tiempo para que podemos ver con verdadera claridad. De cuantas fragancias tienen este poder de sugestión, destacaría precisamente estas, las asociadas a zonas pantanosas, porque durante el tiempo que estimulan nuestra pituitaria, nos sitúan en el lugar que evocan, solo ellas generan un verdadero proceso transformador.

Como propietaria que soy de un jardín, siento la necesidad imperiosa de transferir plantas del lugar en el que las veo, o recuerdo haberlas visto, al lugar en el que las quiero ver. Esto no es solo desmoralizador desde el punto de vista psicológico, es también un ultraje. ¿Por qué necesitamos hacer estas cosas? Pensemos en el contraste, la pendiente, el espacio, la amplitud, el frescor, el índice de pluviosidad del primer emplazamiento, frente a la limitación en espacio e insoportable sequedad del segundo. Por nada del mundo quisiera yo menospreciar nuestra generosa arboleda, si lo hiciera sería tan ignorante como ingrata, pues

¿acaso no se mostró benévola, siendo yo persona ajena?, ¿acaso no nos cedió su propio espacio para que pudiéramos construir la techumbre que deseábamos? Aun así, la comparación entre ambos escenarios resulta ridícula. Si el mismo viento – frío e insensible – aprecia tal diferencia, ¿qué no harán las raíces, que tienen vida, que tienen sensibilidad y que, por tanto, se extienden de forma inteligente!

Siento auténtico afecto por las plantas pantanosas y creo que es correspondido por algunas de ellas que se desarrollan con normalidad. A otras, en cambio, les cuesta aclimatarse y ofrecen un aspecto, por lo general, mustio y melancólico, entre estas últimas las Pinguiculas, desconozco la razón por la que el trasplante les afecta de modo tan severo, pero, esto es infalible, ni toda el agua de nuestros grifos, ni toda la turba de nuestras laderas lograrían su felicidad. En vano las he mimado situándolas en los lugares más húmedos que he encontrado, en vano las he beneficiado rodeándolas de plantas cespitosas, en vano las he cubierto de turba para que ninguna criatura, con ojos o sin ellos, pudieran distinguirlas de la que se encuentra en los pantanos, se han propuesto morir y cumplirán su voluntad como viene siendo costumbre.

Complacer a las droseras, por suerte, es más fácil. Considerando que al menos una especie crece de forma salvaje a pocos kilómetros de nosotras, sería el sumun de la afectación que se negase a tolerarnos. Con frecuencia pienso que esta región en la que habito, tocada por una sequía perpetua, dificulta la subsistencia de cualquier tipo de vegetación que precise más agua que la Gaillardia pulchella. No obstante, Inglaterra, en honor a la verdad, no es precisamente el Desierto del Sahara, de ahí que tengamos torrentes de aguas enlodadas, arroyos chispeantes, pozos repletos, humedales, incluso charcas y ciénagas más cerca de este enclave que del Atlántico. En realidad, somos individuos cegatos proclives a dogmatizar sobre la base de nuestro sustrato de conocimiento, por desgracia, muy fino. Al igual que los topos o los luciones, somos conscientes de los pocos centímetros que podemos explorar, de ahí que no nos tomemos la molestia de adentrarnos en lo que John Locke denomina “el resto del inmenso

espacio”<sup>57</sup>, que queda suspenso en una nebulosa y relegado a la no existencia práctica.

18 de abril de 1900

HASTA los bípedos aburridos y poco emplumados tienen atisbos de sentido común y de instinto a ratos, en estos la gran Madre confraterniza con ellos, como hace con el resto de las criaturas de dos patas, cuatro patas o muchas patas. El que continúe haciéndolo me parece muy generoso por su parte, además de sorprendente, teniendo en cuenta que la desobedecen, se burlan de ella o la ignoran, que, por ejemplo, se encierran en habitaciones congestionadas para comer con glotonería plato tras plato en comidas interminables y que no se levantan de la mesa ni para disfrutar de una puesta de sol – a diferencia de estos, los bípedos más elevados sí que respetan las directrices de la Madre, al tiempo que admiran su legado –.

Sí es cierto que cuando sopla el viento adecuado, cuando llega la primavera y las hojas comienzan a brotar, estos bípedos desafectos vuelven a tener visiones de un mundo anterior, la Naturaleza hace posible que escuchen las voces de viejos fantasmas que les susurran al oído, entonces, se olvidan de los años que se ha comido la langosta<sup>58</sup>, se despojan de sus propias e increíbles estupideces y vuelven de inmediato, aunque sea de manera temporal, a ser lo que fueron algún día.

Esta primavera he visitado con asiduidad un lugar situado en el corazón de un bosque que se encuentra a poco más de un kilómetro de nuestra casa, cada vez que acudo a él me siento bien, como si estuviera en Irlanda, para ser más concreta, en el oeste de Irlanda, pero no sabría decir a ciencia cierta por qué. La única razón aparente, nada patriótica, es que los abetos que componen

---

<sup>57</sup> En el original “the rest of the vast expansum”, expresión que John Locke acuña en el ensayo “Conduct of Understanding” (“La conducta del entendimiento”), que apareció por primera vez en *Posthumous Works* (1706).

<sup>58</sup> Referencia bíblica al Libro de Joel 2:25. En el que Yahvé afirma: “Yo os compensaré de los años en que os devoraron el arbé, el yélec, el jasil y el gazam, mi gran ejército, que contra vosotros envié”. El arbé es la langosta y hace referencia a la octava plaga que Dios impuso a los egipcios.



ese bosque muestran un lamentable estado de dejadez. El terreno empinado sobre el que se despliegan está cubierto por una maraña de helechos y zarzas que circundan una oquedad que mi mente asocia con una charca cenagosa, en la que lo más probable es que solo descubriese tierra fina y seca de descender por ella. En los alrededores no hay ninguna edificación, solo se vislumbra naturaleza hasta donde alcanza la vista, de ahí que parezca un lugar perdido. En él, en estos días de primavera tan grises y tan tristes, se respira cierto aire de melancólica indefinición, una cualidad, me atrevería a aseverar, no muy extendida en Inglaterra. Precisamente la falta de esta cualidad, entre muchas otras, es, a mi parecer, uno de los defectos más notorios de este país.

No hay ni un solo día en nuestras vidas que logremos con éxito olvidar lo que en esencia somos porque forma parte de nuestro limitado patrimonio mental, podemos deliberadamente intentarlo o, lo que sucede con frecuencia, ocultarlo superponiendo otros asuntos, pero a poco que escarbemos o que surja algún feliz incidente, nuestra mente nos lo vuelve a recordar, el placer que nos causa recuperar tal recuerdo es tan enorme que compensa haberlo perdido temporalmente.

De nuestro patrimonio de recuerdos ¿no es el amor por la vida natural el más inalienable de todos? ¿Y no es lógico que sea así? La raza a la que pertenecemos surgió a cielo raso, aunque los individuos que la constituyen en la actualidad hayan nacido bajo techo. Ya no necesitamos el confort de ramas protectoras, ni resguardarnos de la noche en oquedades cubiertas de musgo, pero el recuerdo de haber habitado estos lugares todavía corre por nuestras venas, la vida al aire libre es parte de la herencia natural del ser humano como lo es del zorro, de la paloma torcaz o de la polilla tigre.

Como el roce de saludos medio olvidados, inundan mi corazón viejos recuerdos que fluyen por los canales de la memoria no de modo apresurado, tumultuoso y salvaje, sino de forma apacible, clara y ordenada. Si sigo su curso, me muestran muchos giros inesperados y muchos recovecos olvidados. A veces nuestra mente evoca escenas de las que hemos sido testigos presenciales y otras veces nociones que son más bien parte de un acervo común a la especie: la sombra parpadeante de las hojas a primera hora de la mañana, la vida tal cual se desarrollaba en un espacio más libre

y amplio, un mundo sin muros, sin setos, sin señales, sin tabloneros de anuncios, sin ciudades, sin humo, sin polvo, sin enjambres humanos.

Se ha debatido largo y tendido, y quizás no de la forma más adecuada, qué tipo de hombre está más capacitado para descubrir los secretos del gran arcano de la vida que denominamos Naturaleza. ¿Es mejor para este menester el Hombre de Ciencias que refleja lo que ve y aprende de ello, pero que para desarrollar su labor no se desplaza muy lejos de su maletín y se aferra al dato como el recolector de hinojo marino a su cuerda, que no suelta ni un segundo? ¿O quizás sea mejor el Poeta, que lanza la información que posee a los cuatro vientos para que tanto su propia consciencia individual como la colectiva tengan indicios, impresiones, de lo que él probablemente denominaría el alma de las cosas?

En el pasado se consideraba absolutamente infranqueable la barrera que separaba a ambos tipos, ahora, uno de los avances más interesantes de esta era prosaica en la vivimos es que esta barrera ya no nos parece tan impenetrable como antes. Aunque no conozcamos un gran científico que a la vez sea un gran poeta, al menos pensamos que esta combinación pueda darse algún día. Ya en la generación anterior, en la Inglaterra utilitarista, ha habido uno o dos hombres que nos han dado alguna muestra de tan deseable compatibilidad.

Con una mente que se alimente de razonamiento, sin que le sobrepase, que esté habituada a desarrollar conocimiento e integrarlo, por decirlo así, de forma orgánica, que asimile datos con ligereza, que proyecte ideas con la destreza del atleta que arroja bolas de hierro al aire como si lanzase pájaros al vuelo es más viable adentrarse en la esfera del pensamiento y del descubrimiento científico o llevar a efecto hazañas de reconstrucción de –más aún, de reconciliación con – la Naturaleza, que quizás, en algún día futuro, ya no sean posibles.

26 de abril de 1900

EL rojo de las droseras ha traído a mi memoria experimentos que realicé con ellas hace mucho tiempo, cuando era joven y entusiasta. Tanto en esta vertiente de la biología, como en las

otras, los investigadores de entonces, amateurs y científicos de carrera por igual, seguíamos con docilidad los dictámenes del gran maestro, Darwin. Él tocaba la melodía y el resto, grandes y pequeños, bailábamos a su son.

Al objeto de desarrollar mis propias investigaciones de campo, me situé de pie, como las cigüeñas, al lado de un conjunto de droseras, me rodeaba un líquido opaco que amenazaba con tragarme con más tenacidad que la drosera al insecto. Para el botánico irlandés genuino, la pobreza de la flora de Irlanda, comparada con la de Gran Bretaña, ha sido siempre causa de humillación. Las Droseraceae, no obstante, suponen una notable excepción, dado que todas las especies británicas – aunque sean pocas – se encuentran en las zonas pantanosas del oeste de Irlanda, las más voluminosas – de nombre científico anglica – son más comunes en Irlanda que en cualquier otra parte de las Islas Británicas.

Hasta un neófito en la materia podría explicarle a la persona más incrédula que las Droseraceae utilizan sus raíces a modo de anclas y que la forma de los tallos que contienen agua, proveedores del nitrógeno que requieren las plantas, depende de los insectos. Dos de las especies inferiores se contentan con la ingesta de los más pequeños ejemplares de Diptera y Lepidoptera, la anglica, sin embargo, atrapa, en ocasiones, presas mayores, de hecho, yo pude atestiguar como una abrazaba con sus filamentos a una mariposa – una noctua – de un tamaño tal que le cubría el disco entero y como la lucha de esta por liberarse tocó a su fin cuando una sustancia pegajosa, procedente de los filamentos, obstruyó su tráquea. Para cuando las Droseraceae abren de nuevo sus hojas, el insecto – mosca, mariposa o abeja – ya ha desaparecido, incluso las alas habrán sido reducidas a mínimos fragmentos brillantes. El disolvente que secretan sus glándulas es tan potente que es capaz de eliminar cualquier resto de sustancia animal inoportuna, ya sea hueso, piel o fibra muscular, según una autoridad en la materia, puede incluso reblandecer el esmalte de dientes que, con el tiempo, acaban también por disiparse. Si las Droseraceae tienen el poder de atraer a sus presas o deben esperar la oportunidad de que caigan en su trampa no está claro aún. Si bien ese poder existe, sin duda, en el caso de una variedad portuguesa de tamaño pequeño, la *Drosophyllum lusitanicum* que

crece –a diferencia de otros miembros de la familia – en montañas de tierra seca cercanas a Oporto, donde la gente la pone en maceteros que luego cuelga en las paredes con el único propósito de usarla como atrapamoscas.

Todas las Droseraceae comparten, en menor o mayor medida, el hábito o instinto – como queramos llamarlo – de comer carne, basten como ejemplos la venus atrapamoscas, la *Byblis gigantea* de Australia o una pequeña y curiosa prima acuática, conocida en botánica con el formidable nombre de *Aldrovanda vesiculosa*, cuyas hojas, pequeñas y depravadas, tienen el poder de cerrarse ante la presencia de algún desafortunado insecto que quedará, de repente, encerrado en una prisión flotante. Las Droseraceae y parentela no son las únicas plantas carnívoras del reino vegetal, las Pinguiculas, por ejemplo, son aún más voraces. Pocas plantas son a la vez tan bellas y tan interesantes como la violeta de agua irlandesa – *Pinguicula grandiflora* –, si bien su distribución es limitada, de ahí que sea desconocida en Inglaterra, en Escocia, en el norte de Europa y hasta en buena parte de la propia Irlanda. Sus rosetas verdes viscosas se aprecian en las llanuras de Kerry y en muchos terrenos pantanosos del sur de Cork durante no más de nueve meses al año. En junio, del centro de cada roseta, sale un pedúnculo floral coronado con una campana pendular de un tono violeta de lo más translúcido y etéreo. Por fortuna del investigador susceptible, esta no es la parte carnívora de la planta, son las hojas los órganos insectívoros. Si nos inclinamos y las observamos con detenimiento, detectaremos que mientras algunas tienen forma plana, otras adquieren una forma cóncava que semeja la oreja de un perro. Si desenrollamos la hoja de una de estas últimas, veremos restos de una docena de desgraciadas moscas y mosquitos en diferentes estados de asimilación, algunos a medio digerir y otros aún vivos e intentado escapar de su prisión glutinosa. Si colocamos en su interior un fragmento de hueso o carne, o cualquier sustancia nitrogenada, notaremos que, poco a poco, la hoja comienza a curvarse hacia arriba, que los dos bordes opuestos se aproximan hasta unirse y que dicho fragmento se hunde en un baño de secreción en el que se desintegra pasando todos sus nutrientes a la planta insectívora.

Aunque toda la superficie de la hoja es viscosa, no parece que el proceso de la digestión se lleve a cabo con la misma rapidez en

el centro que en los bordes donde no hay filamentos largos que actúen como órganos locomotores, de ahí que a menudo las moscas y otros insectos pequeños se quedan parcialmente pegados en el centro de la hoja, secos y sin asimilar. Esta viscosidad característica puede parecer un inconveniente porque permite también la adhesión de ramitas, hojas y fibras de partículas cenagosas además de otros elementos similares de los que la planta no puede desprenderse, pero, en realidad, es más una ventaja dado que se ha comprobado que las Pinguículas se alimentan no solo de insectos, sino también de sustancia vegetal. La extremada adherencia de sus hojas hace que actúen a modo de alambre de espino, impidiendo así que las laboriosas hormiguitas recorran los pedúnculos florales para alcanzar la corola.

Otro género de plantas carnívoras son las Utricularias, viven en agua dulce y en suelos húmedos, y su mecanismo de atrape no está situado en las hojas, sino en una pequeña vejiga cuya estructura semeja la de una trampa para anguilas. Antes de inspeccionar su interior, podemos anticipar sin temor a equivocarnos que lo que nos vamos a encontrar en él son moscas. ¡El título de Destructor, del que se vanagloria la especie humana, le podría ser arrebatado al hombre por una miserable planta acuática! Antes de que el cazador celta arrojara su lanza a lobos y venados, antes de que los Tuatha-da-Daanans – trabajadores y artesanos habilidosos – pusieran trampas en los bosques, antes de que el primer monje o abad hubiese diseñado presas en las que, de forma casi milagrosa, el salmón anunciara con una campana su llegada, antes de que nada de esto se imaginase o se materializase, las pequeñas Utricularia minor y Utricularia intermedia ya habían creado primitivas trampas para anguilas en los todavía despoblados y desolados humedales de Iar-Connaught<sup>59</sup>.

---

<sup>59</sup> Expresión del irlandés moderno que se significa Connacht occidental. Era un reino de la Irlanda gaélica asociado geográficamente con el Condado de Galway, más concretamente con la zona de Connemara.

5 de mayo de 1900

POCAS cosas son tan satisfactorias como que los demás estimen lo que tú haces más que tú mismo. De ahí que me alegre saber que una colonia de ranas ha tomado posesión de nuestro estanque, supongo que han realizado un largo viaje hasta llegar aquí porque en estas colinas tan secas no hay muchos estanques ni muchos regueros donde encontrar refugio.

Yo he visto tan solo una especie de rana en estas islas, sin embargo, el Profesor Bell apunta la existencia de otra, la Rana Scotica, en función de una serie de diferencias, que, a mi juicio, se reducen a una única, el tamaño. Dada la multitud de ranas que hay en Irlanda en la actualidad, cuesta creer que fueran introducidas allí de forma artificial a comienzos del siglo pasado, en 1705 un tal Doctor Gunthers o Guithers depositó un puñado de huevecillos de rana en un reguero cercano a Trinity College, en Dublín, de ellos salieron ranas que parecían contentarse con este entorno universitario, pero dieciséis años más tarde, en 1721, ya se encontraban en zonas situadas a más de sesenta y cinco kilómetros de distancia de la capital, pronto se extenderían por toda la isla. De modo accidental, este fenómeno fue constatado por una gran autoridad, aunque no precisamente en el terreno de la zoología, el Deán Swift<sup>60</sup>, que en su escrito *Consideraciones sobre el mantenimiento de los pobres*, publicado en 1726, en el curso de la crítica que lanza contra el cuerpo de bomberos, integrado por ingleses, declara: “sus marcas en nuestras casas se extendieron más rápido y más lejos que una colonia de ranas”. Es evidente, por tanto, que este prodigio de la Naturaleza había llegado a sus oídos.

Las coincidencias son siempre interesantes, una vez más sustentamos nuestros conocimientos básicos de zoología en la autoridad de un eminente eclesiástico. En esta línea cabe mencionar también a San Donato, Obispo de Etruria<sup>61</sup> que, en el

---

<sup>60</sup> Se refiere al escritor irlandés Jonathan Swift, conocido por ser el autor de *Los viajes de Gulliver*. Fue deán de la Catedral protestante de St. Patrick's en Dublín.

<sup>61</sup> Etruria, también denominada en textos griegos y latinos Tyrrhenia o Tirrenia, fue una antigua región histórica situada en el centro de Italia (Toscana, Lacio y Umbría).

siglo IX, haciendo uso de su autoridad episcopal afirmó ante el mundo que no existían ni ranas ni sapos en Irlanda y que, además, jamás podrían existir. Tres siglos después, Giraldus Cambrensis, archidiácono de Brecon, Gales, informa que han capturado una rana viva cerca de Waterford para mostrarla en la corte, de la que era guardián entonces Robert de la Poer. “Aquí la tenéis”, dice y “Duvenold, Rey de Ossory, un hombre sensato para su pueblo, le golpea en la cabeza y responde: “Ese reptil es portador de malas noticias para Irlanda”. Giraldus, que es precavido, asegura que “no habrá hombre alguno que se aventure a suponer que ese reptil nació en Irlanda porque el cieno de esta, como sucede con el de otros países, no contiene los gérmenes de los que ellas se alimentan”, en otra parte de *Topographia Hibernica* indica que las ranas, los sapos y las serpientes que se llevasen a Irlanda de forma accidental, nada más entrar en contacto con la isla, “se darían la vuelta, explotarían y morirían”. Esta afirmación está en consonancia con la efectuada siglos antes por otra autoridad más ilustre todavía, Beda el Venerable, a quien Giraldus cita así: “Allí no hay reptiles” (se refiere a Irlanda), “ninguna serpiente podría vivir allí, las que han llegado procedentes de Bretaña han muerto ipso facto tan pronto el barco se ha aproximado a la costa y les ha alcanzado el aroma de la isla”. Tan eficaz es el polvo de Irlanda que cuando se esparce “en jardines y demás lugares en países extranjeros, ahuyenta a los reptiles venenosos”. Del mismo modo, los fragmentos de piel o de hueso de animales nacidos y criados en Irlanda, los recortes del material con el que se hacían los manuscritos irlandeses o los trozos de cuero con el que se encuadernaban los libros irlandeses servían de cura para las mordeduras de serpiente hasta bien entrada la Edad Media. En un relato basado en su propia experiencia, Giraldus cuenta que en cierta ocasión vio a una persona trazar un círculo alrededor de un sapo con una tira de cuero irlandés y que el anfibio al

acercarse a la tira para escapar, cayó de espaldas como aturdido, y que cuando volvió a intentar la huida por el lado opuesto y descubrió que la tira le rodeaba por completo, se apartó de ella como si fuese pestilente, cavó un agujero en el centro del círculo y desapareció en presencia de una multitud.

Las ranas y los sapos que habitan en nuestra propiedad no son motivo de preocupación, pero si alguna vez lo fuesen, pediría que me enviaran una tira de cuero irlandés y, si esto no funcionase, lo intentaría con una pizca de polvo también irlandés, el efecto que en su día fue aclamado por tan amplia variedad de autoridades debe retener algo de su antiguo poder. ¡Los experimentos científicos, en cualquier caso, son siempre interesantes!

8 de mayo de 1900

ESTA mañana fui nuevamente al estanque para ver si los nenúfares tenían intención de florecer esta temporada y descubrí que las ranas habían depositado huevos en sus bordes, ¡de modo que puede que necesite tiras de cuero irlandés antes de lo previsto!

Lo cierto es que me agrada ver estos huevos porque me encantan los renacuajos, me traen muchos recuerdos del pasado, pero, además del vínculo sentimental, me une a ellos la pasión que siento por la zoología, me fascina la transición del mundo acuático y la respiración por branquias al mundo terrestre y la respiración pulmonar. Esta transición, que pudiera parecer una reliquia del pasado remoto, de alguna era geológica más o menos definida, sucede antes nuestros propios ojos, como aquí, en medio del césped que acabamos de cortar.

Es difícil recordar que las ranas respiran aire igual que los seres humanos. Pero, a diferencia de nosotros y de otros animales superiores, no lo hacen debido a que los músculos del pecho se contraigan y dilaten alternativamente, la Naturaleza nos les ha dotado de costillas, sino a un proceso, sin duda, más arcaico, de bombeo bucal. Por ello, si forzamos a una rana a que permanezca mucho tiempo bajo el agua, muere, por otro lado, como para el bombeo bucal esta tiene que cerrar la boca, si la obligamos a mantenerla abierta también muere, en ambos casos por la misma razón, la falta de oxígeno. Los renacuajos respiran únicamente en el agua y hasta que no tienen branquias no tienen más necesidad de subir a la superficie a respirar que un pez. Esto, en realidad, no es la forma más precisa de explicarlo porque sí hay peces que necesitan subir a la superficie para tomar aire como el famoso Anabas o “perca trepadora” de la India. A este pez que puede



respirar en el aire, el oxígeno le llega a través de cavidades que posee a ambos lados de las branquias, y si no subiese a la superficie para tomarlo, se “ahogaría como un perro”, al menos eso aseveran los científicos. Estos casos, no obstante, no son la norma. Los peces que viven con tranquilidad fuera del agua, que anidan en un arbusto o viajan a través de un desierto, no abundan en los paseos que damos por estos parajes para observar el mundo animal.

Volviendo al tema de las ranas irlandesas, se sabe desde hace tiempo, esto es relativo teniendo en considerando su reciente introducción, que además de extenderse por las llanuras ocupando cada uno de los espacios que estiman favorables, también recorren grandes distancias en pendiente para establecerse en estanques situados a cierta altitud bastante separados entre sí. Estos estanques de montaña que, con frecuencia no reciben ni agua de los arroyos, no tienen más habitantes del reino animal que estas ranas, con la salvedad de ciertos moluscos diminutos, que llegaron a ellos, según afirman los zoólogos, adheridos a las garras de aves zancudas en un periodo de tiempo tan remoto que prácticamente se han transformado en una especie nueva.

Hace muchos años, al alcanzar la cima del Mweelrea, la montaña más alta de Connemara, recuerdo que me sorprendí al encontrar una plaga de renacuajos en los márgenes de una laguna pequeña, casi en la cumbre. Se encontraban en un estado larvario en el que las patas ni siquiera formaban parte de su imaginario. No parecían tener mucho que engullir porque el agua era absolutamente transparente. Esta laguna tan bonita era lo que en la zona se denomina un *corrie* que, según los geólogos, es una formación de origen glaciar con un bellissimo corte oval, cuya base, excavada en roca pura, parece tallada por el cincel y el martillo de Miguel Ángel. Si no fuera por la visible presencia de los renacuajos, la imaginación nos conduciría a pensar que más que un lugar para el desove de las ranas es el baño de alguna ninfa de la montaña.

Dado que en la actualidad todos somos evolucionistas, a pesar de que algunos manifestemos todavía cierto grado de reserva, los renacuajos, en tanto en cuanto forman parte de un ciclo evolutivo, constituyen un interesante objeto de estudio, nos proporcionan algunas pistas, por ejemplo, respecto de cómo un ser vivo puede pasar de respiración branquial a respiración pulmonar mediante

la pérdida de las branquias. Las circunstancias determinadas que propician esta transformación ya ha sido investigadas en el caso del ajolote o *Ambystoma mexicanum*. En 1867, en el transcurso de algunos experimentos que tuvieron lugar en el Jardin des Plantes<sup>62</sup>, Monsieur Duméril conmocionó al círculo zoológico de París al comunicar que treinta de los ajolotes que conservaban en las instalaciones habían abandonado el medio acuático para asumir un forma diferente que hasta ese momento se vinculaba a un género absolutamente distinto denominado *amplystoma*. Este hallazgo científico causó en aquel momento un impacto enorme no tanto porque el ajolote tuviera la capacidad de perder sus branquias para respirar en el medio terrestre, este era un fenómeno que se podía observar cada primavera en la mayor parte de los regueros de París, sino porque el ajolote podía reproducirse y, por tanto, evidenciaba el caso extraordinariamente anómalo de una forma larval que es fértil.

Cómo registrar de modo científico tan prodigiosa transformación era el siguiente problema a resolver, me complace señalar que quien lo resolvió, con grandes dosis de energía y perseverancia, fue una naturalista, Fraulein Marie von Chauvin, para ello tomó cinco ajolotes a los que mantuvo con un cierto grado de humedad constante y a los que alimentó de forma regular, dos ejemplares sobrevivieron al proceso de metamorfosis completo y gracias a ello pudo registrar datos en relación a la pérdida gradual de las agallas peludas y de la cola con forma de aleta, el cambio de piel, etc. Registrar la metamorfosis completa del *amplystoma* fue un triunfo para ella y para el conjunto de la comunidad científica. ¡El mundo ya había sido testigo de un número nada desdeñable de milagros desde sus inicios, pero quizás los más difíciles de creer hayan sido los vinculados a la naturaleza!

El día de la liberación de Mafeking, 1900

HOY es diecinueve de mayo. S. S. ha regresado y el viento del este que ha torturado nuestras almas demasiado tiempo nos ha abandonado por el momento, le ha reemplazado un céfiro que

---

<sup>62</sup> Jardín botánico de París.

sopla suave, agradable y seductoramente. El jardín, aliviado por las lluvias recientes, sonríe con amplitud, desde los escalones de ladrillo rojo en la parte superior a la nueva pérgola en la inferior. Así la mañana, llega la noticia de que Makefing ha sido liberada, los victoriosos soldados, el conjunto de la nación, todo el mundo está pletórico, las banderas ondean por todos lados y hasta los perros exhiben con orgullo sus escarapelas tricolores, “el aire penetra en una niebla con campanas”<sup>63</sup>. Todo esto está bien, muy bien, solo que, el correo de la mañana también trae una nota breve, apenas unas líneas, dirigidas a una persona para la que este sol de mayo se ha apagado por completo, como si la misma órbita hubiese sido fulminada. El jardín con toda su belleza floral, la arboleda que lo rodea vestida de gala, el conjunto del espacio con su vitalidad ha pasado a ser un lugar lúgubre, la atmósfera ha cambiado, la ilusión por hacer cosas se ha convertido en desgana. Incluso las noticias de hoy parecen difusas e irreales y el relato de la liberación de Mafeking la crónica de un estado de sitio ya leída en un libro de historia antiguo poco consultado, en la que los actores y los héroes desaparecieron y fueron olvidados tiempo atrás. Somos pobres espejos de nosotros mismos y lo que reflejamos, rara vez la realidad, son imágenes difusas y distorsionadas que muestran nuestro lado más triste.

26 de mayo de 1900

QUE la Naturaleza es cruel no se puede negar, se observa con palmaria evidencia hasta debajo del seto más recóndito del más alejado bosque, que igualmente puede ser digna de lástima hasta extremos inexplicables o molestarse en parecerlo también es cierto, tanto que, a veces, nos llega al corazón. Esta mañana, a primera hora, todo en ella inspiraba ternura, calma y serenidad, era como una bendición, el aire parecía haber adquirido cierto grado de sacralidad y hasta los caminos que tránsito a diario hoy parecían querer conducirme a algún templo invisible.

En algunas de las pinturas de Jean François Millet este matiz de sacralidad es lo primero que nos impresiona, aún más cuando

---

<sup>63</sup> Traducción literal del original: “The air breaks into a mist with bells”.

no hay elementos visibles que sean puramente religiosos. El “Ángelus” siempre me ha parecido una de sus composiciones más pobres, cuando vemos a un hombre de pie agarrando un sombrero con las manos en mitad del campo, acompañado por una mujer que junta las manos y se las lleva al pecho al tiempo que baja la mirada, pronto entendemos lo que el cuadro nos quiere transmitir. Cuando, por otra parte, vemos a una pastorcilla con aire infantil haciendo punto mientras sus ovejas pastan con glotonería vigiladas por un perro más bien ramplón, nos preguntamos con perplejidad ¿dónde está el elemento religioso? Que este se encuentra en el “Bergère” es incuestionable, como incuestionable es también que se aprecia en nuestra arboleda esta mañana, si bien no sé quién es el artífice de tal maravilla.

El hombre es una criatura devota por obra y gracia de la Naturaleza, en la práctica de su devoción, sin embargo, la importancia del dogmatismo habría de ser mínima. Puede que no preste oído a sermones, puede que afirme no pertenecer a ninguna confesión religiosa concreta, pero experimentará una sensación de sobrecogimiento cuando se halle en el corazón de un bosque y se arrodillará en algún lugar solitario del mismo. La sensación de estar en presencia de un ente benigno que nos observa con compasión es tan fuerte en determinados momentos de la vida que si queremos suprimirla tenemos que hacer un gran esfuerzo mental. Bajo la influencia de esta sensación, la inmensidad del espacio en el que se desarrolla nuestro drama personal, nos resulta más entendible. Ante esa inmensidad nos preguntamos: ¿Qué sucede si es colosal? ¿Qué sucede si comparados con ella, nosotros y nuestras cuitas son infinitesimales? ¿Y qué sucede si en el orden de las cosas nuestras cuitas no son más importantes que las de un ratón con una pata rota o que las de una abeja que ha sido aplastada? Muy bien, si es así, es porque el ratón y la abeja, después de todo, también tienen un lugar asignado en ese orden. Hasta donde sabemos, a cada uno de ellos le llega su hora y cada uno de ellos es susceptible del mismo profundo, aunque intangible, consuelo.

2 de junio de 1900

EN su movimiento circular, el calendario nos vuelve a traer junio, aquí lo tenemos y no viene solo, le acompañan millones de flores. No obstante, este junio no es de ninguna de las formas el invariable junio de otros años. Si junio siempre se comportase como debe, si nuestro corazón siempre latiese al son del tiempo que le corresponde, entonces la tierra sería el paraíso y cualquier otro anterior habría que buscarlo en las calendas griegas. Nuestro corazón, que tiene como nuestros ojos – y los de los búhos – la costumbre de parpadear cuando se expone a una luz fuerte, prefiere sus propios rincones oscuros y anhela la noche que, al menos, le trae dulces sueños. ¿Pero son estos sueños en verdad dulces, cuando despertamos de ellos y descubrimos que son falsos? ¿No deberíamos tildarlos más bien de desagradables, o mejor de terribles, cuando despertamos de ellos y concluimos que la realidad, después de todo, no es tan desoladora? Estas preguntas son más fáciles de formular que de contestar.

Si un pregonero con su campana  
Venta de sueños anunciara  
Y dulces y amargos los ofertara,  
¿Con cuáles te quedabas?<sup>64</sup>

No toca ahora hablar ni reflexionar sobre sueños, son las nueve en punto de la mañana, todo el mundo debería estar en pie y radiante de felicidad. El jardín, al menos, cumple estas dos condiciones y ya emite pequeñas señales que indican que reclama nuestra presencia, le pasa lo que a los pretendientes humildes, pero impacientes, que hacen ver que han esperado más de lo deseable para que se les preste un poco de atención. Nuestras manos han de ocuparse de él como lo hacen de nuestro cuerpo, que tiene ser vestido, alimentado y cuidado con independencia de

---

<sup>64</sup> En el original: “If there were dreams to sell,/ Pleasant, and sad as well,/And the crier rang his bell,/Which would you buy?”. Estos versos pertenecen al poema “Dream-Pedlary” de Thomas Lovell Beddoes (1803–1849).

nuestro estado de ánimo o de salud. Aquí, en la mesa, tengo una lista con el nombre de plántulas que hemos manejado últimamente, no son de alpinas, sino de plantas muy comunes en borduras, con unas cuantas podemos aportar un toque de naturalidad a la arboleda que admite la cantidad que queramos siempre y cuando sean de la variedad adecuada. Como la lista no es extensa, no me llevará mucho tiempo transcribirla. Es esta:

Adonis vernalis.  
" pyrenaica.  
Alströmeria aurantiaca.  
Anchusa italica.  
Anthemis tinctoria.  
Aponogeton (sembrado por nosotras).  
Armeria cephalotes.  
" " alba.  
Aster amellus.  
" ericoides.  
Campanula pyramidalis.  
Catananche cærulea.  
Commelina cælestis.  
Chionodoxa sardensis.  
Cimicifuga fœtida.  
Chelone (Penstemon) barbata.  
Clematis graveolens.  
Cobæa scandens.  
Convolvulus sylvatica.  
Coreopsis lanceolata.  
" tenuifolia.  
Cistus laurifolius.  
" formosus.  
Cyclamen Coum.  
" europæum.  
" hederæfolium.  
Cytisus scoparius.  
" " albus.  
" Andreanus.  
Cytisus præcox.  
Delphinium (varios).

Dictamnus fraxinella.  
Dipsacus laciniatus.  
Doronicum austriacum.  
” plantaginum  
” excelsum.  
Eccremocarpus scaber.  
Echinops Ritro.  
” ruthenicus.  
Erigeron speciosus.  
Eryngium amethystinum.  
” Olivierianum.  
Onopordon arabicum.  
” illyricum.  
Ferula tingitana.  
Francoa appendiculata.  
Gaillardia grandiflora.  
Gypsophila paniculata.  
Heuchera sanguinea.  
Hypericum calycinum.  
” olympicum.  
Iberis corifolia.  
” sempervirens.  
Lathyrus latifolius grandiflorus.  
Lilium tigrinum (de bulbillos axilares).  
Lupinus arboreus.  
” polyphyllus.  
Lupinus polyphyllus alba.  
Lythrum salicaria superbum.  
Libertia formosa.  
Lobelia cardinalis.  
Muscari armeniacum, slow.  
” conicum, slow.  
Meconopsis cámbrica  
” nepalensis  
Meconopsis Wallichi.  
Mimulus cardinalis.  
Myosotis dissitiflora.  
” sylvatica.  
” palustris semperflorens.

Al final la lista ha superado en longitud mi estimación inicial y solo he llegado hasta la N. Como mi energía se ha agotado por el momento, la completaré en uno o dos días.

8 de junio de 1900

ESTA mañana me levanté con el firme propósito de terminar la lista de las especies que queremos plantar, pero otro impulso repentino me ha llevado por otros derroteros, de modo que la lista tendrá que esperar por el momento. Algo que se refleja en el cielo y en la tierra – una tierra renovada y resplandeciente después de la intensa lluvia de anoche – me ha provocado un estado de euforia tan potente como inesperado. Este fenómeno tan grato tiene lugar con tan poca frecuencia que no se puede sino celebrarse.

“La vida es un continuo fluir de estados de ánimo”<sup>65</sup> y las fluctuaciones que experimentas en estos estados no conoce límites. Si nuestras propias limitaciones, nuestra torpeza y mediocridad nos sorprenden una y otra vez, también es cierto que la vida – gracias al cielo – da sorpresas de carácter positivo que pueden disfrutar hasta los miembros más ancianos, más tristes y menos espabilados del género humano. Podemos soportar cien horas de intolerable aburrimiento e inmovilismo y la que hace de ciento una, ¡sorpresa! el cerebro y los sentidos se reactivan prodigiosamente y comienzan a generar nuevas percepciones de las cosas y de las relaciones que mantienen estas entre sí. Esto nos permite ver con claridad las maravillas del mundo que nos rodea que antes nos pasaban completamente desapercibidas. Esas horas son las que verdaderamente cuentan en nuestra existencia, de hecho, podría decirse que son la razón de la misma, las que compensan una vida de torpezas y trabas. Por ellas, y no por ningún otro motivo, merece la pena vivir con los males y enfermedades que nos aquejan, encajar con decoro, incluso con alegría en la medida de lo posible, las miles de flechas con las que nos saetea la mala fortuna, soportar el dolor ocasional que nos

---

<sup>65</sup> El original: “Life is a flux of moods” es una frase de Ralph Waldo Emerson.



infringen aquellos a los que más queremos y hasta hacer frente a los ataques del gigante Desesperación<sup>66</sup> y toda su abominable prole.

Cuanto nos rodea no es producto de la fantasía sino real, real como la luz que se refleja en la cima de aquellos árboles, como las penas de nuestro corazón, como el amor que hace que la vida sea llevadera o como la muerte que pone fin a nuestro dolor. En este preciso momento, sobrevuela mi cabeza, a una altura que mis ojos pueden apreciar, elementos de la poesía más elevada y de la ciencia más avanzada. Nadie les presta atención, pero están ahí, para disfrute del mejor poeta en el mejor de los estados de ánimo y para el científico más innovador, pero también para el visionario, el santo y el profeta en sus mejores horas, las que dedican a la contemplación por inspiración divina.

Los materiales que nos sirven de inspiración están siempre a nuestro alcance, solo que nos resultan invisibles. Están aquí y ahora presentes en la tierra, en cada uno de los elementos que la componen, en el acontecer de nuestro día a día, en el movimiento de las nubes y en el de los hombres, en los cambios del cielo y en los de nuestras insignificantes vidas. La luz que resplandece en aquel cúmulo es tan inspiradora de grandes pensamientos hoy y aquí, en una arboleda de Surrey, como lo fue en Delfos, Argos, o Jerusalén. Tiene el mismo poder de evocar grandes emociones y de inspirar heroicas acciones en los corazones de los que van subidos en ese dogcart<sup>67</sup> que se divisa a lo lejos, que en los Asaltantes de Troya o los Buscadores del Vellocino de Oro. Los constituyentes esenciales de la grandeza, de la poesía, del heroísmo y de la santidad están siempre a nuestro alcance para que podamos impregnarnos de ellos, si bien son pocos individuos los que saben cómo captarlos.

Aunque no formemos parte de este grupo selecto, nos llegan destellos de esos constituyentes esenciales que sí podemos intuir. ¿Y no es por ello por lo que nuestra existencia se hace más liviana

---

<sup>66</sup> Giant Despair, el Gigante Desesperación, es un personaje de *The Pilgrim's Progress (El progreso del peregrino)*, una novela alegórica que relata el viaje que realiza Cristiano para alcanzar la salvación. John Bunyan, su autor, la publicó en 1678.

<sup>67</sup> El dogcart es un carruaje de caza que tiene, debajo de la caja, un hueco para acomodar a los perros y almacenar las piezas cobradas.

y por tanto más digna y más deseable? ¿En qué medida no nos enfrentamos a las penalidades, a los dolores insufribles, a la debilidad que incapacita o a la aflicción que destruye porque sabemos, con absoluta certeza, que todos estos males nos dan tregua cuando somos iluminados por esos destellos de fuerza celestial? Los más difícil, lo que a los mortales nos cuesta soportar con paciencia no es la incertidumbre, sino la desesperante transitoriedad de estas apariciones que, prácticamente antes de que podamos advertirlas, se desvanecen como por arte de magia, de a dónde han ido a parar o de cuándo volverán no tenemos la más remota idea. Ariel y Titania<sup>68</sup> han desaparecido en el abismo, pero Calibán y Bottom,<sup>69</sup> por el contrario, permanecen detrás a muy corta distancia. En estos momentos de reflexión, la luz está cambiando rápidamente, el día va tocando a su fin y se hace más denso, mil nimiedades sobredimensionadas surgen como las setas en el bosque, sombras ligeras, pero impenetrables, pasan al primer plano. Mi estado de ánimo también ha cambiado, lo que hace un rato parecía claro se ha ido desdibujando de forma progresiva y ahora está a punto de desaparecer. ¡Mi hora ha finalizado!

7 de julio de 1900

UNA vez más la gran marea que es la vida ha destruido las pequeñas barricadas que erigimos para protegernos de ella, se ha abalanzado contra ellas con la fuerza de un torbellino y las ha sacudido de derecha a izquierda como si fueran paja en su camino. En la semana que acabamos de concluir, millones de personas de Europa y el mundo entero han tenido noticia de lo que es un auténtico horror. Mi principal preocupación en lo que atañe a la pesadilla que se está viviendo en Pekín<sup>70</sup> es que E. B. pueda estar

---

<sup>68</sup> Ariel es un personaje de *The Tempest (La Tempestad)*, una obra dramática de William Shakespeare (1564–1616) y Titania es un personaje de *A Midsummer Night's Dream (Sueño de una noche de verano)*, una comedia del mismo autor.

<sup>69</sup> Calibán es un personaje de *The Tempest (La Tempestad)* y Bottom es un personaje de *A Midsummer Night's Dream (Sueño de una noche de verano)*.

<sup>70</sup> Se refiere al “Levantamiento de los bóxers” que tuvo lugar en China desde noviembre de 1899 hasta septiembre de 1901. Como consecuencia de la

todavía allí, sabemos que hasta hace poco estaba en esa ciudad, pero desconocemos si ha podido abandonarla recientemente. Al final, después de días de suspense, incertidumbre y desesperación ha llegado un telegrama que reza: “A salvo en Hong Kong”, el alivio que me ha reportado, no exagero, no puedo describirlo con palabras.

Tan grande ha sido el alivio que me ha hecho percibir la situación desde otra óptica, supongo que esto es normal. En Pekín la tragedia continua y se agrava con el paso de los días. Los periódicos no hacen nada para minimizarla, quizás estimen que eso no les compete. Con titulares como “¡El Cawnpore chino!” “¡Reservan los últimos disparos para las mujeres!” “¡Niños blancos atravesados con lanzas!” parecen ir más allá de la obligación de informar a los lectores. Ya nadie parece albergar esperanzas y quien manifiesta la más mínima se le tilda inmediatamente de optimista. Nosotras apreciamos un rayito de luz hace un par de días cuando nuestro vecino S. B. nos dijo que un trabajador de la empresa de Sir R. Hart en Pekín había remitido un telegrama tranquilizador, al no trascender a la prensa, tememos que la información sea errónea.

Una cierta impotencia que me enfurece, sumada a un sentimiento instintivo de autodefensa hacen que intente olvidar estos errores, que son muchos y muy elaborados, entreteniéndome con cualquier cosa que tenga al alcance de la mano por trivial que sea. Evadirme de esto modo no dice mucho sobre la calidad humana de quien escribe este diario, sin duda, esta actitud tan poco racional correspondería más bien a un gatito, o cualquier otra criatura inmadura, que corre tras una pelota sin percatarse de que puede entrar en una situación de riesgo inminente o en una conflagración generalizada. Por suerte, estamos hechos de la misma materia que el gatito y nos agarramos a un clavo ardiendo si hace falta para salvar la vida. Si no fuese porque tenemos la bendita capacidad de ocuparnos en cosas triviales, ¿qué sería de nuestra salud mental? ¿Acaso no es fácil perderla antes de llegar a la meta, teniendo en cuenta que nuestro periplo vital está marcado por la pérdida y el dolor, la conmoción y la adversidad?

---

revuelta y su represión murieron miles de personas: rebeldes, chinos cristianos, extranjeros, etc.

14 de julio de 1900

CON la mente puesta en las atrocidades que se están cometiendo en China, esta tarde me dispuse a leer *Confesiones de un inglés comedor de opio*.<sup>71</sup> Me centré en los pasajes que describían los resultados de la visita a Malay. ¡Qué imágenes! ¡Qué retórica tan fascinante! Si de verdad toda la vida es un sueño febril, que a veces tenemos la tentación de llamar medio pesadilla, no hay quien describa mejor los terrores que inspira que Thomas de Quincey. Acepta esto como preludeo:

El malayo ha sido un enemigo implacable durante largos meses. Su poder me ha transportado a diferentes escenarios de Asia. No sé si los demás compartirán mis sentimientos, pero he pensado muchas veces que, si me viese obligado a abandonar Inglaterra para vivir en China, con sus costumbres, formas de vida y paisajes, me volvería loco. Las causas que motivan mi horror están bien arraigadas, pero sospecho que compartiré alguna de ellas con más gente. En general, el Asia meridional es fuente de imágenes y asociaciones atroces, sin embargo, por ser la cuna de la humanidad debería inspirarnos cierto sentimiento de reverencia, y hay más razones para ello... La mera antigüedad de muchos objetos asiáticos, de las instituciones, historias, credos religiosos, etc. es tan impresionante que, a mi juicio, el nombre y la antigüedad de la raza predominan sobre la juventud del individuo. Un joven chino me parece un hombre antediluviano renovado... pesa en estos sentimientos el hecho de que Asia meridional sea, y haya sido durante miles de años, la zona de la tierra más poblada, la gran oficina gentium. En esa parte del mundo el hombre es como la mala hierba. La enorme población de Asia ha dado fuerza a grandes imperios que han potenciado, como sublimes, las sensaciones vinculadas a nombres e imágenes orientales. En China se dan también estas características. A mí me aterran sus formas de vida, sus costumbres y la barrera de odio y falta de empatía que nos separan. Antes viviría yo con lunáticos o con fieras irracionales que con ellos.

---

<sup>71</sup> En inglés *Confessions of an English Opium Eater* (1822), obra de Thomas de Quincey, periodista, crítico y escritor británico del romanticismo.

Un sueño.

Bajo la influencia del calor y la luz vertical, reuní todas las criaturas, pájaros, pájaros, fieras y reptiles, todos los árboles y plantas, todos las costumbres y apariencias de todas las regiones tropicales y me los llevé a China, o el Indostán. Movido por un impulso similar, impuse una única ley en Egipto que debían respetar todos sus dioses. Me refugié en pagodas, quedando aprisionado en sus cúpulas y estancias secretas durante siglos, en ellas fui ídolo y sacerdote, objeto de veneración y mártir. Huyendo de la cólera de Brahma, atravesé todas las selvas de Asia. Asimismo, Vishnú me odiaba y Siva me tendía emboscadas. De pronto, me encontré con Isis y con Osiris, que me dijeron que había cometido una atrocidad que hacía temblar al ibis y al cocodrilo, como consecuencia, fui sepultado mil años en féretros de piedra, junto a momias y esfinges, en cámaras estrechas situadas en las entrañas de pirámides eternas. Recibí besos cancerosos de cocodrilos y yací, confundido con indescriptibles cosas viscosas, entre los juncos y el lodo del Nilo<sup>72</sup>.

28 de julio de 1900

LOS últimos diez o doce días han sido diferentes a cualquier otro que yo recuerde. Diversas circunstancias los han configurado así y, sin embargo, parece como si hubiera habido algo en ellos que hubiese afectado a dichas circunstancias. Desde el punto de vista meteorológico, ha hecho tanto calor que hemos dado gracias por cada brisa de aire que nos ha llegado atravesando las llanuras. El estanque de nenúfares recién construido ha sido de lo más amable creando una ilusión de frescor, por otra parte, los robles que lo rodean nos han protegido con su sombra de un sol abrasador. Las dos nos hemos sentado día tras día durante horas al lado mientras los minutos fluían con tranquilidad como burbujas por una corriente de agua que sigue su curso mansamente. Una extraña sensación de irrealidad ha permeado el ambiente generando la sensación de que algo estaba próximo a su

---

<sup>72</sup> Los dos fragmentos pertenecen a *Confessions of an English Opium Eater* (1822) de Thomas de Quincey.

fin, las horas de un día de verano y los años en la vida de un hombre vienen a ser una misma cosa y a tener casi la misma duración. Las campanadas del reloj que está al otro lado del valle son los únicos sonidos que han interrumpido nuestra tranquilidad, porque los pájaros apenas cantan ahora. Ha sido una quincena extrañamente irreal, extraordinariamente onírica y casi espectral, uno a uno han transcurrido los días con enorme lentitud y ahora que ya han pasado, ¡tengo la impresión de que se me han hecho cortos!

1 de agosto de 1900

HAY ocasiones en las que las injusticias de la vida, del destino del individuo, son tan flagrantes que no se pueden silenciar. Todos nos hemos encontrado en situaciones en las que nos preguntamos: “¿Por qué tiene que pasar esto, esto y esto? ¿Con qué propósito la superflua felicidad se fija en un individuo e ignora por completo a otro? ¿Qué significa esto? ¿En función de qué parámetros unos se benefician, y otros no, de ese insoportable favoritismo?”.

Estas preguntas que se remontan al origen mismo de la creación aguardan una respuesta a día de hoy, quizás es que no la haya. Job ya se las planteaba en referencia a quienes sabemos que son infinitamente mejores que nosotros. Además, no es solo que la vida, en su conjunto, nos parezca injusta, es que analizada por partes también nos merece la misma opinión. Se dan actos de valentía, de resistencia silente, de heroísmo invisible que, si se llevasen a cabo de una forma más visible o en un terreno más público, todo el mundo tomaría conciencia de ellos, sin embargo, pasan desapercibidos porque nadie da cuenta de ellos y el olvido acaba por engullirlos.

Cuando estas supresiones, estas aparentes injusticias, ocurren al principio de las cosas, cuando el sol irradia luz y el Tiempo está a nuestro favor, podemos ir encajándolas, ayudan expresiones del tipo “¡Ten un poco más de paciencia!” “¡Todo llega!”. Ahora bien, cuando esta ilusión ya no es posible, cuando el reloj de arena<sup>73</sup> marca el fin del tiempo o se rompe antes de que esto

---

<sup>73</sup> El reloj de arena es una metáfora de la existencia humana que subraya su carácter efímero.

suceda ¿qué podemos decir entonces? ¿Qué fe, qué filosofía, qué estoicismo o que combinación de estos elementos nos permitirá aceptar nuestro destino sin, al menos, protestar?

4 de agosto de 1900

¡ESTE año nos depara un sinfín de avatares! Después de haber llorado por las víctimas de Pekín como se llora por aquellos para los que ya no hay esperanza, después de haber dado lectura al listado de fallecidos y haber oficiado un funeral nacional en honor a su memoria, después de haber recordado sus últimos momentos, ensalzando su heroísmo, lamentado su tragedia, ayunado, suspirado, sangrado, casi agonizado por ellos, descubrimos que ¡ninguno de ellos ha muerto! ¿Alguna vez antes en la historia de la humanidad, se ha dado el caso de que un continente entero fuese vilmente engañado en un asunto tan doloroso?

No tengo ni idea de cómo se sentirán quienes nos engañan, pero, si yo fuese el director del periódico que ha publicado semejante falsedad, querría desaparecer de la faz de la tierra durante algún tiempo. Lo lamentable es que hay un montón de periódicos que operan de esta guisa en la actualidad, yo a veces los ojeo y leo sus titulares por puro entretenimiento. Con esta confesión, no pretendo, ni por un instante, indicar que sea más inteligente o menos morbosa que nadie, pues todos nos hemos comportado un poco como cuervos y un poco como búhos en los últimos tiempos, ¡si bien, algunos de nosotros hemos hecho más ruido y aleteado con más vigor y de forma más notoria que los demás!

6 de agosto de 1900

POCAS de las experiencias que te ofrece la vida son, creo, más reconfortantes que encontrar un pequeño eslabón en la cadena natural estableciendo las conexiones adecuadas hasta dar con la tecla. Yo misma tuve ese golpe de suerte ayer al descubrir la relación que mantienen determinados organismos oscuros, y aunque sea un hallazgo de poca trascendencia para el mundo en general, para mí sí tiene cierta relevancia. Durante diez minutos

tuve la impresión de habitar un mundo ilimitado, armonioso y ordenado, mi descubrimiento me permitió entender un poco más el gran esquema de la vida, complejo, infinito y perfecto, del que nosotros formamos parte, me llegó de súbito en forma de revelación y puso a mi alcance toda una amalgama de posibilidades con tal vivacidad que me cuesta expresarlo con palabras.

Para los que, como yo, son meros aficionados a la ciencia, la importancia de un descubrimiento es menos por lo que nos enseña en realidad que por lo que nos permite inferir de modo indirecto. Un hallazgo puede o no ser importante, pero las ideas que genera en nuestra mente lo serán con toda probabilidad, pues el más mínimo de los fenómenos naturales puede inducir en nuestra imaginación un número absolutamente ilimitado de revelaciones. Cualquier dato nuevo, por insignificante que sea, es un haz de luz que atraviesa alguna grieta de la gran catedral del conocimiento para permitirnos vislumbrar su interior, algún día se abrirán las puertas y todos podremos acceder a él.

En esto, si no me equivoco, consiste el atractivo de cualquier actividad que tenga como finalidad el estudio de la Naturaleza, al menos esto es lo que más ha motivado y ha hecho disfrutar a la más ignorante de sus devotas seguidoras. La ignorancia bien dirigida es, en verdad, una bruma mental muy deseable porque, cuando un rayo de luz la atraviesa, nos produce una sensación prodigiosa. Siendo esto así, me pregunto qué no será posible cuando no haya lastre que sujete nuestros pies a la tierra ni techo que impida que nuestras ideas vuelen libremente en pos de conocimiento.

Incluso para aquellos que, por desgracia, están más presionados por las circunstancias a llevar una vida prosaica, debe ser un alivio saber que, en este ámbito de las ideas, ningún hombre puede determinar lo que el destino le tiene deparado. Por servil, por aburrida que sea su existencia en el presente, el futuro puede depararle sorpresas extraordinarias. No hay día, ni siquiera hora, en el que no surja una nueva idea y, si esta es realmente novedosa, puede reestructurar nuestra concepción de la vida, pues actúa, a modo de potente disolvente, para eliminar esquemas mentales caducos y crear otros nuevos. El hombre vive de ideas tanto como de pan, un mundo en el que no se generasen nuevas ideas sería un mundo muerto, habitado únicamente por cadáveres.



Lo extraño es que alguien dude al respecto o que ocupe la fortaleza interior que llamamos cerebro para otros menesteres que no sean estos. Ahora bien ¿es la constante búsqueda de ideas que den explicación a más y más incógnitas la única ocupación perfectamente racional para quienes nos encontramos en circunstancias tan complicadas como las que vivimos? Para los abandonados en las costas de lo desconocido, para los sacudidos por todos los vientos del misterio que ignoran de dónde vienen y a dónde van, esta búsqueda continua de nuevos elementos, pistas o indicios parece tan vital como la que realizan los marineros después de un naufragio para encontrar tablas de salvación.

Recuerdo – a pesar de los años, la visión sigue siendo clara hoy como entonces – a alguien que, en la vigilia de una noche de insomnio, de repente cayó dormido y comenzó a soñar que estaba en la estrecha cima de una montaña bajo una capa de estrellas y que se elevaba por el aire, si miraba hacia abajo divisaba la tierra que yacía dormida, si miraba hacia arriba, avistaba el cielo, infinitamente más grande y más profundo de lo que jamás había pensado. Mientras observaba este último, se percató de que contenía lo que le parecían en principio copos de nieve, al fijar aún más la vista en ellos, advirtió que estaban iluminados por los colores del prisma. Uno de los copos de nieves descendió lentamente y rozó con suavidad su cabeza, el roce disparó en el sujeto durmiente una idea maravillosa, innovadora, bien estructurada y con fuerza, tan absolutamente inesperada, inmensa y potente como la que ha dado lugar a la Teoría de la Evolución o la Ley de la Gravedad. Esta idea le iluminó por completo, le colmó de felicidad y le hizo sentir una sensación de elasticidad que jamás antes había experimentado. Y escuchó una voz que le decía: “Estos son los pensamientos con los que todas las tierras, la vuestra la última de ellas, han sido creadas”. Otra continuó: “Son los tesoros que el mar oculta y cuyo descubrimiento nos procura admiración, satisfacción y placer infinitos”.

Entonces se despertó, quedaba mucha noche por delante pero no pudo volver a dormir, la reflexión en torno a este sueño reverberó en su mente como el vital canto del zorzal hasta el amanecer.

10 de agosto de 1900

LA Vida, indómita y diversa, a medida que sube en la escala es más consciente de sí misma, de ahí que los seres humanos reflexionemos en torno a ella de forma recurrente, esto nos proporciona fuerza y cierta dosis de consuelo. ¿Qué límite podemos establecer, nos preguntamos, en relación a sus poderes, a sus transformaciones infinitas, a sus posibilidades, aún por descubrir pese a que probablemente fueron ideadas por su Inventor en el inicio de los tiempos? Si la mera consciencia personal, la precaria vida personal, rara vez está exenta de elementos que nos preocupen, cuando toca a su fin, con la pérdida llega – no una alegría real, eso no sería razonable – pero sí una gran euforia, una extraordinaria sensación de grandeza, de serenidad y de distanciamiento.

A medida que desciende en ese sereno abismo, la mente se va deshaciendo de todos esos elementos que, en el día a día, la confunden, le presentan batalla o no le procuran otra cosa que ofuscación. Durante el descenso, todo lo que flota en la superficie se torna extraño e irreal, tal y como lo vería un buzo, y la mente se engrandece y se fortalece con cada braza que recorre hacia el fondo. La “Vida” es de verdad un maravilloso shibólet, una palabra mágica, de múltiples significados, que abre innumerables puertas. El simple hecho de escribirla o pronunciarla parece despejar el ambiente, parece disipar, como por obra de un milagro, las nebulosas mentales sean del orden que sean. La asociamos al frescor de la mañana, a la juventud, a la salud, a la fecundidad, al vigor, a los vientos de la primavera que “portan tiernos brotes cual rebaños que pastasen en el aire”<sup>74</sup> – corre tras él y abanícalo para que vuelen –. La visión de la tierra fértil y de cuantos elementos la integran supone una potente inyección de felicidad hasta en aquellos que tienen cierta vena melancólica. “Y si un planeta pequeño es capaz de generarla de forma tan profusa

---

<sup>74</sup> El original: “driving sweet buds, like flocks to feed in air”, verso de “Ode to the West Wind” (“Oda al Viento del Oeste”) de Percy Bysshe Shelley, poeta del romanticismo inglés.

e ilimitada, ¿qué pasará en los otros?”, nos preguntamos. “¿Qué sucederá en los incontables mundos que orbitan en el espacio y que también son parte de ese gran plan, todos creados y puestos en movimiento por las manos de un mismo arquitecto, todos como ensartados en un mismo cordel vibrando eternamente por el toque de un ser inmortal?”.

18 de agosto de 1900

AYER, poco después del atardecer, me fui paseando hasta el borde de un talud cuya vertical desciende abruptamente hasta el valle en el que se encuentra nuestro pueblo y su iglesia. A mis oídos llegaron una variedad de sonidos, todos familiares, pero ninguno que pudiera reconocer con facilidad, había en todos ellos algo de extraño debido, supongo, a la niebla y a la oscuridad que se cernían.

Los sonidos que percibimos después de caer la noche nunca parecen ser los mismos que los que percibimos de día, aunque sean producidos por los mismos elementos. Normales en la realidad, nunca lo son del todo en su efecto porque nos evocan ecos un tanto curiosos, nos traen pensamientos extraños y desdibujados y juegan con nuestro cerebro a través de trucos bastante singulares desde los tiempos de los Patriarcas y los Reyes Pastores. Así, los sonidos que nos tocan la fibra sensible, como, por ejemplo, el ladrido de un perro a medio kilómetro que nos sugiere visiones de escenas de caza fantasmagóricas donde los elementos se mueven con rapidez como en representación de un sueño, el sonido agudo que hacen los cascos de un caballo, el chasquido de las ruedas de un vagón de tren, pero, sobre todo, el balido de las ovejas, fino y horroroso, que nos llega desde el valle son tan antiguos como la propia historia humana. Nuestra vida, con sus muchos impedimentos, tiende en momentos como este a disiparse, es entonces cuando nos damos cuenta –aunque sea durante una fracción de segundo– que no estamos en la cumbre sino en un modesto pico situado a uno de los lados de la gran montaña orgánica, que divisamos un escenario que ha presenciado la llegada de nuestra raza, al igual que la de otras, y que presenciará su despedida, y que todo lo que podemos

discernir son unas manchas sobre la superficie del océano que se extienden sin límites definidos. Cuando la mente intenta abarcar todo esto comienza a tambalearse de forma instintiva, como cuando tiene a sus pies un precipicio abismal.

Estos picos mentales, aunque breves, nos sitúan en un terreno vertiginoso, quizás por eso no accedemos a ellos con demasiada frecuencia. Quien sí lo hace es el astrónomo, su mente, instruida en el rigor y formada en conocimientos, puede escudriñar el cielo con objetividad y dar información de esas diminutas y caprichosas partículas de las que depende el desarrollo de nuestra existencia. A través de ellas podemos, por ejemplo, contemplar lo que llamamos Pasado, al que no prestamos atención en la creencia de que es inocuo, lo cual sería concebible si no ejerciera influencia directa sobre su hermano más imponente, el Futuro, cuyo reino está por venir. Dado que para conocer ambos reinos hemos de superar barreras infranqueables, estos siguen siendo territorios ignotos, de ahí que ni siquiera los guías más poderosos y mejor formados se aventuren a hablar sobre su geografía sin dudar o sin emitir dictámenes que no entren, curiosamente, en conflicto.

En vano se les puede pedir a los mortales que no intenten averiguar que hay más allá de esas fronteras. No obstante, tienen que saber que cuanto menos intenten explorar ese más allá, mejor para su salud mental y su fiabilidad. Cataratas de palabras del tamaño de las del Niagara se han vertido sobre este tema, pero yo me pregunto si las más sensatas o más verdaderas no son las del anciano Hooker. Las escribo tal cual me vienen a la memoria, quizás por ello lo haga de forma errónea.

Temeraria sería la débil mente del hombre que quisiera conocer las acciones del Todopoderoso. Porque, aunque conocerle constituye un motivo de Alegría y mencionar su nombre un motivo de Orgullo, la verdadera sapiencia es admitir que no le conocemos y el mejor Homenaje es nuestro Silencio<sup>75</sup>.

---

<sup>75</sup> En el original: “Rash were it for the feeble mind of man to wade far into the doings of the Almighty. For though ’tis Joy to know Him, and Pride to make mention of His name, yet our deepest Wisdom is to know that we know Him not, and our truest Homage is our Silence”. Hace referencia a un pasaje de *The Book of Prayer and Praise for Public and Private Worship*, que se encuentra en el décimo servicio: “Brethren: Dangerous it were for the feeble mind of man

25 de agosto de 1900

DESPUÉS de caminar a tientas por oscuros senderos hacía un destino desconocido, ¡qué agradable resulta volver a los caminos trillados de una compañía cercana y leal! Es una sensación muy similar a la que experimenta el niño que, habiendo salido de casa para adentrarse en una noche de frío invierno en la que se escuchan reverberaciones huecas y se ven destellos perturbadores, retrocede de repente y se encuentra de nuevo junto a la chimenea encendida completamente a salvo y bien feliz.

Sobre pocos temas se ha vertido más tinta que sobre este de la amistad y todas las plumas vienen a coincidir en que la diversidad constituye su fundamento más sólido y, aunque sea un tópico, la verdad es que la experiencia cotidiana lo corrobora. La Amistad no exige conformidad, existe incluso entre quienes sostienen ideas diametralmente opuestas, dos amigos pueden mantener grandes diferencias en todo aquello que permita diferenciar a un ser humano de otro: línea de pensamiento, circunstancias vivenciales, hasta la misma textura del cerebro, alma, corazón y naturaleza. En realidad, es la Amistad lo que les permite superar sus discrepancias, cuando sus raíces alcanzan cierta profundidad hasta las divergencias más acusadas se tornan meros accidentes y es en esa serena profundidad donde se encuentran y se encierran de forma segura.

Señalar que ese vínculo hace más grata la vida endulzando las penas y dando más color a los momentos de felicidad es tanto como no decir nada e indicar que la existencia nos resultaría casi insoportable sin él no es decir mucho más. La vida sin amigos nos produce vértigo, nos genera una suerte de confusión mental próxima a la pérdida de identidad, con el agravante de que la parte de la identidad que se pierde no es la cotidiana y vulgar, sino la insólita y única que solo existe entre los muros encantados de una

---

to wade far into the doings of the Most High whom although to know be life, and joy to make mention of his name; yet our soundest knowledge is to know that we know him not as indeed he is: neither can know him: and our safest eloquence concerning him is our silence”.

Amistad fundada en el afecto y la empatía, dentro de ellos crece, se expande y florece, fuera de ellos se debilita, se consume y muere.

Es un vínculo muy singular – parece preceder a toda la trama y urdimbre social de la que es resultado – y, con frecuencia, tan estrecho que ni la sangre, ni el apellido pueden reducirlo más. Del mismo modo que los árboles de un bosque se parecen porque comparten ciertos rasgos comunes, dos personas que caminan juntas durante algún tiempo, aunque difieran tanto como un fresno de un pino o un roble de un carpe, se parecen porque reciben la misma cantidad de luz y calor y porque han sido sacudidos y oscurecidos por las mismas tormentas. En ocasiones está bien hablar de la persona que camina junto a ti y a la que no tratas con el debido respeto para que quede constancia de esa combinación de bien y mal que llamamos existencia que, si bien frustra nuestros deseos, minimiza nuestras ambiciones, recorta nuestra alegría, disminuye nuestras aspiraciones, reduce nuestras esperanzas y hasta nos arranca el corazón, ¡al menos nos da amigos!

4 de septiembre de 1900

LA gente va acelerada estos días, ¡incluso las personas que, por lo general, son más lentas! Esta mañana, mi pensamiento vuelve al Transvaal, donde la lucha, lejos de cesar, curiosamente se reactiva del mismo modo que cuando intentamos reanimar el fuego a partir de rescoldos o del mismo modo que cuando intentamos despertar emociones olvidadas casi por completo. ¿Cuándo comenzó esta Guerra que parece que dura ya más de la mitad de nuestras vidas? ¿Cómo es posible que la prensa anuncie una y otra vez que está a punto de terminar y que luego le dediquen varias columnas cada mañana? Puede que sea solo mi impresión, motivada por mis propios problemas, pero creo que los miedos y tribulaciones de la primavera pasada nos parecen increíblemente lejanos, hay momentos en los que nos parecen tan desfasados a efectos prácticos como las alarmas que hicieron convulsionar a nuestros abuelos y abuelas hace dos generaciones.

¡E pur si muove!<sup>76</sup> Nuestra guerra continua y todo apunta, además, a que va para largo. Botha, De Wet y Delarey, acompañados de media docena más de líderes guerrilleros, todavía pululan activos como hormigas y peligrosos como avispas. Pretoria ya está en nuestro poder, pero *no* las nuevas colonias, aunque ambas, tengo entendido, han sido oficialmente anexionadas a nuestro territorio. Mucha gente espera, no obstante, que pasen a nuestras manos pronto y que las últimas hijas mayores de Inglaterra<sup>77</sup> le muestren la misma amabilidad y tolerancia, con el paso del tiempo – digamos que en el transcurso del siglo que comienza – que las otras dos. Es posible que la visión tan moderada que tiene Inglaterra de sus funciones maternas contribuya a que sea así, si bien, en estos días, no es normal que las hijas mayores muestren deferencia, – en especial – hacia sus madres.

Cuando una guerra está próxima a su fin, algunas mentes especulativas sienten la inclinación de reflexionar en torno a ella como fenómeno y en torno al hombre como ser combativo. Mientras la guerra que seguimos esté en su punto álgido y, sobre todo, mientras existan dudas respecto del resultado final, tales reflexiones académicas no son imaginables. Mientras el orgullo, la dignidad, el honor, el miedo a lo que pueda acontecer y quizás el sentimiento de odio generado por lo ya acontecido corra con fluidez por nuestras venas, incluso por las de los más templados, esas reflexiones no importan. Sin embargo, cuando la guerra se encuentre en su recta final, las trompetas llamen a retirada y los bandos contendientes pierdan interés por la lucha, surgirán las especulaciones en relación a lo que significa la Guerra en sentido abstracto y nosotras, en lugar de devorar los periódicos, nos preguntaremos paseando de un lado al otro del jardín si este instinto combativo es propio de la naturaleza del hombre, esto es, si es una enfermedad incurable, congénita a la especie, o solo una suerte de mal juvenil, destinado, como tantos otros males

---

<sup>76</sup> Expresión italiana que significa “Y, sin embargo, se mueve”. Es célebre porque la pronunció Galileo Galilei al terminar la lectura de la abjuración el 22 de junio de 1633. Dicha abjuración fue forzada por los inquisidores generales de la Iglesia Católica que condenaban a cualquier persona que defendiese el sistema copernicano, según el cual es la Tierra la que gira alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra.

<sup>77</sup> Referencia a otras colonias británicas.

juveniles, a desaparecer con el lento avance de la raza humana hacia su completa madurez.

Si llegase el año en el que el estruendo de los cañones no cesase ni por un día, en el que el cerebro se acostumbrase al continuo ruido de rifles, en el que la vida pública se centrase en un único punto focal y en el que hasta la más reticente de las razas lanzase su reticencia a los vientos, una aproximación especulativa a la Guerra asombraría incluso al más especulador de todos los hombres por ser un acto a sangre fría. “¿Qué derecho?”, se preguntaría este, ¿qué derecho tenéis vosotros que, lejos de participar en la contienda, os habéis mantenido totalmente al margen de ella, que no habéis contribuido al envío de barcos, que no habéis asistido a los heridos, que no habéis compuesto ni cantado canciones de guerra – el mínimo de los esfuerzos patrióticos –, que no habéis llorado nada más que vuestras penas, que no habéis cumplido sino deseos personales, que no habéis salido de casa, que solo habéis prestado atención a vuestro jardín, qué derecho tenéis vosotros – ¡troupe de ociosos e inútiles, que eso es lo que sois! – a mencionar la palabra “guerra”?

“Muy cierto” contestaría su otro yo en señal de asentimiento. Sin embargo, el especulador, mirando a su alrededor, continuaría su reflexión: ¿acaso no han sido conversaciones sobre la guerra de esta índole las que nos han devastado este año?, ¿acaso no ha sido en jardines como estos – quizás no este, pero sí otros casi idénticos, espacios florales donde picotean los petirrojos y no pisa pie hostil – donde hemos recibimos los golpes más duros e infringido las heridas más crueles en tiempo de guerra? Rápido, rápido, como en un sueño, mi imaginación pone ante mí una visión que flota sobre los dulces rayos del sol de otoño, una procesión de madres, hermanas, prometidas y esposas. A medida que van desfilando por mi memoria, presto atención a sus rostros, sobre todo al de las madres. ¡Ah, esas madres! Qué Dios se compadezca este año especialmente de ellas, que no encuentran consuelo en la palabra esperanza, que no esperan del futuro compensación alguna y que no disfrutan de aquello que más aman, sus jardines – los lugares por lo que pasean entre flores que seleccionan y cortan con mimo – porque se han tornado espacios tristes y desangelados después de que la sombra de la cruenta guerra se proyectara sobre ellos. Sin duda, en los jardines,



espacios ideados para el disfrute de la paz, también pueden librarse las más despiadadas e injustas guerras, hasta ellos llegan con frecuencia las balas letales que se disparan a miles de kilómetros.

10 de septiembre de 1900

HA pasado más de un año desde que comencé a escribir entradas un tanto inconexas en este diario, ha llegado ya la hora de ponerle fin, cerrarlo y guardarlo en algún cajón. Escribir un diario es como hacer punto, como tallar o como cualquier otra distracción menor, a menudo comienza con más o menos esfuerzo, pero después de algún tiempo se convierte en hábito y, finalmente, en necesidad. Lo que en un principio se inicia sin un motivo particular, acaba creándose su propio espacio y llenando un vacío, lo cual genera un efecto beneficioso. La práctica del diarista varía, puede limitarse a registrar de modo consciente lo que acontece en el día a día y producir *stricto sensu* un “diario”, un “periódico” o “libro de registro” o puede ampliar este campo de acción y dar noticia de incidentes sueltos e intermitentes que, para bien o para mal, centran nuestra atención.

Pocos medios de reflexión son tan fluidos, pocos admiten más variedad de registros, más diversidad de estados de ánimo y más cantidad de temáticas que el diario. Una de sus grandes ventajas es que nos permite hacer el seguimiento de un fenómeno hasta sus últimas ramificaciones, gracias a que nos enredamos en ellas nos olvidamos de la mitad de las cosas que nos irritan o que nos hieren. Entre los muchos fenómenos que deseamos conocer y que, además, nos reportan positivos efectos terapéuticos, la jardinería, sobresale sin duda. Sé que hay personas superiores que no la tienen en gran estima, que la consideran un síntoma de degeneración mental o un recurso para hacerle frente similar a la colección de sellos o al aprendizaje de insulsas labores de punto. Tengo que confesar que, si tuviera la suerte de conocer a estas personas superiores, me encantaría imponerles, a saber, primero que necesitasen de forma desesperada el reconfortante bienestar que proporciona y luego – a modo de probatoria y penitencia – ¡que lo hallasen! Pocas ideas son más prejuiciosas, más

restrictivas y estúpidas que esta sobre los efectos positivos o negativos de nuestras acciones, igual de deplorable que la noción de que la estrechez de nuestra vida o la oscuridad de nuestro destino engrandece nuestra alma, la grandeza, como la genialidad, no tiene nada que ver con esto, existe por sí misma y ni las rocas del Monte Ararat<sup>78</sup> que la sepultasen, ni las elevadas olas del Atlántico que le pasaran por encima podrían ocultar su presencia. Por tanto, cabe afirmar con rotundidad que no existe ninguna acción – y menos vinculada a la Naturaleza – que pueda ser calificada de insignificante. La ventaja de la jardinería, al ser una actividad que se realiza al aire libre, es que nos permite relacionarnos con la Naturaleza de modo directo, no mediado. Como muchos otros potentados, la Naturaleza tiene aspectos desagradables, incluso muy peligrosos, pero uno positivo es que esta autócrata no hace distinción entre las personas, en su corte no hay seres superiores e inferiores, todos los sujetos, el geólogo, el botánico, el zoólogo, el horticultor – el apicultor, el picapedrero, el que desbroza, el que coge cangrejos – no importa el nombre al que respondan, tienen el mismo rango y son acogidos por igual siempre y cuando sigan sus dictámenes. En su imperial palacio, siempre con las puertas abiertas, todos encuentran acomodo en el lugar en el que se sienten cómodos, todos se dirigen a ella de forma directa, todos presentan sus credenciales y todos son tratados con la misma serenidad y con la misma absoluta indiferencia.

De ahí, que no reserve sus más grandes secretos a los seguidores más sabios y eruditos, ni que se los oculte a los menos doctos, tanto lo que revela parcialmente como lo que oculta profundamente parece, hasta donde sabemos, estar dispuesto para todos por igual. La Esfinge que mira hacia arriba desde el corazón de una linaria o una colombina es la misma Esfinge que alza la voz a la noche serena, a las nubes, a las rocas primigenias, a las estrellas y al mar invulnerable. “Y esto” diría ella “es la lección que os doy. Dejad de centrar vuestra atención únicamente en lo superficial, en fruslerías sin trascendencia, en cosas que vienen, van y luego desaparecen en el transcurso de una hora, y analizad lo que existe a un nivel más profundo, para ello habréis de seguir

---

<sup>78</sup> El Monte Ararat es el pico más alto de Turquía con 5.137 metros de altitud.

el curso de las raíces que la tierra acoge como una madre, que el rocío y la lluvia alimentan y que la química compleja que se produce en mi laboratorio desde el principio conduce a un estado de perfección. No ceséis en vuestro análisis, llevadlo a niveles cada vez más profundos hasta descubrir el vasto laboratorio cuyo umbral ni siquiera yo he cruzado. Allí, en ese lugar tan increíblemente remoto, tú y yo, la lombriz más pequeña y el roble más robusto, los mundos desfasados y los nuevos –aunque sean estrellas a medio nacer–, todos los fenómenos espectaculares de nuestro planeta verde y cuantas cosas todavía desconocemos del inconmensurable Cosmos se encuentran y lo hacen a un mismo nivel. No hay elementos más grandes o más pequeños, más jóvenes o más viejos, más sabios o más necios, ni más o menos importantes. De allí procede todo cuanto vemos y conocemos, de allí partió el conjuro del que este enorme y rico universo no es sino resultado, allí nació la Vida y quizás otros poderes más grandes y extensos que la propia Vida, pero hasta el presente ni pájaro, ni animal, ni ser humano han logrado descifrar ni el nombre ni la fórmula del conjuro”.

11 de septiembre de 1900

ASÍ terminamos, y hasta en el mismo acto de finalización, me asaltan las dudas en relación a lo que tengo en las manos, que ya no es un fajo de papeles manuscritos, sino un auténtico libro impreso, cosido y encuadernado. Ayer hice un alegato de las bondades del diario como género, hoy también, pero sé que el destino manifiesto de todo diario es vivir en una absoluta reclusión y, cuando ha servido su propósito, alimentar el fuego. Es cierto que podríamos hablar sobre la “subjetividad” o las “formas subjetivas de la literatura”, pero las palabras sonarían huecas y no tendrían mucho valor. En un paisaje bien conocido de Carlyle, el autor describe una de las visitas que le hace al Sabio de Highgate<sup>79</sup>, a quien encontró sentado en su arboleda de robles,

---

<sup>79</sup> Referencia al doctor James Gillman, que tenía su consulta en Moreton House, Highgate, entonces un pueblo al norte de Londres.

su Dodona<sup>80</sup> particular –o sea, la casa y el jardín del señor Gillman–, parecía “un mago misterioso y enigmático”<sup>81</sup> “todavía recuerdo”, dice Carlyle “como transformaba ‘objeto’ y ‘sujeto’ hasta convertirlo en el mantra ‘om-m-mjeto’ y ‘sum-m-mjeto’<sup>82</sup>, que entonaba al tiempo que se movía o temblaba con cierta solemnidad mientras caminaba”. El diarista no necesita caminar ni esperar que le llamen sabio, sin embargo, es probable que murmure el mantra “sum-m-mjeto”, “sum-m-mjetivo” haciendo un sonido similar al del zumbido de las abejas en una mañana de verano, tampoco tiene que ser muy lúcido, pero sí vanidoso en extremo, tiene como excusa que el egoísmo es un requisito de la profesión, es imposible ser diarista sin ser egoísta, esto es evidente. No hay nada de extraño en que una persona, hombre o mujer, se tenga a sí misma como confidente, la cosa cambia cuando hace confidencias a otros cuyos oídos son menos indulgentes.

Además, hay épocas en las que tales confidencias parecen menos apropiadas, mirando hacia atrás, la que se extiende desde el pasado septiembre hasta el actual parece ser una de ellas, han sido doce meses aciagos, terriblemente aciagos, para miles de personas, que, salvo excepciones, jamás imaginaron que el destino les depararía tanta desolación y desesperanza. Entre estos incrédulos en distinto grado se encuentra el diarista, pues la redacción de un diario no es únicamente una cuestión de egoísmo y de introspección o de diversión, aunque se lo pueda parecer a quien no conozca este género. ¡Qué aspecto más inocente tiene el libro cuando sus páginas todavía están en blanco y los días a los que va a hacer referencia están aún por llegar! Y sin embargo un libro así, encuadernado en piel o calicó, puede servir para registrar

---

<sup>80</sup> Alusión al célebre Oráculo de Dodona, situado en la falda del monte Tomaros, en la región de Epiro, Grecia. Estaba dedicado al culto del dios Zeus y de la diosa Dione.

<sup>81</sup> La cita original: “as a kind of Magus, girt in mystery and enigma”, pertenece a la obra *The Life of John Sterling (La vida de John Sterling)*, publicada en 1851 por Thomas Carlyle.

<sup>82</sup> Esta cita, en el texto original: “his ‘object,’ and ‘subject,’ and how he sang and snuffled them into ‘om-m-mject’ and ‘sum-m-mject,’ with a kind of solemn shake or quaver, as he rolled along”, también pertenece a la obra *The Life of John Sterling*, de Carlyle.

parte de un destino malicioso. Mientras lo sostiene en sus manos y pasa las hojas una a una, el diarista esboza una sonrisa al tiempo que se pregunta cómo va a darles contenido. ¿Qué extrañas aventuras registrará? ¿Qué disparates propios o ajenos relatará? ¿Qué libros leídos? ¿Qué expediciones hechas? ¿Qué árboles o arbustos plantados? Con todos estos interrogantes, se pone con alegría manos a la obra a cumplir con la tarea que se ha autoasignado y se encuentra con ¿qué? Un pensamiento que requiere poco detenimiento.

Incluso en el peor de los escenarios posibles, mostrar una actitud de absoluta desesperación no conviene a mortales que desaparecen rápidamente y que respiran por las fosas nasales. Si miramos hacia atrás tenemos la impresión de que todo ha sido tristeza y dolor, si miramos hacia delante es posible que no nos encontremos un panorama mejor, más bien lo contrario, aun así, no todo es tristeza y dolor, cosas maravillosas surgen a miles en las más feas hendiduras y hasta los árboles más pelados pueden servir de percha para los petirrojos que cantan en invierno. Al aire libre, bajo el apacible arco del cielo, nuestras penas sufren cierto grado de transformación, siguen siendo penas, pero diferentes. Cuando es la propia Naturaleza la que las genera, pasan a una nueva categoría de cosas, terribles, es cierto, pero naturales – terremotos, erupciones de volcanes, avalanchas, plagas, etc. – cosas que nos asustan, pero que, si lo pensamos bien, no pueden suscitar nuestro enojo. A medida que el sentido del mal, de la adversidad, de la amargura, de la injusticia personal va disipándose aumenta nuestra capacidad para hacerle frente, o al menos eso deberíamos creer.

FIN

## *Semblanza*



MARÍA ELENA JAIME DE PABLOS

Es Profesora Titular en la Universidad de Almería, donde imparte docencia en Literatura Inglesa. Sus investigaciones se centran en la Literatura Irlandesa, que aborda prestando especial atención a aspectos relativos al género. Es la autora de *La visión de la mujer irlandesa de finales del siglo XIX y principios del siglo XX en la narrativa de George Moore: una perspectiva feminista* (2000), coautora de *Distancias cortas. El relato breve en Gran Bretaña, Irlanda y Estados Unidos, 1995-2005* (2010), editora de *Giving Shape to the Moment: The Art of Mary O'Donnell, Poet, Novelist and Short-Story Writer* (2018) y *Remaking the Literary Canon in English: Women Writers, 1880-1920* (2019), y coeditora de *Nuevas perspectivas críticas en los estudios de literatura irlandesa* (2003), *Irish Landscapes* (2003), *Joyceana: literia hibernica* (2005); *Análisis de género en los estudios irlandeses* (2007) y *George Moore and the Quirks of Human Nature* (2014). En la actualidad dirige *Raudem, Revista de Estudios de las Mujeres* y es miembro del proyecto de investigación: “Cuerpos en tránsito 2/ Bodies in Transit 2” (FFI2017-84555-C2-1-P), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, la Agencia Estatal de Investigación y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional.

# MEMORIA DE

*Diario de un jardín* es la primera traducción al español de una obra de Emily Lawless (1845-1913), según el Irish Times “quizás la escritora irlandesa más distinguida de su época”. En este libro, la autora pasa del estudio de la flora y fauna de su jardín al de la condición humana, que examina desde un punto de vista espiritual, filosófico, político, social y cultural. Para ello, expone y analiza vivencias personales, textos científicos, literarios y filosóficos, y acontecimientos públicos a los que la sociedad británica prestó atención especial en el marco cronológico que abarca la redacción del diario (de septiembre de 1899 a septiembre de 1900) como la Segunda Guerra Bóer en Sudáfrica o el Levantamiento de los Bóxers en China.

De su lectura extraemos que Lawless fue una gran humanista versada en ciencias naturales, historia, filosofía, arte y literatura, con gran interés por visibilizar la contribución de las mujeres en estos campos, por fomentar el respeto y la igualdad entre seres tradicionalmente jerarquizados (entre hombres y mujeres, entre quienes se dedican a la investigación estando en posesión de un título universitario y quienes la practican sobre la base del conocimiento autodidacta o entre seres humanos y resto de seres vivos) y por establecer nuevos parámetros sobre los que asentar el conocimiento y las relaciones sociales.

# M U J E R 14

# M E M O R I A D E M U J E R 14

